

Como agua y aceite



Viri Vallera

Como agua y aceite

Viri Vallera

Derechos de autor © 2024 Viri Vallera

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Prologo</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Epílogo</u>	

Prologo

Érica esperaba en el auto a que su jefa saliera del restaurante donde su actual ligue la había citado para hablar de algo que les concernía a ambas, y Alexandra había cancelado un almuerzo con un cliente para atenderla. Cuando buscaba el amor, se tomaba el tiempo para complacer a las mujeres que le gustaban y le parecían interesantes, por eso no dudó en cancelar la cena con su cliente.

Cuando Alexandra llegó, Rut ya estaba esperándola. Al verla, se acercó rápidamente y la recibió con un beso en la mejilla. A diferencia de la última vez que se vieron, este gesto fue frío y distante, lo que hizo que Alexandra intuyera el motivo de la cena sin necesidad de más explicaciones.

—¿Quieres beber algo? — preguntó Rut.

—No, gracias — respondió Alexandra. No quería prolongar el momento; simplemente quería que Rut le dijera lo que tenía que decir de una vez, rápido y sin rodeos. De esa manera, el dolor sería menor.

—Dime lo que tienes que decir de una vez— dijo Alexandra, mirándola fijamente a los ojos.

—Siempre tan clara y directa, ¿eh? Eso es lo que me gusta de ti — comentó Rut.

“Pero no lo suficiente”, pensó Alexandra, guardando silencio mientras esperaba que Rut dijera lo que ella ya había intuido desde que llegó.

—Creo que lo nuestro no va a funcionar, Alexandra. Somos demasiado similares y lo sabes — continuó Rut.

—Sí, tenemos claro lo que queremos y lo que no. Además, parece que ambas somos témpanos de hielo — añadió Alexandra.

—Correcto, y por eso mismo sería injusto para ti y para mí seguir saliendo contigo cuando he conocido a otra persona que me gusta mucho.

Escuchar aquello no le sorprendió, pero al mismo tiempo la decepcionó, porque esta vez esperaba tener una pareja duradera, pero al parecer seguía siendo incompatible. Sus relaciones nunca llegaban a más de tres meses y con la que creyó que lograría pasar más tiempo, fue la más corta. Sin duda, sus expectativas se estaban viendo cada vez más reducidas.

—Yo... la verdad lo siento mucho, Alex.

—Está bien, prefiero que me hayas dicho la verdad — dijo con voz tranquila. Hace mucho que había aprendido a no reflejar en su cara sus emociones, Alexandra se había construido una armadura perfecta y resistente para todo aquello que podía llegar a lastimarla.

—¿Me odias?

—No, imagínate que me pasara odiando a todo aquel que se enoja conmigo o me dice

que lo nuestro no va a funcionar.

Las dos se quedaron calladas unos momentos.

— ¿Quieres comer algo? — preguntó Rut.

—No, no te preocupes. Debo irme, tengo que reunirme con un cliente — manifestó poniéndose de pie.

—Gracias por venir.

—Hasta luego, Rut — dijo despidiéndose de ella con un último beso en la mejilla.

Alexandra realmente quería decirle adiós, pero pensó que se vería muy rencorosa, pero la verdad es que cuando terminaba o más bien le terminaban, deseaba no encontrarse nunca más con esa persona, porque se sentía tonta y estúpida. No les guardaba rencor, pero se sentía una idiota por haber pensado o creído que viviría una bonita historia de amor.

Alexandra en el exterior era una mujer fría, inexpresiva y calculadora, pero por dentro, era todo lo contrario. Cuando quería a una persona, lo daba todo; era fiel y no tenía ojos para nadie más. Era una buena amiga, y para ella, muy pocos lo eran; incluso los contaba con los dedos de la mano. Entre esos pocos y únicos, se encontraba Érica, su asistente, que llevaba varios años trabajando con ella.

Érica se había ganado su confianza poco a poco, demostrándole que era leal y eficiente, respetando su espacio y entrando en él solo cuando era invitada. Su asistente, mejor que nadie, sabía cómo funcionaba Alexandra. Cuando se encontraba trabajando en un caso, no había que hablarle ni interrumpirla, o eso desataría el caos. Su genio podía hacer estallar una ciudad entera, porque odiaba que la hicieran perder el hilo de la solución que había encontrado para resolver el problema de su cliente y así ganar ambos.

La asistente imaginó que tendría que esperar más tiempo dentro del auto, pero se equivocó, pues minutos después vislumbró a Alexandra regresar. Al ver su rostro, supo que la reunión con su actual pareja no había salido bien; lo descubrió enseguida por la manera en que sus ojos mostraban esa forma cristalizada en la que la persona se obligaba a no llorar y por la manera en que su mandíbula se había tensado.

—Llama a nuestro cliente y dile que podré verlo en quince minutos si aún desea hacerlo — le dijo Alexandra apenas acomodarse en la parte trasera del coche.

—Bien.

Antes de poner el auto en marcha, Érica marcó el número del cliente y concertó la cita. Una vez hecho esto, se pusieron en camino para verse con él en otro lugar.

Alexandra no quería pensar más en lo ocurrido, así que lo mejor era ponerse a trabajar, ganar dinero y reconocimiento. Era lo mejor, si no tenía amor, por lo menos dinero, que de igual manera le daba felicidad al ver su cuenta llena de ceros y con los cuales se podía dar lujos y gustos.

Alexandra no entendía por qué no conseguía tener una pareja por más de dos semanas, ya que no tenía vicios, no bebía ni fumaba; su único vicio era el trabajo y nada más. Siempre vestía de negro y únicamente se permitía usar camisas blancas debajo de sus chaquetas o cuando llevaba algún blazer al trabajo, pero nada más. Siempre iba bien vestida y usaba zapatos de tacón, luciendo la mayor parte del tiempo profesional y atractiva. Por lo general, siempre trataba de dar miedo; su rostro se mantenía serio y sus ojos también negros, ayudaban a mantener todo

su aire de mujer dura, una mujer de rostro hermoso y sonrisa arrogante.

Pero Érica, que la conocía mejor que nadie, sabía que su jefa era tan seria como bromista cuando se hallaba de buen humor y no tenía mucho trabajo que hacer. Así como también, solía verla trabajar como loca cuando estaba en un caso.

Una vez que la reunión con su cliente terminó, se encontraba más de mal humor, pues el cliente se le había insinuado más de una vez y cuando le dijo que no iba a llevar su caso por tales razones, el hombre se disculpó de muchas maneras, pero ninguna le importó a Alexandra, que se marchó con Érica siguiéndole los talones.

—De veras que los hombres no se cansan de ser estúpidos — expresó Alexandra sintiendo que comenzaba a dolerle la cabeza.

—No todos son así — replicó Érica.

—Bueno, quizás mi padre y tu novio sean un poco diferentes. Pero solo un poco. Al final, todos son los mismos.

Érica solo movió la cabeza de un lado a otro. Para Alexandra, todos los hombres eran iguales y punto.

Capítulo 1

Cuando regresaron al despacho, una mujer ya estaba esperando, y Alexandra normalmente no recibía a nadie sin cita previa. La abogada se dirigió a su oficina, y Érica fue a hablar con la secretaria para averiguar quién era la mujer que esperaba, ya que conocía a todos los clientes de Alexandra y esta mujer no parecía ser uno de ellos.

— ¿Quién es? — preguntó Érica a la secretaria.

—Callan Duarte. Dice que quiere ver a Alexandra por un caso de divorcio. Le dije que no podía verla hoy, pero insistió en quedarse y verla a la hora que fuera.

—Entendido. Veré si puedo hacer que Alexandra la atienda ahora mismo.

Mientras Érica se dirigía a la oficina de Alexandra, Callan la detuvo.

—Disculpe — dijo poniéndose de pie para acercarse a Érica —. ¿Es usted la abogada?

—No, pero soy su asistente.

— ¿Cree que pueda atenderme?

—Voy a ver qué puedo hacer.

—Muchas gracias.

Cuando Érica entró a la oficina, encontró a Alexandra sentada en su silla de escritorio, mirando a través del enorme ventanal con vista a la ciudad, con la vista perdida en algún punto lejano. Érica sabía que su jefa estaba pasando por otra mala racha en el amor, pero eso era todo lo que iba a permitirse sentir, ya que Alexandra era dura incluso consigo misma. Aunque en parte era bueno, Érica creía que a veces lo mejor era permitirse sentir y desahogarse.

—Alex, afuera hay un cliente.

Érica sabía que el ensimismamiento de Alexandra era de desilusión, ya que había creído que su relación con Rut llegaría a más, pero las cosas no se dieron como esperaba. A pesar de su desazón, Érica sabía que Alexandra no se negaría a ver a la mujer sin cita previa.

—Pensé que no habría nadie hasta media hora más tarde.

—Lo sé, pero ella es una cliente nueva.

Érica sabía que al decirle eso, Alexandra no se negaría a recibirla, ya que ante todo cuidaba su reputación y prestigio. Podía sentirse mal, pero atendía a los clientes que llegaban sin previo aviso.

—Hazla pasar — cedió finalmente.

Érica hizo pasar a Callan Duarte, y la mujer le sonrió creyendo que había obrado un milagro al hacer que la famosa abogada la atendiera sin cita previa.

En el momento en que Érica le dio la espalda, la abogada puso su máscara habitual para recibir a su posible cliente. Y cuando Callan entró, cautivó a Alexandra al primer vistazo. Era

guapa y tenía cabello largo del color del caramelo; el perfume que llevaba era dulce e invadió el espacio, facilitando a Alexandra respirar el embriagador aroma de aquella simpática mujer.

—Gracias por recibirme — dijo, extendiendo su mano para estrechar la de Alexandra.

—No tiene por qué darme las gracias. Por favor, tome asiento.

—Muchas gracias.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle? — preguntó Alexandra, sentándose después de que Callan lo hiciera.

—Deseo divorciarme.

— ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué razones ya no desea seguir con él?

Cuando a Alexandra le llegaba un caso como aquel, siempre preguntaba los porqués de la separación y, si veía que los problemas eran irreconciliables, se ponía en el asunto. Sin embargo, Callan se puso a llorar una vez que comenzó a contarle a Alexandra lo que su esposo le había hecho en apenas dos años de matrimonio. Era la primera vez que una mujer se ponía a llorar delante de ella y no sabía qué hacer. Por lo general y en su mayoría, las personas que llegaban iban con enojo e ira a separarse de sus parejas y pedirle que los dejara sin una pluma, pero la mujer delante de ella lloraba a mares.

Alexandra pensó que, si aún lo quería, ¿para qué se divorciaba? No era la primera que solicitaba el divorcio, para a los pocos días llegar diciendo que se habían reconciliado con su peor es nada.

Érica miraba la cara asustada de Alexandra, que no sabía qué hacer en ese momento y llevaba sus grandes ojos negros hacia ella, quien le indicaba a su jefa que le tendiera la caja de pañuelos.

—Siento mucho haberme puesto así — se disculpó Callan una vez que se calmó.

—No se preocupe. ¿Está segura de lo que piensa hacer?

—Muy segura. Me casé por amor y para ser respetada por mi esposo, pero ha cambiado. Quiere que sea un ángel con él, pero ha creado un infierno para mí y los ángeles no viven en él.

Alexandra vio dolor en aquellos ojos de color gris oscuro, pero también vio su determinación, y nada le gustaba más en una mujer que eso. Fue en ese momento que comprendió por lo que Callan estaba pasando.

Por casualidades o cosas del destino, el hombre del que Callan se iba a divorciar era el mismo que le había hecho el día más amargo a Alexandra. Sin esperárselo, tendría la oportunidad de hacerle pagar lo que había hecho.

El día terminó para la felicidad de Alexandra, que al menos había tenido una pequeña satisfacción en su jornada al llevar el divorcio de Ricardo Rivas y Callan Duarte. Sonrió al pensar en que lo desplumaría como una gallina, y Érica reconoció la sonrisa perversa en su rostro al verla conducir mientras la llevaba a casa.

A Érica le parecía increíble que, pese a lo que le había pasado, aún fuera capaz de sonreír, pero sabía que aquella sonrisa era por su venganza. Sabía que a Alexandra le gustaba vengarse cuando podía hacerlo, pues lo consideraba justo, especialmente cuando se lo ponían tan fácil como Calla Duarte se lo había puesto.

—Veo que ya has comenzado a disfrutar de la venganza — manifestó Érica.

—Hay que disfrutar de lo que se tenga y si venganza obtengo, pues la tomaré.

Cuando Alexandra llegó a casa, se desvistió y se fue a hacer ejercicio; necesitaba sacudirse por completo el estrés del día y la desilusión de no ser esa persona especial para Rut, ni para ninguna de las anteriores que estuvieran antes de Rut.

Una vez sudorosa y agotada, se fue a la ducha. Al salir, se puso ropa cómoda, fue a la cocina y del refrigerador sacó un racimo de uvas, su fruta preferida, y se sentó en un alto taburete junto a la encimera, comiendo en silencio. Una vez que terminó, como hacía con todos los números telefónicos de sus ex parejas, borró su contacto. No necesitaba tener un recordatorio más de que lo suyo no era el romance y que su padre, a pesar de ser un excelente cardiólogo, no podía ayudarla con cosas del corazón.

Una vez en su cama, en vez de dormir, se quedó pensando en por qué no funcionaban sus relaciones. Si bien era cierto que se basaba en horarios y reglas, siempre que se interesaba por alguien, sacaba tiempo y trataba de dar lo mejor de sí misma. Aun así, al parecer, no era suficiente para nadie y estaba cansada de intentarlo y terminar desilusionada con el corazón roto.

Tenía treinta y cinco años y había estado segura de que a esa edad tendría una pareja y posiblemente hijos, además de trabajo y estabilidad económica. Pero hasta el momento, lo único que tenía era trabajo y dinero. De nada habían servido los años que pasó con el tratamiento de ortodoncia con dolores horribles en los dientes al comer, solo para conseguir una sonrisa deslumbrante y perfecta que fascinara a las mujeres.

En ese tiempo, además de usar frenillos, estaba pasada de peso y era alta, lo que le dificultaba conseguir ropa adecuada para una joven como ella. A menudo se sentía fuera de lugar e insegura de su aspecto. Hasta que un buen día se cansó de su apariencia debido a un incidente vergonzoso en el aula. El pupitre en el que tomaba asiento cedió ante su peso y cayó al suelo, llamando la atención de todos en el salón y haciendo que se sintiera avergonzada, deseando que el suelo se abriera y la tragara.

Fue el momento más bochornoso de su vida y uno que la llevó a dejar de comer tanto y a comenzar a hacer ejercicio, del cual ahora era casi adicta y no pasaba un día sin practicarlo. En aquel tiempo, poco había atraído las miradas, pero ahora era todo un bombón andante y Alexandra se sentía feliz. Además, alimentaba su ego, aquel que en su adolescencia se había visto por los suelos cuando se sentía insegura por no poder ser bonita. Pero ahora lo era, además de ser famosa por ser una excelente abogada.

Dando un suspiro, se resignó a su destino, pensando que no se podía tener todo en la vida. Al menos tenía dinero, y a ella le gustaba tener varios ceros en su cuenta bancaria para poder gastarlos sin pensar. Aun así, con algo de tristeza, cerró los ojos y se quedó dormida.

Mientras llevaba el caso de divorcio de Callan Duarte, Alexandra se enteró de que su clienta era una de las mejores pediatras de la ciudad, lo que la dejó perpleja. ¿Cómo es que se había casado con un buen para nada que ahora quería quitarle su dinero y todas las pertenencias que poseía?

Pero como era de esperarse, Alexandra se las sabía de todas todas; no por nada su fama de ser buena abogada había llegado sola. Ella hacía que el culpable fuera inocente y el inocente culpable, y en esta ocasión, tenía la oportunidad de hacer que Ricardo Rivas pagara por lo que le había hecho y por el desagradable momento que le hizo pasar cuando se reunió con él en el restaurante. Estaba muy claro que se quería dar aires de ser una persona de clase y educación, y

no era más que un pobre diablo.

El divorcio tomó más tiempo del esperado; Ricardo estaba dando más molestias de las que Alexandra creyó podría dar. Aun así, con ayuda de Érica, reunió pruebas y testimonios de la infidelidad de Ricardo hacia Callan, así como también comprobó que todo el patrimonio era de ella y que él no era más que un pobre mantenido por su propia mujer, que le depositaba cada semana para que el “hombre de la casa” tuviera para sus gastos.

—No puedo creer que haya mujeres como Callan que den tanto a un hombre que ni siquiera las merece. Tipos como él deberían besar el suelo que pisan.

Érica miró a su jefa; sabía perfectamente que cuando Alexandra hablaba de ese modo, era porque la mujer en cuestión le gustaba o la consideraba guapa y, por ende, la situación le resultaba indignante, ya que ella sería una de esas que besaría el suelo por la mujer de la que se encontraba enamorada. Por esa razón, la situación le provocaba enojo, aunque Érica sabía que Callan y Alexandra eran como la noche y el día o como el agua y el aceite: muy distintas, pero también muy parecidas.

Desde el primer momento, Érica se dio cuenta de que Callan era una mujer sensible y sentimental, que expresaba lo que sentía sin miedo y que le gustaba vestir de manera muy colorida, ya que las veces que la vio, usaba colores vibrantes, vivos y alegres. Mientras que Alexandra era todo lo contrario, guardaba sus emociones en su interior, solo para ella, y le costaba mucho trabajo expresar sus sentimientos. No obstante, cuando se trataba de algo relacionado con el trabajo, no se guardaba nada. Pero sí le daba miedo mostrar lo que sentía y siempre vestía con colores oscuros. No se veía mal; de hecho, Érica la encontraba una mujer hermosa y segura, pero en el fondo, Alexandra no era nada de lo que aparentaba.

Alexandra divorció a Callan y no la hizo perder más dinero que el que le correspondía por sus honorarios. Aquel día, sonrió malévolamente a Ricardo, que no tuvo más opción que firmar el divorcio sí o sí.

—Muchas gracias — le dijo Callan, mirándola con sus ojos grises llenos de gratitud.

Alexandra se puso nerviosa ante tanta efusividad, pues el rostro de Callan parecía alumbrar más que el sol, y eso para ella era demasiado. Estaba acostumbrada a cosas serias y sombrías.

—No tiene nada que agradecerme, es mi trabajo.

Érica, que observaba todo, contuvo una sonrisa al ver que su jefa se mostró brevemente azorada por la actitud de Callan. La mayoría daba las gracias, pero no con verdadera gratitud, ya que la mayoría creía que Alexandra era un dios obligado a realizar sus deseos. No obstante, el agradecimiento de Callan era sincero.

—Aun así, usted ha hecho mucho.

—No fue nada.

Para Alexandra, la gratitud de la mujer no pasó desapercibida. Cuando terminó el día y estaba en casa alistándose para ir a dormir, recordó el rostro sonriente de Callan, así como esos ojos grises chispeantes y su boca. “Qué guapa”, pensó, pero también pensaba que era cabeza hueca al haberse casado con un bueno para nada.

Capítulo 2

Callan era una de las mejores pediatras de la ciudad; le encantaban los niños y desde joven había anhelado casarse y formar una familia. Sin embargo, parecía haberse equivocado al elegir a Ricardo como su pareja. Aunque en su momento creyó que él era su alma gemela, con él pensó que ser madre y formar una familia sería más fácil que con una mujer.

Callan era bisexual y, aunque había tenido breves romances con mujeres, Ricardo la había cegado durante un tiempo. Después de dos años, se dio cuenta de quién era realmente Ricardo. Ahora eso era agua pasada, y no quería volver a verlo. Había soportado suficiente y estaba agradecida con Alexandra por divorciarla sin que Ricardo le quitara un peso más de lo que ya había gastado en mujeres de la calle.

Callan era una mujer alegre, sensible y sentimental. Le gustaba vestir con colores vibrantes y alegres. Su color favorito era el amarillo, aunque en realidad no tenía preferencia por uno en particular; simplemente amaba llevar los colores del arcoíris. Consideraba que el mundo estaba sumido en una situación muy oscura como para seguir creando más sombras, así que quería marcar la diferencia.

Sin embargo, cuando descubrió el engaño de su marido, no pudo evitar que su mundo multicolor se ensombreciera y permitirse caer un momento en la pena y el dolor de la traición. Pero cuando salió de ese bache, resurgió de las cenizas como el ave fénix, convirtiéndose en un arcoíris al final de la tormenta. Decidió que no se apagaría por un hombre que la estaba llevando al infierno. Deseaba y merecía algo más que traición. Pudo haber sido ciega, pero ya no lo era.

Cuando Callan conoció a la famosa abogada Alexandra, nunca esperó que fuera una mujer joven y atractiva. Imaginó que quizás se trataba de una mujer de unos cincuenta años, con cabello corto y sobrepeso, pero se encontró con todo lo contrario. Resultó ser joven, delgada, alta, con cabello largo y unos hermosos ojos negros y pestañas rizadas, lo que la hacía aún más interesante.

A Callan no le gustaba mucho el color negro, ya que lo asociaba con la tristeza y la muerte, y consideraba que no le quedaba bien. Sin embargo, en la abogada se veía bien, le daba carácter. Descubrió que la abogada solo usaba el color negro en su vestimenta y, llevada por su curiosidad, en la primera oportunidad que tuvo, preguntó lo que rondaba por su mente.

— ¿Ha muerto alguien de la familia de la abogada? — inquirió Callan en voz baja a Érica.

—No.

— Entonces, ¿por qué ella viste de negro todo el tiempo? ¿Acaso no tiene ropa de otro color?

—A Alexandra simplemente le gusta ese color.

Aquello le pareció extraño. ¿Cómo podía ser que a una mujer tan bonita solo le gustara el color negro? Si se encontrara en otra situación con la abogada, probablemente le habría dado

toda una charla sobre los colores, pero Alexandra siempre se mostraba profesional y seria con ella, no dejándole mucho espacio para la conversación. Callan se limitaba a responder las preguntas que la abogada le hacía. Aunque tuviera muchas ganas de hablar por horas, sabía que Alexandra tenía poco tiempo.

Callan también tenía horarios complicados a veces, pero le encantaba atender a bebés y niños. En la mayoría de las ocasiones se molestaba con algunos padres por no haber llevado a sus hijos pronto con ella, prefiriendo llevarlos a médicos generales en lugar de a un pediatra. No es que Callan ambicionara el dinero, sino que le preocupaba la salud de los niños. Por eso, una vez a la semana, daba consultas gratis para las personas más necesitadas, una pequeña acción que la hacía feliz.

Un día antes de celebrarse el día del médico, Callan recibió pequeños detalles de aquellos pacientes a los que había atendido más de una vez sin cobrarles nada, y ella los apreciaba realmente, sabiendo que aquella gente le daba de corazón lo poco que tenía. Por eso, llegó a casa cargando pollos, tamales, plátanos y yuca.

Como cada año, Callan asistió a la celebración que se organizaba en la ciudad en honor a todos los médicos. Sería la primera vez que asistiría sola, pero en lugar de sentirse triste, se sintió libre, dándose cuenta de que Ricardo se había convertido en un lastre para ella, causándole más angustia y preocupación que felicidad. Sus temores fueron ciertos y, aunque Callan nunca fue una mujer celosa, algo de aquella intuición femenina que poseían todas las mujeres le decía que Ricardo estaba con otra.

Pero ahora, Ricardo era agua pasada, y con mucha más alegría, se enfundó en un vestido amarillo y se aplicó el perfume que tanto le gustaba (Hypnotic Poison de Dior), convencida de que la fragancia y el vestido harían una dupla perfecta, y partió al evento. Entre todas las personas allí reunidas, hubo alguien que llamó la atención de Callan en cuanto arribó al lugar de la celebración: era la única persona vestida de negro. Los demás llevaban prendas variopintas de colores más alegres, pero ella, solo ella, vestía de negro. La confianza de Callan para acercarse a ella creció cuando vio que la persona mayor que se hallaba sentada a un lado de aquella mujer era un colega suyo.

— ¡Hola! — saludó Callan con evidente alegría al ver que no se había equivocado con la mujer vestida de negro —. ¿Cómo está el doctor Daniel Montenegro?

— ¡Hola, jovencita! — devolvió el saludo poniéndose de pie para abrazarla —. Cuanto tiempo sin verte, nos dejaste solos en el hospital.

— Tenía otros proyectos en mente.

— ¿Y cómo van?

— Bien por el momento.

— Eso he escuchado.

— Si lo sabe ¿por qué me pregunta? — inquirió con una sonrisa.

Daniel sonrió.

— Déjame presentarte a mi esposa Hortensia y a mi hija Alexandra, ella no es doctora.

— Ya nos conocemos — dijo Callan luego de estrechar la mano de Hortensia, y ahora sus ojos se posaban en Alexandra, quien la miraba de manera extraña —. Ella llevó mi divorcio. Es una excelente abogada.

— Solo hice mi trabajo — manifestó Alexandra entre horrorizada y fascinada de ver a Callan con un vestido amarillo canario. No es que se mirara mal, pero para Alexandra era demasiado llamativo, y Callan transmitía demasiada energía, parecía un sol andante. Además, su perfume avainillado invitaba a Alexandra a querer darle un bocado como si fuera un flan napolitano.

Callan se dio cuenta de la significativa mirada de Alexandra. Sabía que la estaba examinando, pero no dijo nada; ya tendría la oportunidad de hablar con ella a solas.

— ¿Has venido sola? — le preguntó Daniel.

— Así es.

— Entonces, siéntate con nosotros.

— ¿De verdad? — Daniel asintió —. Muchas gracias — dijo tomando asiento junto a Alexandra, que no pudo evitar mirar con ojos de reprobación a su padre, quien la ignoró completamente.

Antes de la llegada de Callan, la mesa había estado en silencio, pero una vez que ella llegó, sus padres no dejaron de cruzar palabras con la pediatra, que siempre tenía tema de conversación. Alexandra se preguntaba de dónde sacaba tanta saliva y palabrería para hablar por horas y sin descanso. Dio gracias al cielo cuando les trajeron la comida, momento en el que Callan permaneció callada.

Mientras Callan comía, Alexandra no pudo evitar observarla furtivamente. Miró sus manos y le gustaron mucho sus dedos largos y delgados. La piel de Callan tenía un tono perfecto, y Alexandra debía admitir que el amarillo le quedaba bien, aunque ella no se lo pondría. No le gustaba llamar la atención, pero Callan parecía hacerlo sin darse cuenta.

Callan volvió a darse cuenta de que la abogada le miraba disimuladamente las manos para luego observar sus hombros y cuello. La pediatra nunca se había sentido tan interesante para otra persona, pero Alexandra la estaba haciendo sentir sensual. Impulsada por el deseo de ser más llamativa ante aquellos ojos negros, Callan delicadamente con sus dedos acomodó su cabello detrás de su oreja, dejando al descubierto sus pendientes favoritos. Eran unos pequeños aretes de oro con una piedra brillante en el medio, que realzaba su rostro.

Y aquel simple gesto hizo que el corazón de Alexandra se detuviera por un momento y se olvidara de masticar el bocado que se había metido a la boca.

“Es hermosa, pero habla mucho”, pensó.

Callan no pudo evitar rematar la faena, mirando a Alexandra a los ojos y luego dedicándole la más bella y dulce de sus sonrisas.

“Ya sabía que no eras de hierro”, dijo.

Callan vio cómo Alexandra se ruborizaba y avergonzada, giraba el rostro para que no la siguiera viendo. Después de la comida, entregaron varios reconocimientos y entre ellos, Callan fue reconocida como la mejor pediatra por segundo año consecutivo y por su buena labor con las personas que menos tenían.

Alexandra no pudo evitar aplaudir con cierta efusividad a la mujer que hacía poco había ayudado a divorciar y que ya no le parecía tan cabeza hueca. Sin embargo, seguía pensando que era demasiado habladora y que las personas así no las soportaba, porque desquiciaban su mundo y trastornaban su tranquilidad. Aunque fuera hermosa, eso no era suficiente. Además, Callan era

heterosexual, o al menos eso era lo que Alexandra creía.

En el momento en que Callan se puso de pie para recibir su reconocimiento, se le olvidó que su cartera reposaba en su regazo y cayó al suelo, haciendo que la pediatra se agachara a recogerla con la gracia de un elefante, dejando a la vista un destello de su ropa interior. Alexandra no pudo pasar desapercibida esa imagen, lo que la hizo sonreír. Luego miró a su alrededor y comprobó que nadie había visto lo que ella había visto.

Mientras Callan recibía su reconocimiento, ajena a lo que la abogada vio, se percató de que Alexandra no dejaba de mirarla e incluso aplaudía.

— ¿Cómo es que una mujer como tú estaba casada con un hombre tan bueno para nada?
— no pudo evitar preguntarle a Callan cuando llegó a recuperar su asiento junto a ella en la mesa.

Callan sintió una agradable electricidad recorrer su cuerpo cuando la voz de Alexandra llegó a través de su oído. Era la primera vez que se dirigía a ella desde que se había sentado con ella y sus padres, pero lo más gracioso era que lo hacía con semejante pregunta. De haber sido otra persona que le hubiera realizado esa interrogación, se habría enojado, pero Callan sabía que lo que Alexandra quería saber era la pura verdad.

— Porque me gusta creer en el amor e imaginé que Ricardo me amaría para siempre y por siempre.

— ¿No te diste cuenta de que era un cabeza hueca interesado?

— No, el dinero no es algo que me importe demasiado.

— Pero da lujos y comodidad. Es mucho más fiel que cualquier persona.

Callan la observó por un momento antes de hablar.

— Veo que te gusta el dinero más que cualquier otra cosa.

A Callan le había desilusionado y casi decepcionado constatar que a Alexandra le importaba más el dinero que el amor o la amistad.

— Estoy casi segura de que dices eso porque nunca te has enamorado de nadie en realidad
— continuó Callan —. Por eso es que no sabes que cuando amas a alguien, das todo sin importar qué, solo quieres darle todo y ponerlo a sus pies.

— Era él quien debía hacerlo.

— Es que no lo entiendes, mientras me diera su amor incondicional para mí era suficiente.

— Debe ser recíproco.

— Yo no quería cosas materiales.

— Él se aprovechó de ti.

— ¿Tu pareja se aprovecha de ti cuando tú le das algo porque te nace?

— Nunca he dado nada a nadie.

“Aparte de todo, tacaña”

— ¿Por qué? — quiso saber Callan.

— Porque nadie se lo ha merecido.

Capítulo 3

A Callan no le pareció raro que Alexandra continuara soltera. Ahora que había convivido un poco con ella esa tarde, se dio cuenta de que era una mujer fría, calculadora y sin sentimientos.

La pediatra estaba segura de que una roca tendría más sentimientos que la abogada. Era lógico que no tuviera a nadie a su lado con esa manera tan seca de ser y su manera tan sombría de vestir. Parecía que iba a un velorio y no a una celebración con personas que trataban de salvar vidas. Era tan hermosa como presumida y fría, y a Callan no le gustaban mucho ese tipo de personas.

Mientras tanto, Alexandra en su casa, sentía que aún podía escuchar la voz de Callan en su cabeza, como si se hubiera llevado una grabadora con la voz de la pediatra. Aun así, se sentía molesta con ella, pues le pareció que Callan se sentía superior a ella solo por haber podido amar y ser una persona caritativa con los pobres. ¿Quién era ella para mirarla con esos bonitos ojos acusadores? Seguramente ella había sido así de bonita desde niña y cuando se convirtió en una jovencita, su belleza no hizo más que intensificarse, y ahora, como mujer adulta, seguía siendo hermosa.

Mientras que Alexandra tuvo que transformarse a base de esfuerzos y dolor. La belleza le había costado, bien era cierto lo de aquel dicho que la belleza cuesta, y aún seguía esforzándose por verse bien, por no dejar que nadie viera lo débil y sensible que era.

Odiaba que se burlaran de ella, y por eso sus secretos solo eran suyos. Pocas veces mostraba más allá de lo conveniente, y todas las mujeres con las que salía no quitaban ni la más mínima capa de ese enorme y grueso caparazón que la rodeaba. Esa era una de las razones por las que las mujeres se alejaban al poco tiempo de conocerla, porque salir con ella era como hacer negocios y, si bien les concedía tiempo libre, sus conversaciones eran superficiales. Alexandra siempre las llevaba hacia un lugar seguro para sí misma, solo para asegurarse de que no saldría lastimada gravemente si no se entregaba toda en ese corto tiempo.

— ¿Qué tal la celebración de tu padre del día del doctor? — le preguntó Érica poco después de que ella y Alexandra se pusieran al día con lo que tenían para la jornada.

—Bien, y hubiera sido mucho mejor si Callan no se hubiera sentado en nuestra mesa.

— ¿Cómo dices? — inquirió Érica sin poder creer lo que escuchaba, al tiempo que tomaba asiento delante de su jefa para escuchar mejor.

—Que Callan se sentó en nuestra mesa. Como llegó sola, a mi padre se le ocurrió que era buena idea invitarla a que se sentara con nosotros. ¡Cómo habla! Es peor que un perico o un disco rayado. No sé cómo lo hace para hablar tanto — se quejó llevándose las manos al rostro —. No le para la lengua. Además, llevaba un vestido amarillo bastante llamativo. ¡Qué seguridad tiene esa mujer!

— ¿Se veía mal? — quiso saber Érica aprovechando que Alexandra tenía su ataque de

verborrea. Érica sabía que cuando su jefa estaba así, hablaba hasta por los codos, pero sospechaba que a Alexandra le gustaba Callan, porque, de no ser así, no hubiera prestado tanta atención a cada detalle de la mujer y no le estaría dando pelos y señales de todo lo que pasó en la celebración del día de ayer.

—Al final remató diciéndome que yo no sé nada del amor — esta vez Alexandra sonaba indignada y enojada —. Solo porque se cree la Madre Teresa de Calcuta, piensa que es mejor que yo. Está equivocada. Casi me trató como si fuera una mujer frívola y que solo vivo para el dinero. Pues ella es muy hipócrita, porque el vestido que llevaba, al igual que las zapatillas, eran de marca, y ni hablar de los pendientes, eran de oro.

—Pero mira que le has examinado todo lo que llevaba encima — dijo con malicia.

— ¿Qué estás tratando de decirme?

—Que solo digo que le pusiste mucho cuidado a Callan en cómo iba vestida. — Alexandra la observó con sus ojos negros llenos de enojo.

—No te pongas a inventar cosas.

—Yo no estoy inventando nada, tú eres la que me ha dicho cómo iba vestida y de todo lo que habló. Solo faltó que supieras el color de la ropa interior que llevaba ayer.

Ciertamente, Alexandra sí que había visto las bragas de color amarillo de Callan; aún no podía sacar de su mente los bonitos muslos y glúteos que la pediatra dejó a la vista brevemente.

—¡No puedo creerlo! — exclamó Érica al verle el rostro de pícaro que puso.

— ¿Qué?

—Le viste las bragas — la acusó —. No es necesario que me lo digas, te conozco y, por tu cara, sé que así fue. Admite que te gusta.

—Es insoportable.

—Pero te gusta.

—Sí, me gusta. ¿Contenta? — Érica sonrió triunfante —. Pero su modo tan llamativo de ser no va conmigo, no es lo que me gusta de una mujer. Es escandalosa. Somos como agua y aceite. Blanco y negro. La noche y el día.

—Y sin embargo, se necesitan para existir. Sin lo uno, no existe lo otro.

—Es suficiente — dijo malhumorada —. Callan es heterosexual y si las lesbianas no me han hecho caso, ¿por qué ella se fijaría en mí?

—¿Y tú cómo sabes que Callan es cien por ciento hetero?

—Es suficiente, vamos a trabajar.

“Amargada”

El domingo era el único día que Alexandra se permitía ser libre de cosas de trabajo, así que era bendito para ella y lo tomaba para leer por las mañanas, visitar a sus padres un rato al mediodía y por la tarde, si es que encontraba alguna película interesante en cartelera en el cine, compraba un boleto para ver la función. Así que ese domingo encontró una que parecía ser de su agrado, pero para su gran sorpresa, la sala se encontraba casi llena, así que no le quedó de otra más que sentarse en el primer asiento que encontró libre junto a una mujer.

A Alexandra no le gustaba mucho sentarse junto a un hombre, se sentía incómoda y

siempre le pasaba lo mismo cada vez que una persona del sexo opuesto ocupaba la butaca que estaba sola a su lado.

Se permitió por el momento sentarse sin mirar directamente a la mujer que estaba junto a ella a la izquierda, pero logró ver su perfil de soslayo y dedujo que era guapa. Al pasar los segundos, Alexandra pudo respirar el perfume de la persona a su lado, era vainilla, uno que ya había inhalado antes y le recordó de inmediato a una persona en particular.

Alexandra sintió un nudo en la garganta y una sensación de ansiedad en el estómago la invadió ante la probabilidad de que fuera su desagradable conocida Callan. Fue entonces que Alexandra se puso rígida en su butaca; la función comenzó y ella estaba más atenta a los movimientos de la mujer a su lado que a otra cosa.

Mientras todos reían, incluso la mujer de al lado, Alexandra era la única que no lo hacía, ni siquiera porque había risas en la sala. Solo miraba a los personajes actuar y moverse, pero no entendía lo que hablaban o si ella estaba sorda o la cinta era muda. Cuando decidió cambiarse de butaca, la película había terminado. Se había comportado completamente como una estúpida paranoica, porque de haber sido Callan la que estaba junto a ella, seguramente no le hubiera parado el pico hablando de la cinta.

—Parece que no te ha hecho gracia la película.

La voz suave y tranquila de Callan llegó clara y nítidamente a los oídos de Alexandra como un relámpago en medio del cielo claro partiéndola en dos, cuando se ponía de pie. Alexandra se giró a ver a Callan, que le sonreía dulcemente y la miraba con tal diversión que la abogada se llenó de rabia, deseando ser una gata y darle un buen zarpazo para borrarle aquella risa de burla.

—Simplemente me hallaba pensando en otras cosas — trató de excusarse la abogada.

—Supongo que de trabajo.

—Efectivamente — respondió entre dientes.

—Lo que realmente creo es que, al descubrir quién era la que estaba sentada a tu lado, te quedaste como un palo de tieso.

—La verdad, creí que si te miraba o me movía, esa lengua que tienes iba a comenzar a moverse a hablar y hablar sin parar, como aquella vez en la celebración del día del médico. Parecía que no te ibas a callar nunca. Me alegró que la comida te hiciera guardar silencio.

— ¿Qué me estás tratando de decir? — inquirió Callan poniéndose de pie.

—Que hablas más que un perico y me molesta que una persona hable tanto.

—Pues por lo menos no me parezco a otras que se la pasan sentadas como si fueran una especie de caca de perro.

A Callan se le había escapado y era muy tarde para retirar lo dicho, pero es que su lengua fue más rápida que su pensamiento. Mientras que Alexandra no había encontrado nada más asqueroso y horrible que ser comparada con una mierda de perro. La comparación le hizo hervir la sangre y entonces no pudo contenerse.

— ¡Pues tú eres una cabeza hueca, que además parece un loro, habla y habla!

—Al menos no soy una caca de perro.

— ¡Eres insoportable! — la voz de las dos mujeres resonó en la sala de cine, atrayendo la

atención del público que grababa la escena con sus celulares en la penumbra.

— Señoras, por favor — interrumpió un hombre, intentando calmar la situación —. No pueden discutir aquí. Les ruego que abandonen la sala o llamaré a la policía.

Las dos mujeres fulminaron al empleado del cine con la mirada, haciendo que se sintiera pequeño e incómodo en la oscuridad. Por suerte, Alexandra fue la primera en salir, seguida de cerca por Callan.

Una vez afuera, mientras caminaban hacia sus autos, se dieron cuenta de que su comportamiento había sido inapropiado. Habían ofrecido un espectáculo vergonzoso para los presentes en la sala.

Callan lamentaba haber llamado a Alexandra “*caca de perro*”. Su insulto había sido más duro que el que ella misma había recibido. Aunque reconocía que podía hablar mucho, no entendía por qué eso la molestaba tanto, especialmente cuando la abogada parecía prestar atención a sus palabras, aunque fingiera indiferencia.

Por otro lado, Alexandra estaba más enojada consigo misma que con Callan. Perder los estribos en el cine, en un lugar público, era algo que como abogada no podía permitirse. Odiaba la tecnología, los celulares y a toda esa gente que apenas veía algo, sacaba su celular para grabar lo que acontecía, aunque en muchos casos eso pudiera servir como evidencia. Sin embargo, en ese momento, se arrepentía enormemente de haberse dejado llevar. Pero es que Callan tenía algo que la exaltaba, sus pensamientos y acciones se veían transformados apenas la veía y sentía cerca.

“*De nada sirve que seas guapa, si eres todo lo que detesto*”, murmuró Alexandra para sí misma cuando estaba a punto de encender el auto para volver a casa, el único lugar donde se sentía segura después del trabajo.

Como era de esperarse, Alexandra no pudo dormir esa noche por lo ocurrido con Callan en el cine, sobre todo porque ella había iniciado la discusión llamándola habladora. No obstante, la pediatra la había insultado de manera más severa, llamándola “*caca de perro*”, avergonzándola delante de la audiencia. Alexandra odiaba quedar en vergüenza delante de la gente; era su mayor miedo, ser el hazme reír de todos, y había vuelto a suceder.

Cuando Érica vio a su jefa la mañana del lunes, supo que algo la había mantenido despierta, ya que había ojeras debajo de sus ojos y se estaba mordiendo las uñas, una señal clara de que estaba ansiosa y poco concentrada en su trabajo. En lugar de eso, estaba más pendiente de su celular que de lo que realmente era importante en ese momento, sacar adelante el trabajo.

—¿Qué te pasa? Estás muy distraída — le llamó la atención su asistente.

—Me voy a volver loca — respondió con voz desesperada mientras dejaba el celular sobre su escritorio.

— Creo que cometí una locura este fin de semana.

— ¿Atropellaste a alguien?

— No.

— ¿Entonces? Si no es nada como eso, ¿qué es?

Alexandra miró a los ojos a Érica, luego escondió el rostro entre sus brazos y el escritorio, y se tiró de los cabellos, preocupando de verdad a su asistente, ya que rara vez la veía

en ese estado.

— Ayer fui al cine y, cuando creí que iba a tener una tarde tranquila, al entrar a la sala y tomar asiento en una de las butacas al lado de una mujer...

— ¿Qué pasó? — la interrumpió —. ¿Te encontraste con Rut y con la otra mujer por la que te dejó?

— No, ojalá hubiera sido eso — Alexandra abandonó su escondite y miró a Érica a los ojos, que la observaba expectante ante lo que su jefa iba a decir —. Cuando me senté, creí que se trataba de cualquier mujer, pero ni te imaginas de quién se trataba.

— La verdad es que no tengo ni la menor idea.

— Se trataba de Callan.

— ¡¿Qué?!

— Sí, de ella misma. Ni siquiera pude sentarme a su lado cuando me di cuenta.

—Entonces, tu molestia fue porque no te dejó ver bien la película debido a que habló y habló y tu odias que hablen mientras miras algo. ¿No es así?

— Te sigues equivocando, por primera vez se mantuvo callada.

Érica no podía entender nada y tenía unas ganas inmensas de reírse de Alexandra, pero, si lo hacía, solo conseguiría que su jefa se quedara callada y se enojara con ella por no dejarla terminar.

“Qué dramática”

—Y si se mantuvo callada durante toda la película, ¿qué fue lo que te molestó?

— Dijo que yo parecía una caca de perro.

— ¡¿Qué?!

— Lo que escuchaste, me dijo que parecía una caca de perro.

Érica se tuvo que morder la lengua para no soltar la carcajada, pero su gesto la delató delante de Alexandra.

— Búrlate — le espetó Alexandra —. Sabía que te ibas a reír, pero a mí no me causa gracia, ¿sabes?

— Lo sé, pero es que es imposible. ¿Por qué te dijo eso? ¿Qué le hiciste?

— Yo no le hice nada.

Érica la miró con los ojos entornados, sin creer que eso fuera cierto.

— La cosa es que cuando me di cuenta de que era ella...

— Pero ¿cómo te diste cuenta de que era ella, si la sala está casi a oscuras?

— Pues porque su perfume es inigualable, lo reconocería a kilómetros.

“Te gusta, pero te asusta”

—Siempre usa el mismo, me hostiga — continuó Alexandra.

“No te creo nada”

—Entonces, la miré de soslayo y me ayudó un poco la luz de la pantalla para ver de cerca

sus facciones, descubriendo de ese modo que era Callan.

— ¿Y después de eso qué hiciste?

— Pues me quedé muy quieta y no me moví durante toda la cinta ni le di la cara para que no me viera y no hablara.

— Entonces, si no te moviste y no hubo cruces de palabra, ¿en qué momento fue que te dijo “caca de perro”?

— En el momento en que me puse de pie para salir de la sala antes de que ella lo hiciera y me reconociera, pero resulta que la muy cretina me había reconocido y disimuló todo ese tiempo haciéndome creer lo contrario.

— ¡Ustedes están locas! — exclamó Érica divertida —. Me imagino que después de eso vino su insulto hacia ti, ¿no es así?

— Sí.

— ¿Tú qué le dijiste para que te dijera “*caca de perro*”?

— Que no la saludé porque hablaba demasiado y que parecía un loro.

— Así que Callan, en su defensa, dijo que tú, a diferencia de ella, eras una caca de perro por no hablar.

— ¿Piensas que soy una caca de perro tú también? — preguntó indignada.

— No, por supuesto que no.

— Pues no te lo creo, has hecho la deducción demasiado rápido y antes ni siquiera lograste concretar ninguna.

— Es que no hay que ser muy inteligente para saber lo que hace una caca de perro.

— ¡Es suficiente! — dijo molesta.

Alexandra volcó su atención al trabajo, pero Érica continuaba observándola, sabía que su jefa se estaba atormentando ella sola con sus pensamientos.

— Si te sientes mal por lo que pasó, envíale flores a modo de disculpa.

— ¿Qué?

— Que le mandes flores y le pidas disculpas en una tarjeta.

— No lo haré, quien tiene que hacerlo es ella.

Capítulo 4

Alexandra vio a Érica entrar a su oficina con un enorme ramo de flores. Ya había imaginado que eso iba a pasar. Pero el arreglo no correspondía al que le había pedido a Érica enviar a Callan.

—Sabía que no las iba a aceptar y me costó un ojo de la cara — manifestó Alexandra, más malhumorada de lo que estaba por haberle hecho caso a su asistente.

—Estas no son las que le enviaste a Callan.

—Entonces vienes a presumirme lo que te envió tu novio.

—Tampoco, él no tiene para este tipo de arreglos. Es demasiado caro.

—¿Y de quiénes son?”

—*“Sí que eres tonta a veces”*

—Considero que si las traigo aquí, es porque son para ti.

—¿Para mí? — preguntó incrédula —. Qué raro, siempre soy yo la que envía flores y nadie hasta el momento ha sabido enviarme.

—Creo que no tienes ni la más remota idea de quién te las envió, ¿verdad?

—La verdad, es que no. ¿De quién son?

—De tu queridísima Callan — dijo, colocando el gran arreglo floral con rosas en una mesa alterna.

—Ella no es mi queridísima — manifestó, levantándose de la silla de su escritorio para ver su regalo.

—Hay una tarjeta para ti.

Alexandra la tomó y Érica aguardó curiosa a una distancia prudente de su jefa para saber qué era lo que decía la nota. La asistente descubrió en los ojos de Alexandra un brillo, al tiempo que controlaba la expresión de su cara para no dejar ver la emoción que aquello le había provocado.

—¿Qué dice? — se atrevió a preguntar Érica.

—Me pide disculpas por lo que me dijo y me ha invitado a cenar.

—¡Interesante! ¿Vas a aceptar?

—No lo sé.

—¿Por qué?

—Porque es insoportable y habladora.

—Pero, ¿por qué? La cosa es muy fácil. Ella habla y tú solo la escuchas.

—¿Te parece poco escucharla hablar por más de una hora?

—La verdad es que sí. Piensa en que va a pagar la cena.

—Necesito pensarlo y luego la llamo.

— ¿Tú vas a llamarla? — aquello le sorprendió a Érica.

—Sí, me ha dejado su número.

“Qué interesante.”



Sí, Alexandra se había torturado toda la noche del domingo por su boca floja, pero Callan se encontraba mucho peor por haber soltado aquel horrible comentario en el que le decía a la abogada que era una caca de perro.

Ciertamente sabía que la abogada no era una mujer conversadora, pero sí que sabía hablar y utilizar muy bien las palabras a la hora de hacer su trabajo y defender lo indefendible. Por otro lado, no podía negar que era atractiva y sexy con esas ropas oscuras y elegantes que vestía. Sin embargo, ese día en el cine, aunque vestía ropa casual como unos simples pantalones de mezclilla y una playera negra, se sintió más atraída por ella y por su exquisito aroma del perfume que llevaba, ya que la fragancia que desprendía le daba ese aire de mujer segura, independiente y capaz que era. Alexandra olía a cítricos, neroli y madera.

A Callan le encantaba su perfume y alguna que otra cosa de la abogada, pero al mismo tiempo era tan irritable e insoportable, y eso que ella era buena soportando a las personas que no eran tan simpáticas. Pero Alexandra era el remate, si no fuera porque de verdad la abogada le gustaba, ni siquiera hubiera tenido la molestia de enviarle flores.

Lo cierto era que le irritaba el comportamiento serio y rígido de Alexandra, pero intuía que la abogada no podía ser en el fondo esa mujer que aparentaba, pues el primer día que la conoció y habló con ella, le dio otra sensación, sobre todo porque Érica, su asistente, parecía llevarse bien con Alexandra. En resumen, para Callan, Alexandra se había convertido en un misterio. Más allá de que se hubiera portado grosera con ella en el cine y hubieran peleado, no deseaba hallarse en malos términos con la mujer que le devolvió la libertad.

Cuando regresó a su consultorio después de su almuerzo, la secretaria le hizo entrega de un enorme arreglo floral, en el cual había todo tipo de flores, y su expresión de desconcierto no pasó desapercibida para su secretaria. Alexandra pidió que pusieran las flores más bonitas, alegres y que además tuvieran aroma. Pretendía que el arreglo floral fuera acorde con la personalidad de Callan. No se equivocó en su elección, pues lo primero que hizo Callan fue pegar su nariz e inhalar la fragancia del arreglo.

— ¡Me encanta el aroma de las flores! ¿Quién lo ha enviado? — le preguntó a la secretaria.

—Creo que hay una nota allí — señaló el pequeño cuadro que descansaba discretamente entre las flores.

—No lo había visto. Gracias.

Callan no se lo había esperado, pero esperaba que para ese momento, Alexandra también hubiera recibido las suyas y que no se las devolviera, y que aceptara la cena. Feliz por el

presente, lo tomó del escritorio de la secretaria y lo llevó dentro de su sala de consulta, donde lo colocó sobre una mesa que tenía como única decoración un jarrón con flores artificiales. Después de dejarlo allí, se sentó detrás de su escritorio, se acomodó en su silla y leyó la nota.

“Lamento lo que pasó en el cine”

—Como lo esperaba. Corto, breve y conciso. Me pregunto si de verdad serás tan fría como aparentas, Alexandra.

Ahora solo le quedaba esperar su llamada, si es que lo hacía en algún momento, aunque dudaba que lo hiciera. Pero al menos ya había conseguido recibir flores de ella, y eso le indicaba que no era tan terrible como aparentaba.

Mientras Callan esperaba tranquila la llamada de la abogada, Alexandra, cada vez que se hallaba acostada en su cama, pensaba en si debía llamar o enviar un mensaje a la pediatra. La tarjeta con el número de Callan se encontraba en el buró junto a la cama, al igual que las rosas, que llevó allí para miraras todas las mañanas antes de irse a trabajar y por las noches cuando entraba para ducharse e irse a dormir.

Aunque ante Érica hubiera fingido que no le importaba aquel detalle, era una gran mentira; por supuesto que recibir rosas le había gustado y emocionado por igual, y aunque en su momento debió llamar a Callan para darle las gracias de viva voz, había sido cobarde y continuaba aún luchando con su miedo.

Cuando se decidió a mandarle un mensaje, eran pasadas las diez de la noche y, aunque se arrepintió al pensar que Callan estaría dormida, en el momento en que volvía a dejar su celular sobre el buró, este vibró y Alexandra lo tomó de inmediato para ver el mensaje; era de Callan.

Hola!!

¿Estabas dormida?

No, ¿y tú?

Estoy en eso.

Entonces, te dejo dormir

¿Aún sigue en pie lo de ir a cenar?

Por supuesto

Bien, entonces hablamos mañana

De acuerdo, descansa

Callan esperaba respuesta, pero como era de esperarse, nunca llegó, porque una vez satisfecha con la contestación, Alexandra dejó de pensar. Posó la cabeza en la almohada y se quedó dormida. Mientras tanto, Callan, al darse cuenta de que no habría un nuevo mensaje por parte de Alexandra, sonrió feliz. Por fin la abogada se había animado a hablarle, ya que estaba a punto de perder la esperanza de que alguna vez diera señales de vida. Pensó que el arreglo floral había sido una especie de cortesía para no dejar una mala impresión ante ella.

Érica se percató de que su jefa había llegado de buen humor esa mañana. No es que fuera mal humorada en la oficina o sin ánimos de trabajar, eso jamás. Alexandra era una mujer responsable, casi adicta al trabajo. Pero su estado habitual era serio. Esa mañana, en sus ojos negros casi perversos, había un brillo que Érica nunca había visto antes.

Érica no sabía qué le había pasado a su jefa y no quería preguntarle de nuevo si por fin se había animado a llamar a Callan, ya que todas las veces que lo había cuestionado, obtuvo la misma respuesta negativa. La asistente no podía entender cómo Alexandra podía ser tan inteligente, audaz y capaz para algunas cosas, pero, para otras, no era más que un pequeño ratón miedoso que prefería mantenerse seguro en su ratonera para no sufrir daños.

Quizás su pequeña alegría se debía a que posiblemente se había encontrado con alguien que llamó su atención y le había dado su número, haciéndole más fácil olvidarse de Callan. Pero Érica, por alguna razón, quería que su jefa tuviera la oportunidad de salir con la pediatra como amigas; intuía que con ella las cosas podrían ser diferentes, que Callan podría mostrarle la vida desde distintas perspectivas y no solo como lo hacía Alexandra a veces.

La alegría de Alexandra perduró todo el día y aumentó cuando llegó a casa. Después de cenar, se dio una larga ducha. Cuando salió, eran casi las nueve de la noche. Se puso el pijama, se secó el cabello lo más que pudo con una toalla, tomó su celular y se acostó en la cama, pensando que quizás era una hora razonable para llamar a Callan y no molestarla más tarde.

—¡Hola, soy Alexandra! — dijo en cuanto respondió Callan.

—Lo sé, he registrado tu número.

—Pensé que no lo harías.

— ¿Por qué?

—Porque fui desagradable contigo.

— ¿Lo admites?

—Sí, pero tú también.

—Lo sé y no debí decirte lo que te dije. Fue algo muy infantil de mi parte.

Las dos se quedaron calladas. Callan esperaba que Alexandra hablara, pero la abogada se encontraba con la garganta agarrotada, sin atreverse a preguntarle a la pediatra si mañana le parecería bien ir a cenar. Ansiosa, jugaba con su dedo en el orificio que tenía la blusa del pijama, algo raro en ella, que tenía muchos pijamas, pero el que le gustaba era ese.

— ¿Sigues ahí? — preguntó Callan.

—Sí, lo siento.

Callan disfrutaba mucho de esa llamada, ya que parecía que la abogada no era tan segura al hablar con ella, pero decidió que ya había sido suficiente hacerla sufrir por esa noche.

— ¿Cuándo te parece bien ir a cenar? — quiso saber Callan.

—¿Qué tal mañana por la noche? ¿Te viene bien?

—Por supuesto. Te aviso que te llevaré a comer hamburguesas, lo digo para que te vistas casual.

—Creo que tengo algo más que trajes.

—Me alegra saberlo, y no es porque no quiera llevarte a un buen restaurante. Es solo para que comas las mejores de la ciudad. Te vas a chupar los dedos.

Alexandra no pudo evitar sonreír ante aquella expresión, y Callan escuchó su ligera sonrisa a través de la línea.

—Espero que eso sea cierto.

—Ya lo sabrás mañana. ¿Quieres que pase por ti?

Alexandra se lo pensó un momento. Aquello parecía casi una cita, pero no lo era; era solo una cena para limar asperezas de lo que había pasado entre ellas en el cine.

—Sí, si no te supone ninguna molestia.

—Ninguna, pero si prefieres ir por tu cuenta, te envío la dirección.

—No tengo problemas en que pases por mí.

—Entonces, mañana paso por ti a las ocho de la noche, ¿Te parece bien?

—Perfecto.

—Nos vemos mañana, abogada.

—Hasta mañana, Doctora.

Alexandra colgó y una sonrisa, de esas que son capaces de oxidar aretes, se dibujó en su rostro. Hasta el momento todo marchaba bien y no habían discutido. Rogaba para que el día de mañana por la noche fuera igual y no terminara en otra loca discusión.

Capítulo 5

Si la sonrisa de Alexandra llegara a ser el sol, habría podido dejar ciega a Érica, quien se contagió de la alegría de su jefa a pesar de no haber tenido una buena noche. Aun así, no se sentía tan entusiasta como para cuestionar la alegría de la abogada.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Alexandra a Érica al verla suspirar una y otra vez y no prestar mucha atención después del almuerzo, del cual ni siquiera terminó de comer porque le dio asco.

— Todo y nada, que no se haya podido esperar.

— ¿Cómo es eso?

— Creo que estoy embarazada.

— ¿Es eso lo que te tiene preocupada? — preguntó Alexandra despreocupadamente.

— Se suponía que estaba cuidándome y aún no quería ser madre.

— Entonces no deberías haber tenido novio.

— ¿Por qué siempre eres tan radical?

— Porque una cosa lleva a la otra, quieras o no, y las cosas pasan. Es normal que sucediera.

— Tengo pavor de ir al médico y que me confirme que estoy embarazada.

— Te engañas a ti misma. Y si te preocupa que te despida, no lo haré ni te remplazaré. A menos que quieras ser madre a tiempo completo, pero eso no me incumbe a mí, sino a ti.

— ¡No sé lo que quiero hacer!

— Puedes abortar si no lo deseas.

— ¡Dios, no! ¡Sí que eres exagerada!

A Érica se le olvidaba a veces cómo Alexandra podía ser tan fría y decir las cosas sin el menor sentimentalismo, era como si fuera una persona en un momento y otra en el siguiente. Pero entendía que fuera de ese modo, ya que a lo que se dedicaba, necesitaba tener toda la sangre fría posible.

— Pues deja de lamentarte, tampoco es que seas una adolescente. ¿Él ya lo sabe?

— Sí.

— ¿Y cuál fue su reacción?

— Se puso feliz, pero dice que no quiere emocionarse hasta que no esté confirmado. Pero yo estoy casi segura de que espero un bebé. Tengo varias semanas de retraso y últimamente todo me da asco.

— ¿Vas a casarte?

—No, nunca ha sido mi sueño. Si a largo plazo no funciona lo nuestro, es más fácil separarnos.

— ¿Crees? — inquirió mirándola —. No lo veo así cuando hay un niño de por medio.

—Lo sé, pero estoy segura de que él no me lo quitaría.

—Si tú lo dices — respondió incrédula, volviendo a su trabajo.

— ¿Estás viendo a alguien? — preguntó Érica luego de un momento.

—No, ¿por qué?

—No, es solo que te he visto muy contenta.

—¿Acaso no puedo estar contenta solo por el hecho de respirar, trabajar y ganar dinero?

—Sí, claro.

“Grano en el culo”

Alexandra la cortó de inmediato con una respuesta chocante, y a Érica no pudo fastidiarle más de lo que ya lo hacía. Ahora que lo pensaba bien, se alegraba de que la cobarde de su jefa nunca hubiera tenido el valor de hablarle a Callan. La pediatra no se merecía a una mujer insoportable, arrogante y presumida como Alexandra. Callan era demasiado buena para una mujer que, en el fondo, era insegura y miedosa como la abogada.

La abogada no tuvo más remedio que ser un poco grosera con su asistente porque no quería contarle que iría a cenar con Callan esa misma noche. No sabía cómo iba a terminar, si bien o mal. Pero Alexandra deseaba que todo saliera bien, que al menos no discutieran y que ella tuviera la capacidad de escuchar a Callan hablar durante todo el tiempo que durara la cena.

Una vez en casa, Alexandra fue directamente a su habitación, dejó sus cosas del trabajo, se desnudó y se metió a la ducha mientras escuchaba canciones de La Oreja de Van Gogh, luego de haberle pedido a Alexa que pusiera música.

Se bañó sin prisas y una vez fuera de la ducha, se paró delante de su amplio y gran armario para buscar algo no tan sofisticado ni pretencioso. No quería verse mal delante de Callan, pero tampoco quería desentonar. Sin embargo, se dio cuenta de que no tenía muchas prendas informales en su guardarropa.

Aun así, optó por ponerse el único pantalón de mezclilla deslavado que tenía (algo irónico en ella, que tenía dinero) y una camisa que ya no llevaba al trabajo y de la cual pensaba deshacerse. Una vez vestida, se miró al espejo y se sintió satisfecha con el resultado. Era lo más simple que podía llevar, pero aun así no dejaba de verse bien y reflejar su posición económica.

No obstante, le faltaba el calzado y llevar tacones no le parecía una buena idea, además de que no deseaba usarlos más tiempo del que ya lo hacía diariamente. Así que fue a donde guardaba los zapatos y buscó hasta dar con unas sencillas sandalias que hacía mucho no se ponía.

—Creo que estoy lista — se dijo mirándose una última vez al espejo, pero luego se dio cuenta de que aún no se había peinado —. ¡Rayos!

Corrió hacia su tocador y comenzó a peinarse. Mientras lo hacía, su celular empezó a sonar.

— ¿Estás lista? — preguntó Callan.

— ¿Eh? Sí, salgo en un momento.

Rápidamente se alisó el cabello, dejó el peine en su lugar, tomó su bolso y sus pertenencias, y corrió hacia afuera, donde Callan la esperaba en la calle. No le sorprendió encontrar un auto rojo estacionado frente a su casa. Sin dudar ni un momento, caminó hacia él y, poco antes de llegar, pudo ver a través del cristal a Callan sonriendo.

—Veo que no fue necesario decirte en qué auto venía — le dijo Callan a Alexandra apenas subió al auto.

—No, adiviné rápidamente que eras tú.

— ¿Lo has deducido por el color?

— ¿Por qué más si no? Es muy tu estilo.

Callan le dedicó una mirada que Alexandra no supo descifrar, pero vaya que la hizo sentir de manera extraña, como nunca antes nadie la había mirado o quizás, ante los ojos de la pediatra, era un bicho raro y no lo iba a negar. A veces, Érica le decía que era muy diferente a la mayoría de las mujeres que conocía.

Una vez que Callan se concentró en manejar, Alexandra no pudo evitar fijar sus ojos en la pediatra, que iba vestida con jeans de mezclilla, una sencilla playera Levi's en color blanco y el cabello atado en una cola de caballo, dejando al descubierto su bonito y delicado cuello.

Callan sabía que aquellos grandes y bonitos ojos negros no le apartaban la vista, así que continuó manejando fingiendo que no se percataba de que era observada.

—Te gusto, ¿verdad? — afirmó, y aquello cayó como un balde de agua fría a Alexandra.

A la abogada se le subieron los colores al rostro y se puso tan enojada que Callan casi podía ver cómo salía humo de sus orejas.

—Detén el auto — le pidió.

— ¿Qué?

—Quiero que te detengas, no voy a ir a ningún lado contigo. Te detienes o me lanzo del auto.

Callan la miró por unos segundos desconcertada, pero al ver el rostro decidido de Alexandra, decidió aparcar lo más rápido que pudo, antes de que la abogada hiciera lo que había dicho.

Una vez detenido el auto, Alexandra se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó del coche, mientras que a Callan le costaba creer lo que estaba pasando. Ahora se arrepentía de lo que había dicho y sabía que, aunque le dijera que había sido una broma, ella no se lo creería.

— ¿A dónde vas? — le preguntó Callan yendo detrás de ella.

—A casa.

— ¿Y la cena?

Alexandra se detuvo para darle la cara, al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Es más que obvio que ya no voy a cenar contigo. Esto era un error. Lo sabía desde un principio.

—Fue una broma — trató de excusarse.

—¡Tú sabes que no es verdad!

—De acuerdo, pero ¿por qué no aceptas que te gusto?

Alexandra volvió a enfurecerse y echó a andar.

—¡No me gustas! — manifestó la abogada.

Dos hombres de entre cincuenta y pocos años en la acera de enfrente, habían visto y escuchado la escena entre Callan y Alexandra en primera fila.

—Míralas — le dijo uno de ellos al otro —. Ni ellas mismas se entienden.

—Las mujeres están locas, no les está ni frío ni caliente.

—Dos mujeres juntas debe ser el infierno mismo, nada más hay que mirar.

Los hombres se echaron a reír divertidos mientras que Callan continuaba detrás de Alexandra intentando convencerla.

—Entonces déjame llevarte a casa.

—Tomaré un taxi, no quiero volver a verte — se detuvo y se giró a ver a Callan —. Deja de seguirme y es mejor que no nos volvamos a ver. Está claro que somos como agua y aceite.

—Pues lo serás tú, que no te gusta afrontar la verdad. ¡Cobarde!

Alexandra no dijo nada, se mordió la lengua y no defendió lo indefendible. Era cierto que le gustaba Callan, pero también tenía miedo. Le asustaba tanto lo que aquella linda y habladora mujer le hacía sentir que no quería pasar una vez más por el proceso de salir unas cuantas veces, para al final decirle que había conocido a alguien con más gracia que ella y ya no quería sentirse de alguna forma como el plato de segunda.

Callan se arrepintió de inmediato al ver la expresión dolida de la abogada al escuchar que le llamó cobarde, pero no podía regresar el tiempo atrás ni pedirle disculpas. Le había salido del alma decírselo porque le chocaba que fuera cobarde. Nunca creyó que la mujer que había visto tan segura defendiendo su caso ante el cretino de su marido fuera, en el fondo, una mujer asustadiza de sus sentimientos y que no se atreviera a vivir ni a sentir lo que quería experimentar con toda el alma.

Alexandra hizo la parada al primer taxi que pasó y subió en él, bajo la triste mirada de Callan, que no fue capaz de moverse hasta que el coche amarillo se perdió de su vista. La doctora, casi arrastrando los pies, regresó al auto y volvió a casa.

Apenas cruzó la puerta de su casa, Alexandra se puso a llorar. Aún seguía siendo la misma chica estúpida, insegura y miedosa que cuando era adolescente. ¿Por qué simplemente no aceptó que sí le gustaba? De haberlo hecho, se hubieran evitado todo el drama y quizás, con un poco de valor, se hubiera atrevido a darle un beso y por fin probar aquella boca que tanto deseaba besar. En su lugar, lo que había hecho fue asustarse y echarse a correr como si fuese una niña pequeña. Alexandra se sentía capaz siendo abogada, pero en asuntos sentimentales no era más que un bebé en pañales.

Por su lado, Callan condujo dándole golpes al volante. Estaba enojada consigo misma por lo boca floja que había sido, y no solo una vez, sino dos veces. Esta vez, la abogada tenía razón en pedirle que no se vieran nunca más, pero Callan quería verla una vez más y disculparse con ella de rodillas, si es que era posible. Si no hubiera soltado aquel comentario, seguramente estarían comiendo hamburguesas las dos felices y contentas, mientras que ahora tenían nuevamente desazón.

—Tienes razón, Alexandra, hablo mucho.

Capítulo 6

Contrario a lo que había sido Alexandra la semana pasada, el lunes llegó más agria que un limón y más cortante que el filo de una navaja. Sin hablar mucho, le dio los buenos días a Érica, que se percató de su nuevo estado de ánimo.

— ¿Estás embarazada? — le preguntó Alexandra a su asistente en cuanto tomó asiento delante de ella para comenzar a trabajar.

—Sí — respondió no muy animada.

—Se nota tu alegría — se burló.

—Sí, se nota tanto como la tuya.

Alexandra la miró con cara de pocos amigos y no dijo nada más, se quedó callada y se puso a trabajar en silencio.

— ¿Qué pasó? — la pregunta tomó por sorpresa a Alexandra.

— ¿Qué pasó? ¿De qué?

—No te hagas la tonta conmigo, te conozco y la semana pasada estabas de buen ánimo y ahora, parece que te patearon el culo.

—Por favor, no me recuerdes lo estúpida que soy.

“Por fin reconoces lo estúpida que eres a veces.”

— ¿Por qué?

—Me atreví a mandarle un mensaje a Callan, luego la llamé una noche y acordamos ir a cenar. Todo iba bien, me dijo que me llevaría a comer hamburguesas, así que no tenía que ir muy bien vestida.

—Tal como suena, todo iba bien.

—Pues sí, iba bien. Hasta que ya nos dirigíamos a cenar.

— ¿Qué ocurrió?

Alexandra se lo pensó un momento en si contar todo tal y como habían sucedido las cosas. Ahora que lo pensaba bien, le daba vergüenza contarle a Érica lo que ocurrió. Mientras que su asistente sabía que su jefa estaba debatiéndose entre contar todo tal y como había sucedido o no.

Alexandra se dio la vuelta en su silla giratoria y le dio la espalda a Érica. Le iba a contar, pero no quería verla a la cara. Le daba pena contar cómo se había peleado con Callan en esta ocasión, pero creía que esta era la definitiva y que ya no tendría solución. Eran muy distintas, como el día y la noche.

—Calla llegó antes de que yo terminara de arreglarme y yo estaba nerviosa al mismo tiempo que feliz. Su auto es rojo, antes de verlo estacionado delante de mi casa, supuse que ese

sería el color de su automóvil — guardó un momento de silencio y continuó —. Todo parecía ir bien, hasta que yo me le quedé mirando como una idiota mientras conducía y ella se dio cuenta y con toda esa actitud desvergonzada que la caracteriza y que me choca, me dijo: “Te gusto, ¿verdad?”

—Era verdad que la estabas mirando porque te gusta y eso hasta un ciego lo ve. Pero eres tan tonta.

“Por no decir otra cosa”

—Me gusta, pero lo que hice fue negarlo y pedir que se detuviera para bajar de su auto.

— ¿Hiciste eso? — inquirió incrédula.

—Sí, lo hice.

— ¡Qué cobarde! Yo que tú no saldría de casa jamás.

—Cuando estacionó y bajé del auto — continuó relatando Alexandra —, Callan me siguió por la acera diciendo que me llevaría de regreso a casa, pero yo me negué y así estuvimos un buen tramo hasta que detuve un taxi y me llamó cobarde antes de subir.

Érica no se había esperado que la pediatra se hubiera atrevido a decírselo a Alexandra en la cara y la consideró su heroína, por ser la primera persona en decirle su más grande defecto a la abogada, que, si bien podía ser muy capaz y fiera en su trabajo, en cuestión de amores y sentimientos, era una gallina desplumada.

— ¿Y qué le dijiste?

—Nada.

— ¿Te quedaste callada?

—Sí — susurró la abogada.

—No puedo creer que tú te hayas quedado callada.

—No podía negar lo que era verdad. Estaba huyendo por cobarde.

— ¿Tanto te afectó lo de Rut?

—Eso fue solo la gota que terminó de derramar el vaso.

— ¿Y qué vas a hacer? ¿La buscarás de nuevo?

—No, Callan no necesita a una mujer complicada en su vida. Acaba de liberarse de una escoria, no necesita meterse en problemas con una abogada miedosa.

Érica se dio cuenta de que la voz de Alexandra era triste. Era la primera vez que la escuchaba realmente de ese modo y tan desanimada. Esta vez, la abogada estaba segura, y Érica sospechaba que no habría más perdones. Se había apagado finalmente la pequeña llama que hasta el momento Alexandra mantenía prendida.

Tras unos minutos en silencio y de darle la espalda a su asistente, decidió volver a trabajar, no podía continuar lamentándose ni compadeciéndose de ella misma, eran situaciones de las cuales tenía que aprender a sobrellevar o bien afrontar de frente y sin miedo, pero hasta el momento el temor la había hecho correr.

Por su parte, Callan no era de las mujeres que se desvelaban pensando en los sucesos del día o en los problemas que pudiera haber tenido. A ella no le preocupaba nada de eso; creía que

perder el sueño no solucionaría nada y que lo mejor que podía hacer era descansar para pensar con claridad al día siguiente.

Sin embargo, esa noche después de regresar a casa tras el espectáculo que ella y Alexandra habían ofrecido en la acera, se sentía inquieta, enojada y frustrada. Nunca antes nadie la había puesto tan de mal humor y al mismo tiempo tan triste por haber dejado salir algo desagradable de su boca por segunda vez. Callan aún podía ver claramente el rostro triste de Alexandra en su mente, lo que sentía como una bofetada, y por primera vez no pudo dormir. No consiguió pegar ojo esa noche; pasó dando vueltas en su cama y odiaba permanecer despierta. Por más que se obligaba a dormir, más recordaba la expresión dolorida de Alexandra.

Esa domingo amaneció desvelada y sin ganas de hacer nada, además de sentirse triste. Lo que pensó que sería una agradable cena se convirtió en todo lo contrario por culpa de su lengua suelta. Ese día se vio tentada a enviarle mensajes o llamarla, pero cada vez que lo intentaba se encontraba escribiendo y borrando el mensaje más de una vez, y las otras veces nunca dejaba que la llamada se completara.

Esta vez la disculpa tenía que ser en persona, así que fue a buscarla, pero no la encontró en casa. Al principio, después de tocar el timbre muchas veces, pensó que se estaba escondiendo. Sin embargo, al darse cuenta de que no estaba el Mercedes Benz negro último modelo, se retiró.

Así que pasó otra noche sin poder dormir y, aunque deseaba que la abogada le escribiera, eso nunca ocurrió. Sabía que no la iba a buscar; esta vez le había hecho daño de verdad.

Agradeció que fuera lunes para mantener la mente ocupada, pero su rostro la delataba con las enormes ojeras que parecían de mapache. Desganada, se fue a su consultorio como cada mañana. Aunque tuvo pacientes, no dejaba de pensar en la abogada apenas tenía unos pocos segundos libres. Cuando llegó la hora del almuerzo, salió corriendo rumbo a una florería; necesitaba al menos una rosa para disculparse, pero lo más importante era que Alexandra la recibiera.



— ¿Vamos a comer? — le preguntó Érica a su jefa.

— No tengo hambre, ve tú — respondió sin apartar la vista de los papeles.

— ¿Quieres que te traiga algo?

— No, no te preocupes.

— Vuelvo en un rato.

— Bien.

Alexandra le dedicó una breve mirada y luego regresó la vista a los documentos, pero segundos después, la puerta de su oficina volvía a abrirse.

— ¿Se te olvidó algo, Érica?

Cuando nadie respondió, levantó la vista y se encontró con la persona que últimamente estaba haciendo sufrir y entristecer a su corazón. Callan había entrado a su oficina en absoluto silencio y sin siquiera anunciarse, temiendo que la abogada no la dejara entrar y hablar.

La pediatra llevaba en la mano una sola y simple rosa blanca, como muestra de paz, en busca de la misma paz que ella necesitaba y que ahora veía que Alexandra también necesitaba.

Alexandra y Callan se miraron larga e intensamente a los ojos. A la abogada le sorprendió mucho verla allí en su oficina, con una rosa blanca entre ambas manos que mantenía cerca de su pecho, mientras que sus ojos grises la miraban como aquella primera vez en que entró para pedirle, con ojos llorosos y suplicantes, que le ayudara a divorciarse, que le diera la libertad que deseaba con toda su alma y corazón.

Mientras tanto, Callan se sentía un poco más segura al encontrarse con la abogada sentada y visiblemente perturbada ante su presencia. La pediatra se dio cuenta de inmediato en ese momento de que Alexandra no parecía ser la misma que vio la primera vez o en la celebración de los doctores, donde lucía tan altiva y presumida de una forma chocante. Sin embargo, en ese momento se veía menos poderosa. En ese instante, le pareció mortal y no la diosa con la que a menudo soñaba inconscientemente.

— Hola — dijo Callan con apenas voz —. Yo... Érica me dejó pasar.

Alexandra continuaba sin decir nada, solo miraba a Callan en silencio, sin saber cómo actuar. Estaba tan confundida que no sabía qué debía hacer con ella presente y con todo lo que sentía dentro.

— Vine porque necesito decirte a la cara que siento mucho lo que pasó el sábado por la noche... — Callan esperaba que Alexandra dijera algo, pero ella seguía callada, mirándola sin expresión alguna —. No debí decirte lo que te dije, me pasé de la raya... ¿Por qué no dices nada? — preguntó exasperada —. Desde que llegué no has hecho más que mirarme. ¡Di algo! Si yo te fastidio por hablar mucho, tú me fastidias guardando silencio. No puedo entenderte.

— No esperaba verte de nuevo — declaró Alexandra —. ¿Y qué quieres que te diga?

— ¿Por qué eres tan complicada?

— ¿Crees que si viniera con un manual sería más fácil?

— Seguramente, sí.

— ¿Y tú con un interruptor de apagado para que no hables demasiado?

Callan iba a abrir la boca, pero Alexandra se le adelantó.

—No quiero discutir — declaró la abogada.

—Es lo que iba a decir — respondió la pediatra recobrando la confianza y se acercó al escritorio de Alexandra para darle la rosa de la paz —. ¿Me creerías si te dijera que no he podido dormir bien desde la noche en que discutimos?

—Te creo — aceptó tomando la rosa —. Gracias.

—Como ya has aceptado la ofrenda de la paz, ¿vamos a comer? Me estoy muriendo de hambre.

— ¿Estás segura? La última vez que intentamos ir a comer juntas, todo terminó mal. Prefiero quedarme como hasta ahora.

Callan no quería que solo quedaran en ese simple e incómodo reencuentro.

—Vayamos a comer hamburguesas, te las sigo debiendo. Si vamos, te prometo que jamás te volveré a molestar. No hablaré demasiado.

Alexandra no quería que ese día fuera el último para verse. Pero sí que era consciente de que apenas estaban juntas parecían perros y gatos, agua y aceite, porque a veces los perros y gatos se llevaban mejor que ellas cuando estaban juntas.

Callan tampoco quería que ese día fuera el último, pero sabía que eran polos opuestos y aunque se sintiera atraída por la abogada, lo suyo era imposible, la mujer delante de ella era casi un iceberg y ella era todo lo contrario. A Callan le gustaba el calor, ser mimada y que le demostraran afecto a cada momento y estaba segura de que Alexandra no era ese tipo de mujer.

—Vamos a comer — aceptó la abogada y Callan la recompensó con una gran sonrisa.

Alexandra subió una vez más al auto rojo de la pediatra y viajaron en absoluto silencio, aunque ese silencio estaba cargado de incomodidad, miedo e incertidumbre de que aquello de no volver a verse fuera verdad.

Callan sintió de nuevo la mirada de ojos negros de la abogada en ella, pero continuó manejando fingiendo que no se daba cuenta de aquellas breves miradas. Poco después, aparcó cerca de donde iban a comer.

—Es aquí — dijo Callan deteniéndose frente a la entrada de la hamburguesería para indicarle a la abogada dónde iban a entrar.

—No estoy vestida adecuadamente.

—¡Qué importa! Yo tampoco. Solo venimos a comer rápido.

Alexandra estuvo de acuerdo y siguió a Callan dentro del local al tiempo que el perfume de la pediatra la envolvía en las hipnotizantes notas de vainilla. Podría comerse ese delicioso flan, pero era tan dulce como dañino. Tomaron asiento en una de las mesas y enseguida les llevaron el menú.

Ambas pidieron la misma hamburguesa de queso con carne de res, solo que Callan pidió aros de cebolla fritos y Alexandra papas fritas. La abogada no pudo evitar hacer cara de fuchi al escuchar lo que pedía la pediatra para acompañar la hamburguesa. Obviamente, Callan se dio cuenta, pero omitió el gesto y se mordió la lengua, terminaría de llevar la fiesta en paz, aunque ya con lo poco que la conocía, se daba cuenta de que era bastante especial y más le valía seguirle la corriente. Una vez que les trajeron lo que ordenaron, Callan miró con diversión cómo Alexandra sacaba de su hamburguesa la cebolla y el tomate. Casi se echó a reír, pero se mordió la lengua y prefirió ponerse a comer, aunque la abogada sentía la mirada de la pediatra sobre ella.

—No me gusta comer cebolla, siento que tarda horas en que se vaya de mi boca.

—Cada quien sus gustos. Yo no tengo problemas con la cebolla y el tomate.

—Ya veo que no, incluso pediste aros de cebolla.

—¡Me encantan! — dijo llevándose uno a la boca.

Pese a todo lo que dijera, Alexandra deseó que Callan hablara de algo, pero tal y como lo prometió se limitó a comer en silencio. A pesar de lo raro de la situación, se lo estaban pasando bien, aun así, debían de regresar al trabajo, así que Callan pidió la cuenta y cuando se la trajeron, les llevaron dos chicles, uno sabor menta y otro de plátano.

— ¿Cuál prefieres? — preguntó Callan.

—El de menta, no me gusta mucho la banana.

—Bueno, a mí me gusta.

Antes de levantarse de la mesa para retirarse, se metieron el chicle a la boca y salieron a la calle. Una vez en el auto, Alexandra no pudo evitar fijarse en la manera en que Callan mascaba chicle o se acomodaba el cabello cuando le hacía estorbo en el rostro o la forma en que sus bonitas manos tomaban el volante del auto. Callan no pudo evitar voltear a verla, atrapándola en la acción, solo que esta vez no dijo nada y volvió de inmediato la vista al frente para prestar atención a lo que hacía.

—Es verdad que me gustas — confesó Alexandra cuando Callan estacionó cerca del despacho.

Callan la miró en silencio, con aquellos ojos grises que en ese momento casi habían adquirido una tonalidad azul. Alexandra no sabía por qué lo había dicho, pero sí sabía que no quería que fuera la última vez que se vieran. Y entonces, hizo lo que menos esperaba, llevada por la desesperación y el miedo.

Callan nunca lo vio venir, y mucho menos se lo esperaba de la fría abogada, pero se sorprendió cuando sintió los labios de Alexandra sobre los suyos, y ella no hizo más que corresponder al beso impulsivo y desesperado de la exasperante mujer.

Para sorpresa de Alexandra, Callan estaba correspondiendo el beso y allí estaba, saboreando el interior de la boca de la pediatra que había acabado de comer cebolla y mascaba un chicle de plátano, el cual no le gustaba mucho a la abogada, pero que inesperadamente a pesar de todo, no era para nada desagradable, de repente aquello le irritó y terminó el beso apartando a la pediatra de ella de una manera no muy amable, para a continuación bajar del coche, nuevamente molesta, pero esta vez consigo misma.

— ¡Qué conste que yo no hice nada! — le gritó Callan cuando la vio irse tan furiosa como una tormenta eléctrica.

Capítulo 7

Érica había estado rogando que su jefa aceptara las disculpas de la pediatra. Sabía que Alexandra no era una pera en dulce; era una pesadilla cuando se lo proponía. Pero también era cierto que tenía un buen corazón en el fondo, detrás de su imponente presencia y vestiduras negras.

Cuando llegó del almuerzo, se alegró de no encontrar a su jefa y de que la secretaria le confirmara que se había ido a comer con Callan. Así que, con una sonrisa en los labios, Érica empezó a trabajar a la espera de su jefa, la cual entró poco después como una tromba y fue directamente al baño de su oficina.

Alexandra se encerró en el baño y se miró al espejo, totalmente aterrada por lo que aquel beso le había provocado en su interior. Sobre todo, porque los labios de Callan fueron los más dulces y suaves que había besado y probado en toda su vida. Todas las mujeres que había besado y creído que le daban buenos besos resultaba que tan solo habían sido mediocres y sinsabores, tan simples como una mala comida y tan agrios como el limón.

Se llevó los dedos a los labios y deseó besar una vez más a Callan para comprobar que todo lo que había sentido tan solo era el efecto de su desesperación por tener a alguien cerca.

—No puede gustarme el sabor a plátano en un chicle — le dijo al espejo.

Volvió a sentirse mal por salir corriendo por segunda vez del auto de Callan, sobre todo cuando ella era la que causaba todas las situaciones incómodas. ¿Desde cuándo se había vuelto tan tóxica? ¿O es que siempre lo había sido? De pronto, escuchó golpes en la puerta.

—Alexandra, ¿te encuentras bien?

—Sí — respondió y segundos después salió.

— ¿Qué pasó esta vez ahora contigo y Callan?

— ¿Y por qué piensas que pasó algo? — inquirió yendo a sentarse en su silla. —Por cómo entraste y te encerraste en el baño. Me parece que sí.

Alexandra se pasó las manos por su largo cabello negro y lacio. Luego, trató de ocultar una sonrisa con las manos, pero Érica la había visto, lo que aumentó su curiosidad por saber lo que había pasado.

—La he besado.

—¿Qué?!

—Que besé a Callan.

—Ustedes están locas. Un día se pelean, discuten y se dicen cosas, y al siguiente día se perdonan, vuelven a pelear y en menos de lo que pienso ya se están besando.

—Yo la besé.

— ¿Tú? —inquirió incrédula.

—Sí, me atreví a robarle un beso que ella correspondió.

— ¿Y luego?

—Me gustó y salí corriendo sin decir adiós —se cubrió el rostro con las manos, ahora llena de vergüenza.

— ¿De verdad hiciste eso? —inquirió aún incrédula.

—Sí, y me arrepiento. Pero es que fue algo muy diferente, ese beso... —y se llevó los dedos a los labios— fue muy distinto de todos los que di y recibí.

—Pues claro que es diferente, porque Callan te gusta de verdad. Ella no ha tenido que pasar por una lista de estúpidos requisitos que pones en tu vida y esas aplicaciones de ligoteo que son para dar flojera.

—Para que te quedes tranquila, ya las he desinstalado.

—Menos mal. No sé por qué te empeñabas en conocer personas a través de esas cosas.

—Porque es muy difícil conocer a alguien con mis gustos, además rara vez tengo tiempo libre para mí.

—Pues ya ves los buenos resultados que has tenido confiando en esas citas a ciegas. Tú buscas casi una réplica de ti. ¿No crees que sería aburrido verte a ti misma todos los días?

—Pero Callan tampoco creo que sea la indicada.

“Esta mujer es más terca que una mula”

—Lo que tú digas — dijo Érica.

—Pero si nos pasamos peleando.

—Más bien será que tú te pasas huyendo de ella.

Callan volvió a su consultorio y se alegró de que no hubiera ningún paciente esperándola, porque sentía que la cabeza le iba a explotar luego de que Alexandra la hubiera besado de una manera tan intempestiva como era su personalidad, al mismo tiempo que lo hizo de una manera apasionada, de una forma en la que nadie la había besado.

Su cuerpo aún temblaba y se estremecía, al igual que Alexandra; ella también había llevado sus dedos a sus labios recordando el beso, aunque le molestaba que la abogada hubiera salido corriendo de su coche como si hubiera hecho algo malo o robado. Odiaba que aquella mujer imponente fuera tan cobarde a la hora de demostrar lo que sentía, pero se había dado cuenta de que era solo con ella que actuaba de esa forma y no pudo evitar sonreír divertida por lo gracioso de la situación.

—Te gusto, abogada — dijo en voz alta —. Por suerte tengo mucha paciencia y me gustan los niños, y tú eres una niña grande. Voy a jugar contigo.

Ese mismo día, Alexandra se debatía entre ir o no a esperar fuera del consultorio a Callan, para disculparse, pero le pudo la vergüenza y el miedo y se fue directo a casa. Callan no la esperaba, pero deseaba verla aparecer o recibir un mensaje, el cual tampoco llegó. Alexandra estaba tumbada en su cama con el celular en la mano debatiéndose, como era su costumbre, en si escribirle o no, pero, como siempre, solo se desgastó pensando en vano porque no envió nada.

No durmió mucho, porque Alexandra nunca dejaba de pensar en lo que fuera cuando algo le rondaba la cabeza o le preocupaba. No dormía muy bien y, esa noche y las que siguieron esa

semana, fue igual, hasta que, cansada de padecer, salió más temprano de la oficina para ver a Callan.

El último paciente salió de su consultorio y Callan se estiró para relajar sus músculos. Había sido un día bastante movido, acomodó lo que había que acomodar, tomó sus cosas y salió.

—Ya he terminado de... — Callan no terminó de decir su oración cuando vio una silueta sentada en una de las sillas de espera, pero al ver de quién se trataba se quedó callada.

Alexandra se puso de pie al verla y apretó entre sus manos los claveles de color rojo que llevaba. No quiso rosas porque pensaba que estaban demasiado romantizadas en los libros y las películas, además de que Callan era diferente y no merecía recibir lo mismo.

—Hola — saludó la abogada con apenas voz audible. Callan la hacía sentir como hacía mucho no se sentía, tímida y deseosa de verla, olerla y de escucharla hablar.

—Hola, no esperaba encontrarte aquí.

—Yo... te traje esto — acortó la distancia que las separaba para entregarle los claveles que hasta entonces había aferrado en sus manos. — ¿Cómo sabes que me encantan los claveles?

—Yo solo lo supuse.

—Gracias. Estoy por cerrar. ¿Podrías esperar fuera?

—Yo vine porque quería disculparme por lo... por lo... por cómo me fui sin despedirme de ti después de lo del beso. Te besé sin tener tu consentimiento o siquiera saber si te atraen las mujeres — manifestó Alexandra cuando Callan estuvo en la acera frente a su consultorio y la secretaria se había marchado.

—No voy a negar que me dejaste un tanto confundida con lo que hiciste, besarme y luego irte, pero no me desagradó que me besaras.

—Me gustaría invitarte a cenar esta noche — se atrevió a decir.

—Me encantaría, pero estoy cansada. El día de hoy fue bastante duro, pero podemos quedar otro día.

—Claro, por supuesto.

Alexandra estaba nerviosa y comprendía que Callan no quisiera ir a cenar con ella por cómo había actuado dos veces. Era de esperarse que no tuviera la más mínima intención de hacerlo.

—Me ha gustado tu consultorio — expresó Alexandra antes de retirarse acongojada por el rechazo a su invitación.

Las paredes, a pesar de ser blancas, tenían algunos dibujos infantiles conocidos por todos y de cualquier generación, lo que hacía que aquel ambiente serio se viera menos estresante para los pequeños.

—Viniendo de ti, me halaga. Gracias.

—Hasta luego — se despidió la abogada.

Cuando estaba por abrir la puerta del auto, Callan se acercó hasta ella y le depositó un beso en la mejilla.

—Gracias por los claveles, te llamaré luego ¿Te parece?

—Claro — fue lo único que Alexandra fue capaz de balbucear, porque, aunque el beso había sido en la mejilla, no había sido de cortesía ni frío como el que Rut le diera el día en que decidió dejar las cosas con ella.

Aturdida por el beso y el aroma de Callan, Alexandra se metió a su coche y, embelesada, no apartó la vista de la pediatra hasta que se subió al auto y salió, para después hacerlo ella. Aunque no había salido como lo había planeado, al menos Callan no la odiaba, y eso la hacía muy feliz.

Aunque Callan se alegró mucho por la sorpresiva presencia de la abogada en su consultorio y su invitación a cenar, no quiso ceder a la primera. Quería darle una pequeña lección a la abogada, además de que se sentía cansada y un poco deprimida.

Hacía mucho que no recordaba su infancia y esa mañana, Callan había despertado llena de angustia gracias a un sueño. Se despertó bañada en sudor y con el cuerpo dolorosamente tenso por el miedo, la oscuridad cerniéndose sobre ella y devorándola.

Callan vivió con sus padres hasta los seis años, no porque hubieran muerto, sino porque eran unos borrachos que no cuidaban de ella. A menudo la dejaban encerrada en una habitación oscura y sin comer todo el día. Rara vez la llevaban a la escuela, y cuando asistía, se quedaba dormida en el salón durante las clases o la hora del recreo. También, rara vez hacía las tareas, y cuando lo hacía, no contaba con lápices de colores ni cuadernos. Los niños se reían de ella por no ir bien peinada o con el uniforme limpio, ya que a menudo lo llevaba sin lavar, y aunque ella intentaba lavarlo, nunca lo hacía bien, dejando algunas manchas de jabón y haciéndole picar el cuerpo.

A esa edad, Callan era una niña pequeña y desnutrida que inspiró tanta pena que las maestras llamaron a las autoridades para que tomaran medidas con respecto a esa criatura. Cuando las autoridades llegaron a su casa y vieron el estado del hogar y de sus progenitores, se dieron cuenta de que era el más sucio y descuidado. Incluso el interior de la casa estaba tan oscuro que los trabajadores sociales pensaron que no había nadie en ese momento, pero aún así se atrevieron a tocar.

Para su sorpresa, una mujer completamente ebria y probablemente también bajo los efectos de alguna droga, les abrió la puerta. Les negó la entrada varias veces, hasta que finalmente accedió cuando le dijeron que era para recibir ayuda social, lo cual para ella sonaba como dinero gratis.

Una vez adentro, se encontraron con un desastre: botellas de cerveza y licor barato esparcidas por el suelo, junto con envolturas de frituras por todas partes. La sala era un caos de sofás y ropa sucia amontonada, y en medio de todo eso, un hombre semidesnudo roncaba.

—¡Mami, sácame de aquí!

Escucharon la débil voz de una niña que provenía de alguna de las habitaciones de la sucia casa. Como era de esperarse, la mujer trató de evitar que fueran hacia donde se encontraba la criatura encerrada, pero los trabajadores habían ido a evaluar la situación. Viendo las circunstancias como estaban, decidieron llevársela ese mismo día.

La encontraron en un pequeño cuarto completamente a oscuras, abrazada a sus piernas y con los ojos rojos de haber estado llorando. A pesar de que le hubieran abierto la puerta, dudó en salir. Temía a su madre y a los trabajadores les costó hacer que saliera, pese a que la mujer no hubiese dicho palabra alguna. La niña no podía apartar la mirada de su madre una vez que estuvo

fuera de la habitación.

— ¿A dónde me llevan? — preguntó mientras viajaba en la parte trasera del coche con aquellos desconocidos que le hablaban de una manera más cariñosa que su propia madre, la cual ni siquiera se molestó en suplicar que no se la llevaran.

—A un lugar aún mejor — le respondió la mujer.

Ciertamente, fue a un lugar mejor. Al menos recibía comida todos los días, un baño y ropa limpia. Además, no dormía en la oscuridad y estaba rodeada de otros niños que, como ella, habían pasado por lo mismo. Pero cuando comenzaba a acostumbrarse a estar en ese lugar, le dieron la noticia de que una tía por parte de su padre se haría cargo de ella.

Callan a esa edad ni siquiera sabía que tenía algún familiar, y la mujer de edad madura se la llevó a su casa. Le proporcionó un techo, comida y estudios, pero no mucho afecto. Su tía era una mujer fría y la trataba de manera distante, así que Callan la veía como alguien a quien debía estar agradecida por la nueva vida que le dio.

Por eso, Callan odiaba la oscuridad y amaba los colores del arcoíris, además del orden y la limpieza. Su infancia había sido demasiado dura y triste para que ahora, siendo adulta, la llevara por el mismo camino. Desde que dejó la casa de sus padres a los seis años, jamás regresó ni los volvió a ver. Había perdido a sus padres y no les tenía cariño; más bien les tuvo miedo y ahora no significaban nada para ella.

No obstante, en la casa de su tía, aunque tuvo todo y pasó buenos momentos, tuvo que comportarse como una adulta, guardar silencio y no correr dentro de la casa, así como tampoco escuchar música a volumen alto. Tampoco tenía permitido llevar amigos a casa, porque a su tía le molestaba tener invitados. Así que Callan creció rodeada de una soledad distinta a la que había experimentado con sus padres.

Callan creció desprovista de cariño y afecto. Su tía no era la más cariñosa y, aunque deseaba ser abrazada y mimada, nunca consiguió nada de eso. Las veces que se enfermaba, su tía se limitaba a llevarla al médico, darle las medicinas y asegurarse de que comiera un poco, pero ni aun así conseguía ni un gesto de cariño.

Callan llegó a su casa, la cual antes había sido de su tía, y todo estaba en silencio, como desde hacía varias semanas desde que Ricardo se fue y se divorció de él. Su tía había fallecido hacía tres años, y Callan fue la heredera de lo que poseía. En ese momento, se sintió más sola que nunca, excepto por la vieja gata que pertenecía a su tía. La gata le hacía compañía, y las dos compartían la pena de extrañarla. Sin embargo, el pobre animalito murió meses después, dejando a Callan sin compañía.

Meses más tarde, se encontró con Ricardo, quien se desvivió en atenciones hacia ella. Fue de esa manera que hizo que Callan se enamorara de él, ya que le ofreció lo que nunca había tenido en su vida: atención y cariño. Esto era lo que Callan siempre había anhelado y deseado tener en su vida, ya que en el fondo de su corazón, nunca se había sentido querida por nadie. Aunque por fuera demostrara ser alegre, en lo más profundo de su corazón había tristeza y dolor.

Nadie en casa la recibió, pero estaba acostumbrada al silencio, aunque no a la oscuridad. Por eso, lo primero que hizo fue encender todas las luces. Una vez que todo estuvo iluminado, dejó sus cosas en sus respectivos lugares y se dirigió a la cocina para poner los claveles dentro de un jarrón con agua. Luego, se sirvió un vaso de leche. No tenía hambre, solo ganas de darse un baño y meterse en la cama para llorar.

A veces, no tenía motivos para hacerlo, pero se sentía triste. Aunque hubiera ayudado y atendido a niños de escasos recursos, ella aún sentía que le faltaba algo. Era entonces cuando se llenaba de ansiedad y se reflejaba en la manera de hablar y hablar, como un perico, porque no encontraba otra manera de sacar lo que sentía. En realidad, Callan era tan o más callada que Alexandra en base a sus sentimientos.

Capítulo 8

La semana estaba por terminar y Alexandra no había recibido ni un mensaje de Callan. Casi había perdido las esperanzas de que la pediatra apareciera, pero cuando estaba por subir a su auto para volver a casa ese viernes por la noche, Callan le envió un mensaje.

¿Aún sigue en pie tu invitación a cenar?

Claro ¿Cuándo te viene bien?

¿Qué te parece mañana a las 8 pm?

Perfecto

¿Paso por ti?

Soy yo la que debe pasar por ti

De acuerdo, te mandaré mi dirección

Solo espero que no me acoses.

No lo haré

¿A dónde vas a llevarme?

A un bonito restaurante, así que viste elegante

De acuerdo, hasta mañana

Hasta mañana

Alexandra sonrió de oreja a oreja y volvió a casa feliz, deseando que las horas pasaran rápido para volver a ver a Callan. En esta ocasión, la abogada estaba decidida a conquistar a la pediatra. Ya no sería cobarde, se daría la oportunidad de conocerla a fondo, porque lo que aún sentía al recordar sus labios y su aroma no era algo que le sucediera a menudo.

Mientras tanto, Callan creía que ella no tenía ni una esperanza con Alexandra. La consideraba cobarde y ya no quería más personas así en su vida. No deseaba a alguien de paso en su existencia, de esas que solo encandilan, engañan y se van dejándole más dolor a su paso. Prefería quedarse sola que sufrir de nuevo. Estaba harta.

Alexandra llegó por Callan unos minutos antes y, como la pediatra aún no terminaba de arreglarse, la abogada tuvo que esperarla unos minutos hasta que estuvo lista. Una vez que se acercó al auto de la abogada, Alexandra le abrió la puerta para que entrara. En el restaurante, volvió a comportarse caballerosa y le abrió la silla para que tomara asiento.

—Gracias — dijo Callan ante las atenciones recibidas.

—No soy tan descortés como he parecido que soy — manifestó, tomando asiento al otro lado de la mesa, frente a la doctora —. ¿Te gusta? — preguntó mientras paseaba la vista alrededor del restaurante.

—Sí, va acorde a ti — respondió Callan, mirando a la abogada que iba enfundada en un elegante, sobrio y sencillo vestido negro. A pesar de que no le gustara el color por lo que había vivido de niña, sin lugar a dudas a Alexandra le iba muy bien. Se veía hermosa.

—Me gusta lo bueno — declaró antes de que el mesero llegara a dejarles la carta.

—Pero no todo lo caro es bueno, ni demuestra el amor.

—Lo sé, pero no es la primera vez que vengo a comer aquí y si te he traído a este lugar es para que comas lo mejor de lo mejor.

Callan comenzaba a sentirse un poco culpable de haberle enviado el mensaje a Alexandra para lo de la cena, sobre todo cuando había decidido que ya no la volvería a ver. Había llegado a la conclusión de que esa cena sería la última vez en que se reunirían, porque estaba claro que ellas eran muy diferentes. La pediatra nunca había sido tan despectiva con otra persona como lo fue con Alexandra, y ella mejor que nadie sabía cómo era sentirse menospreciada y recibir palabras hirientes. Sus padres le habían herido, y lo último que deseaba era herir a otra persona de la misma manera.

Callan aceptó la recomendación de Alexandra, y mientras esperaban la cena, hablaron sobre su semana en el trabajo. El tiempo suficiente en el que tardaron en llevarles la comida, la cual acompañaron con una copa de vino blanco. Comieron en un agradable silencio, y a la abogada le extrañó que la pediatra no conversara nada. Entonces, Alexandra estudió en silencio el rostro de Callan y descubrió que sus ojos no brillaban; lucían tristes. Ahora que habían terminado de comer y rechazado el postre, Callan parecía ansiosa y nerviosa.

Alexandra, teniendo experiencias en rechazos, tuvo un *déjà vu*. No era la primera vez que en un restaurante la terminaban, pero al menos en esa ocasión la detenían antes de que llegara a más. Sin embargo, sus sentimientos por la pediatra habían crecido en poco tiempo, y el beso no había hecho más que hacerla anhelarla día con día.

—Puedes decirme lo que te ocurre — decidió abrir el camino la abogada, optando por hacerlo fácil para ambas. Con Alexandra era todo o nada, blanco o negro, nada a medias.

—Antes que nada, gracias por la cena — dijo Callan, mirándola a los ojos —. Si acepté venir fue porque quería decirte esto de frente. Aunque me gustas y me encantó tu beso, no deseo continuar teniendo contacto contigo. Creo que es demasiado pronto para iniciar algo de nuevo.

Aquellas palabras fueron duras y directas al corazón de Alexandra, que una vez más se había hecho ilusiones. Sin embargo, comprendía lo que Callan había dicho: era muy pronto para iniciar un romance.

—No eres el tipo de persona que estoy buscando. No quiero a alguien que huya de las situaciones que ellos mismos han generado. No quiero eso para mí, no más en mi vida — declaró Callan con firmeza.

Alexandra iba a decirle que ella no era de ese tipo, que solo había actuado así con ella porque lo que sentía era algo nuevo para ella, pero decidió quedarse callada. Las acciones pasadas hablaban por sí solas, y no tenía nada con lo que defenderse.

—Solo puedo ofrecerte mi amistad — añadió Callan.

—Claro — fue lo único que alcanzó a responder Alexandra cuando de repente todo quedó a oscuras en el restaurante.

—Estimados comensales, esto es un asalto — se escuchó la voz de un hombre en alguna

parte del restaurante, la cual llegaba fuerte y clara a todos —. Les agradecería que dejaran todas sus cosas de valor sobre la mesa y no se les ocurra llamar a la policía o se irán a ver a San Pedro antes de tiempo.

Como era de esperarse, Callan comenzó a hiperventilar. Aquello era demasiado para ella; le daba miedo la oscuridad, pero ahora, saberse amenazada por ladrones, su angustia y miedo eran peores. De pronto, una mano grande pero delicada y suave a la vez tocó su hombro, sobresaltándola.

— ¿Estás bien? — le preguntó Alexandra con una voz que no había utilizado con nadie.

—Yo... debemos llamar a la policía.

—¡No lo hagas! — le advirtió la abogada con un susurro.

No obstante, Callan estaba desesperada por tener un poco de luz y encendió su celular mucho antes de que Alexandra pudiera detenerla.

— ¡Apágalo! — la reprendió la abogada, tratando de arrebatarle el celular para no llamar la atención.

—Alguien aquí parece que quiere ir a conocer a San Pedro — agregó el hombre junto a ellas.

Alexandra dio un brinco cuando escuchó su voz.

—Te crees muy lista, ¿no? — continuó el hombre.

—No hice nada — le respondió la abogada con aquella voz fría que a menudo utilizaba cuando estaba trabajando.

—Dámelo y denme todo lo que traigan encima — les ordenó a ambas mujeres, pero Callan solo era una máquina de temblores.

Sin embargo, las luces volvieron a encenderse y el hombre que se encontraba junto a Alexandra vestía elegantemente. El pasamontañas que se había puesto lo llevaba remangado sobre la cabeza. Ella y él se miraron, pero el ladrón se puso la máscara rápidamente. Antes de que Alexandra le entregara sus joyas, el hombre la apuñaló justo en el abdomen delante de la mirada de ojos vidriosos de Callan.

El enmascarado, junto con otras cuatro personas, salieron corriendo del restaurante, mientras que Alexandra se llevaba las manos hacia la herida, la cual sangraba profusamente. Las personas que hasta ese momento habían permanecido en silencio comenzaron a murmurar y acercarse a la abogada para brindarle ayuda, sentándola en una de las sillas más cercanas a la espera de una ambulancia.

Poco después, Callan reaccionó y jaló el mantel de la mesa, tirando todo lo que había sobre ella, para tratar de contener la sangre que abandonaba el cuerpo de la abogada. El bonito vestido negro ahora estaba empapado, y la abogada cada vez se veía más pálida. Callan temblaba, pero si aún se mantenía cuerda, era por la tranquilidad que Alexandra mostraba pese a la situación en la que se encontraban. Su temple y cordura eran de acero.

Sin embargo, como era de esperarse, era solo su exterior el que mostraba cordura. Por dentro, Alexandra estaba sintiendo un miedo que nunca había experimentado. A pesar de ello, se encontraba aliviada de que a Callan no le pasara nada.

Mientras hacía presión en la herida, Callan se sentía culpable de lo que había pasado.

Pensaba que, de no haber sido una miedosa imprudente, el ladrón se hubiera ido con las pertenencias antes de que la luz volviera y la abogada no hubiera salido herida. Quizás solo habría resultado herida en el corazón, pero ahora cargaría con dos.

Afortunadamente, la ambulancia llegó tan pronto como la policía, y se llevaron de inmediato a Alexandra al hospital más cercano, el cual resultó ser donde trabajaba su padre. Él, con la misma sangre fría de su hija, se hizo cargo de la situación.

— ¿Vas a quedarte? — le preguntó a Callan.

—Sí, quiero saber cómo se encuentra —respondió ella.

—De acuerdo.

Sin lugar a dudas, Alexandra tuvo que ser intervenida para determinar si había sangrado interno y si se había herido algún órgano. Pero antes de eso, le realizaron algunos análisis de sangre de urgencia para conocer su estado de salud. Por suerte, estaba sana. Sin perder más tiempo, entró al quirófano, donde su padre encontró que habían cortado aproximadamente tres centímetros del hígado, el cual tuvo que engrapar y luego limpiar minuciosamente el interior de su hija.

Tras la cirugía, Daniel se enfrentaba a la difícil tarea de informarle a su esposa lo sucedido a Alexandra. Sin embargo, quería hacerlo personalmente, no a través de una llamada, y eso tendría que ser al día siguiente, ya que esa noche tenía guardia. Por el momento, le tocaba informar a Callan, que continuaba en el hospital a la espera de noticias. Mientras aguardaba, tuvo tiempo de brindar su declaración a los oficiales tras los eventos ocurridos en el restaurante.

— ¿Cómo ha salido todo? — le preguntó Callan una vez que vio a Daniel acercarse.

—Bien, el arma alcanzo a cortar el hígado tres centímetros.

— ¡Dios mío! Si se tarda un poco más en llegar, podría estar muerta.

—Lo sé, pero hiciste un buen trabajo evitando que perdiera sangre.

—Me hubiera encantado hacer más por ella, pero...

—Tranquila — le dijo, poniendo una mano en su hombro.

—Es que fue mi culpa — sollozó —. Yo me asusté y ella trató de calmarme, entonces el ladrón se acercó a nosotras y en el momento en que regresó la luz, Alexandra le vio el rostro y la atacó. Todo pasó muy rápido.

A Daniel no le quedó otra opción más que abrazar a Callan, y ella se dejó hacerlo. Ansiaba el consuelo de alguien, y aquel hombre de edad avanzada le daba la seguridad suficiente para permitirse ser abrazada por él. Entonces, sintió envidia de Alexandra; ella tenía una familia y padres que se preocupaban por ella, convirtiendo a la abogada en una niña malcriada.

—Ahora me queda lo más difícil por hacer, decirle a Hortensia. Pero tendrá que esperar hasta mañana que llegue a casa, estoy seguro de que se enojará conmigo por no habérselo dicho antes, pero creo que es mejor.

— ¿Quieres que vaya por ella y le diga lo que pasó? — se ofreció Callan.

— ¿Te sientes bien para hacerme ese favor?

—Por supuesto.



Una vez que Alexandra estuvo despierta, dio su declaración y en la tarde del día siguiente fue dada de alta. Fue llevada a casa de sus padres para que su madre, que había llorado al enterarse de lo ocurrido, la cuidara durante el tiempo que estaría en convalecencia.

Como era de esperarse, la abogada se encontraba dolorida y de mal humor por estar en ese estado tan dependiente de sus padres otra vez, pero sabía y sentía que no era capaz de hacer algo por sí sola. Por lo menos, agradecía que el dolor de la herida y de lo que sea que su padre hubiera hecho dentro de ella no la dejara pensar mucho en lo que Callan le había dicho aquella fatídica y trágica noche.

Aunque Alexandra, ahora que lo pensaba bien, intuía que había una historia dolorosa en el pasado de Callan. Su matrimonio fallido no era solo lo que había en su vida; la abogada estaba segura de que había algo más, pero ya no tendría la oportunidad de descubrirlo.

Alexandra recibió la visita de Érica, que fue a verla al día siguiente de que la abogada estuviera en su casa.

— ¿Cómo fue todo? — preguntó Érica con la esperanza de que hubiera ocurrido algo bueno entre todo el revuelo en el restaurante.

—Mal, Callan me ha dejado claro que no quiere tener nada conmigo y la entiendo. Lo que hice no habla muy bien de mí, así que no puedo quejarme de lo que yo misma he hecho.

—Lo siento mucho, así que fue una doble herida.

—Más o menos, creo que ya estoy acostumbrada — manifestó Alexandra, dejando escapar un suspiro.

Érica estuvo cerca de una hora con ella y luego se marchó. Después fueron a visitarla algunos de sus conocidos y se sentía exhausta tras las visitas, razón por la que se durmió alrededor del mediodía.

Por la noche, su madre le ayudó a bañarse y ponerse ropa limpia. La había dejado lista para el momento en que ella quisiera cerrar los ojos y dormirse, pero Alexandra dijo que leería un rato antes de dormir. Estaba concentrada en la lectura cuando le extrañó que tocaran a la puerta de su habitación.

—Adelante — dijo, y le sorprendió ver a Callan entrando a la estancia.

—Hola — la saludó la doctora con cierta timidez.

—Hola.

— ¿Cómo te sientes? — preguntó sin moverse de donde se había quedado parada.

—Adolorida y aburrida — confesó, dejando el libro que leía sobre su regazo —. Siéntate — la invitó señalando el bonito sillón que se encontraba cerca de la cama.

—Gracias — respondió, acercándose y tomando asiento.

— ¿Qué tal tu día? — le preguntó Alexandra al percatarse de que Callan no parecía ser ella desde la cena. Se miraba muy distinta de la mujer que vio en la fiesta de los doctores.

—Bien, nada fuera de lo normal. Te traje unos libros, sé que no vas a poder trabajar por

un tiempo, así que pensé que esto te serviría para pasar el rato — dijo, colocando sobre la cama junto a Alexandra la bolsa de cartón que llevaba.

—Gracias, no te hubieras molestado.

—Es lo menos que puedo hacer por ti — declaró, mostrándose avergonzada.

— ¿Por qué dices eso? — preguntó la abogada, echándole un ojo a los libros.

—Por lo que pasó en el restaurante. Si yo no hubiera actuado imprudentemente, seguramente no te hubiera pasado nada.

—Estabas asustada, y es comprensible. Así que no tienes por qué sentirte culpable.

—Lo estoy.

—Es normal sentir miedo.

—Pero tú parecías tan tranquila — murmuró Callan, su voz se había convertido apenas en un susurro y Alexandra quería saber qué le pasaba.

—También tenía miedo, pero siempre trato de mantener la calma y pensar con la cabeza fría. ¿Te asusta la oscuridad, verdad?

—Sí — respondió avergonzada —. Debo de parecerte muy infantil.

—No, para nada. Todos le tenemos miedo a algo.

—¿Y tú a qué le tienes miedo?

—A quedarme sin dinero — respondió seria y Callan se le quedó mirando con desconcierto —. Es broma — sonrió.

Callan le brindó la primera sonrisa de la noche y se relajó, sobre todo porque Alexandra no estaba vestida de manera seria ni de color negro. Llevaba una sencilla playera de algodón en color beige y pantalones del mismo material en color blanco. La abogada estaba recostada sobre un montón de almohadas para que no le costara demasiado trabajo levantarse con ayuda. A pesar de que Alexandra se veía pálida, Callan la seguía encontrando atractiva. Incluso le pareció más joven con ese aspecto relajado gracias a su ropa. Callan comenzó a hablar y hablar, no paró de hacerlo, y menos al ver que tenía toda la atención de la abogada, quien terminó quedándose dormida en algún momento.

—Así que es verdad que te aburre escucharme hablar, ¿eh? — le dijo a la mujer dormida —. Eres tan guapa como insoportable.

Callan se levantó del asiento que había ocupado durante más de una hora y observó la habitación. Claramente se notaba que a Alexandra nunca le faltó nada, ni material ni afectivamente; era una mujer afortunada y eso le causaba envidia, porque aún tenía a alguien que la cuidara, mientras que ella tenía que lamerse sola las heridas.

Callan observó con detalle y placer el rostro apacible de Alexandra. Aún seguía recordando aquel beso; ninguno en toda su vida le había hecho recordarlo tanto, aunque a veces pensaba que era por lo que la abogada proyectaba. Giró sobre sus talones para marcharse, pero verla de una manera en la que nunca pensó mirarla, lo hacía desear volver a probar esos labios delicadamente carnosos, que se hallaban ligeramente entreabiertos. Sin poder evitarlo, se acercó hasta la abogada y, tan sigilosamente como un gato, posó delicadamente sus labios en los de Alexandra.

Capítulo 9

—Justo iba a buscarte para invitarte a cenar — le dijo Hortensia al encontrarse con Callan bajando las escaleras.

—Alexandra se ha quedado dormida.

—Por eso iba a buscarte, se duerme más pronto de lo normal. Sé que le duele, pero no se queja — dijo, tomando del brazo a Callan y guiándola hacia la mesa del comedor —. Acompáñame a cenar.

—¿Alexandra ya cenó?

—Sí, poco antes de que llegaras. ¿Ya cenaste tú?

—No, apenas salí del consultorio, decidí venir a verla.

—Entonces cenemos.

—Muchas gracias.

Callan no estaba acostumbrada a las atenciones; por lo general, comía sola cuando podía en cualquier parte de la casa. Cuando estuvo casada, casi era lo mismo; rara vez comía acompañada de Ricardo. A veces, solo los domingos era en los que ella se metía a la cocina para preparar algo, pero a él nunca le gustaba nada de lo que Callan hacía. Siempre la criticaba, ya fuera porque le faltaba sal o porque se pasaba; la cuestión es que nunca quedaba satisfecho con nada, salvo en el momento en que ella le daba dinero.

El corazón de Alexandra latía desbocado dentro de su pecho. Nunca esperó que Callan le robara un beso, que se aprovechara de una mujer dormida y convaleciente. Aun así, no pudo evitar llevar sus dedos a los labios. No había un día en que ella no deseara y anhelara besar aquellos labios rosados que Callan le había negado la oportunidad de volver a besar, pero que con lo que acababa de hacer, contradecía lo que le había dicho aquella noche.

Se había hecho pasar por dormida porque su madre le había dado de comer un caldo de acelgas que a ella no le gustaba nada, ya que no eran sus favoritas y cada vez que las comía le producían gases. Esa era la razón por la que se hizo pasar por dormida, para que Callan se fuera y así poder aliviarse de lo que llevaba conteniendo un rato. Por supuesto que ella no quería que la pediatra se marchara todavía; estaba más que encantada de escucharla hablar de nuevo con su voz cantarina, aunque no se podía negar que estuvo muy cerca de quedarse dormida al escucharla hablar tan fluidamente. Si no fuera por el beso que le dio convencida de que estaba dormida, seguramente se habría abandonado a los brazos de Morfeo y habría roncado por los dos lados.

—Dices que no quieres nada conmigo, pero sé que te gusto tanto como tú me gustas a mí.

Mientras revisaba los libros que Callan le había llevado, Alexandra decidió acercarse a Callan como una amiga. Una vez que tomó esta decisión, dejó que su cuerpo liberara los gases que había estado conteniendo mientras Callan le hacía compañía.

Callan se sintió a gusto cenando con Hortensia. Mantuvieron una amena conversación y,

mientras comía, observó la gran diferencia que había entre esa mujer y su madre, si es que se le podía llamar de esa manera a la persona que le dio la existencia, pero no la vida.

La mujer alcohólica que le dio la vida nunca tuvo en su rostro la expresión que Hortensia mostraba. En su madre nunca hubo una expresión dulce o amable, ni olía de la forma agradable en que huelen las mamás. Aquella mujer solo olía a alcohol, cerveza, a sudor y a mugre. Pero pese a todo eso, siempre trató de encontrar algo bueno entre todo lo que la rodeaba.

Por otro lado, su padre era una basura más en aquella casa. Cuando era niña, no entendía muy bien por qué llegaba con carteras de hombre o mujer casi diariamente. En ese entonces no lo comprendía, así como tampoco entendía por qué su tía nunca los visitaba. Pero cuando tuvo conciencia, se dio cuenta de que lo que hacían para vivir borrachos todo el día era robar. Su padre era un carterista y su tía sentía vergüenza de él, así como ella se avergonzaba de ellos. Comprendía que su tía nunca quisiera verlos y que ella se enterara de su existencia mucho después.

Una vez que terminaron de cenar, Callan se empeñó en que lo menos que podía hacer era lavar los platos, y Hortensia se lo permitió.

—¿Por qué no vas a la sala y en un momento llevo café? ¿Qué te parece? — le dijo Hortensia.

—Claro.

Callan había pensado en despedirse; sin embargo, ya no pudo hacerlo y le dio pena negarse al ver el entusiasmo de Hortensia. Así que, sin más remedio, se dirigió a la sala. Una vez allí, miró las fotos que había en un mueble, cerca de donde se encontraba el televisor.

La imagen tenía varios años, porque en ella se veía a un Daniel y a Hortensia más jóvenes. Pero lo que le parecía extraño era ver a la chiquilla regordeta que estaba justo en medio de los dos. Como sentía que su vista la engañaba, tomó el retrato entre sus manos y lo miró de cerca y a detalle.

Sin duda era Alexandra con unos kilos de más, porque aquellos ojos negros no podían ser de cualquiera más que de ella.

—Si Alex te viera observando esa foto, ya se hubiera enojado conmigo por seguirla teniendo allí — dijo Hortensia, asustando a Callan.

—Lo siento, es que me causó mucha curiosidad — declaró, dejando la foto en su lugar.

—No imaginaste que fuera esa niña, ¿verdad?

—La verdad es que no. Ella se ve tan distinta ahora.

—Lo sé. Aunque ahora parece ser más segura de sí misma, antes no era así — expresó, entregándole la taza de café a Callan, para luego tomar asiento.

—¿Cómo era? — se interesó en saber de inmediato, tomando asiento también.

—En realidad, no es que haya cambiado mucho, pero odia ver las fotos en las que era niña porque dice que estaba gorda. Aunque yo creo que se veía hermosa. No estaba tan gorda; era una niña que se alimentaba bien, pero... puede que sí, que estuviera un poco pasada de peso, pero no era para tanto. Creo que ella se miraba como una vaca y se avergonzó mucho de su peso cuando un día se sentó en una banca que creo estaba resentida, se rompió y cayó al suelo. Como te imaginarás, algunos se rieron de ella y desde ese día se propuso bajar de peso. Siempre fue

callada y reservada. Pero con mucha determinación. Lo que quiere, lo consigue.

—Veo que está muy orgullosa de ella.

—Sí, ¿cómo no estarlo? Es mi única hija y la amo por encima de todas las cosas.

—Me imagino.

—¿Quieres ver fotos de Alexandra cuando era bebé? Será un secreto entre tú y yo, porque si ella estuviera presente, jamás me dejaría hacerlo — le propuso Hortensia al ver que Callan se quedaba callada.

—Me encantaría — respondió con cierta emoción.

Sin perder más tiempo, Hortensia fue por los álbumes de fotos y pasó cerca de una hora mostrándole a Callan las muchas fotografías que tenía de la abogada desde que era recién nacida hasta cuando era universitaria.

Callan no pudo evitar sentir que algo le sucedía cuando miraba a una Alexandra bebé de meses o en aquella que daba sus primeros pasos, o bien, en la que estaba llorando a todo pulmón. Pero le gustó mucho una en la que tenía tres años y llevaba un bonito vestido, y la abogada sonreía con todos sus dientitos blancos. Alexandra había tenido una vida feliz, rodeada de amor y de todas las cosas que Callan no tuvo; aun así, no podía entender por qué se mostraba de esa forma tan fría.

—Cambió mucho — expresó Callan cuando terminaron de ver las fotos —. Era un tanto llenita y adelgazó considerablemente. Pero también parece más seria.

—Eso es solo una fachada, y se muestra de ese modo con las personas que no conoce o no le caen bien. En realidad, cuando la conoces y te ganas su confianza, es completamente diferente. Aunque te advierto que si le haces algo, buscará la manera de vengarse, no importa el tiempo que haya pasado; ella se vengará. Y tampoco te metas con las personas que ella quiere, porque dejará de hablarte, te ignorará y pasarás a ser lo último en su lista de prioridades.

Callan no sabía por qué Hortensia le decía aquello, pero al menos le venía bien saber lo que era la abogada y sobre aviso no hay engaño.

—Muchas gracias por la cena — dijo Callan despidiéndose de Hortensia con un beso en la mejilla.

—Gracias a ti por venir a visitarla. Espero que otro día te pases por aquí.

—Por supuesto, hasta luego.

—Ve con cuidado.

—Sí, gracias.

Callan no tenía a nadie a quien enorgullecer, ni fotos de su infancia o adolescencia; solo tenía las del matrimonio, las cuales en su momento pagó a un fotógrafo para que capturara cada momento de su felicidad, pero ahora solo eran un recuerdo amargo. Por eso, en cuanto llegó a casa, fue y sacó el álbum de fotos de donde lo tenía guardado y comenzó a romperlo; ya no quería tener aquel recuerdo. Cuando rompió todas las fotos, las llevó afuera y les prendió fuego. Se sentó en el pasto a ver cómo las llamas consumían la ilusión por la que había pagado.

Mientras miraba cómo se consumían las fotografías, lloraba en silencio preguntándose: ¿De qué había servido sacar buenas notas o ser ahora la mejor pediatra? Si no había nadie a su lado para motivarla de vez en cuando a seguir adelante. A veces, lo único que la hacía levantarse

cada día era pensar en aquellos niños y sus padres que no tenían quien les tendiera la mano para darles una consulta gratis, en ese tipo de personas que se encontraban en una situación peor que la suya.

Una vez que el fuego se hubo consumido, al igual que sus lágrimas, se puso de pie y se dirigió a su habitación. Se sentía mucho mejor después de haber llorado y desecho de las fotos. A menudo le pasaba, pero debía llorar para reiniciarse y empezar de nuevo.

La ducha con agua caliente la relajó y, sin preocuparse por buscar algo más para vestirse, se dejó caer solo en bragas sobre la cama, mientras rememoraba el beso que había robado a la abogada dormida. Aún no podía creer que se hubiera atrevido a hacer tal cosa a una mujer inconsciente, pero es que no había podido evitarlo al verla de ese modo tan inofensivo y no tan altivo como siempre.

Callan había deseado volver la noche siguiente a ver a Alexandra; al menos ahora sabía que era valiente en lo que ella era una completa cobarde y miedosa. Por otro lado, Alexandra también deseaba ver a la pediatra, pero sabía que eso no iba a ocurrir, porque las mujeres eran contradictorias e incomprensibles, así como ella, ya que también era una mujer y ni ella misma se entendía a veces. Sin embargo, se conformó con leer los libros que le había llevado; en su mayoría eran novelas de suspenso, razón por la cual se la pasó entretenida, haciendo que por ratos se olvidara de lo molesto y doloroso de la herida.

A los quince días, Callan volvió a visitarla; otra vez llevaba una bolsa de libros. Una vez dentro de la habitación, ambas se observaron sin decir nada. La pediatra se dio cuenta de que la abogada había perdido peso, que su rostro lucía más afilado, haciéndola lucir por primera vez frágil. Esta vez, Alexandra se encontraba sentada en un cómodo sillón que antes no estaba en la estancia. A su vez, Alexandra se dio cuenta de que la Callan que llegaba esa noche era aquella que miró el día en que se divorció, la de ojos bonitos y alegres.

—Hola — la saludó alegremente Alexandra —. Pensé que ya no vendrías a verme.

—Ya ves, solo quería ver si era cierto eso de que hierba mala nunca muere — dijo acercándose y tomando asiento justo en frente de Alexandra al ver que sonreía.

—No he muerto, pero quizás muera por aburrimiento y no por la herida.

— ¿Ya has terminado de leer los libros que te traje?

—Sí.

— ¿Te han gustado?

—Sí, me han entretenido bastante. Gracias.

—Te he traído más — dijo, colocando nuevamente una bolsa de papel cartón con varios libros sobre la mesita junto a la abogada.

—Muchas gracias, no deberías tomarte tantas molestias.

—No es ninguna molestia. ¿Estás comiendo bien? — trató de cambiar el tema.

—Sí. ¿Por qué?

—Te veo más delgada.

—El doctor me puso a dieta, pero si lo dejas en manos de mi madre, ella lo exagera al doble — dijo, soltando un suspiro. Callan sonrió.

—Lo hace porque te quiere mucho.

—Lo sé, y trato de comerme todo lo que me da, incluso si ya estoy aburrida, porque sé que se asustó. Seguramente sabes lo que es una madre.

—No, no lo sé.

— ¿No conoces a tu madre? — preguntó con cautela.

—La conocí, pero no era como la tuya. Ella no era una madre como me hubiera gustado que fuera — su voz sonó triste.

— ¿No era una buena madre?

—No.

Callan miró el sincero interés de Alexandra en aquellos ojos negros que en ese momento le parecieron cálidos. Alexandra aguardó en silencio, esperando que Callan contara aquello que sabía le carcomía el alma a la pediatra. Por primera vez, Callan sintió unas ganas enormes de contarle su pasado a alguien, y se le hacía raro que ese alguien fuera Alexandra. Así que, sin pensarlo demasiado, empezó a relatar su infancia y cómo fue que cambió un poco gracias a una tía que ni siquiera conocía hasta entonces. Alexandra escuchaba atenta, y al saber lo que Callan había pasado, se sintió triste y al mismo tiempo sintió unas ganas enormes de encontrar a sus padres y castigarlos por ser tan malas personas con una niña como ella.

— ¿Y nunca los has vuelto a ver? — quiso saber Alexandra.

—No, y no deseo verlos nunca.

—Te doy la razón.

Alexandra deseaba levantarse del sillón para ir a abrazarla, pero dos cosas se lo impedían. La primera es que no podía levantarse sin ayuda, y la segunda razón más grande era que no quería que Callan pensara que ahora sentía lástima por ella y su historia.

— Debes sentirte orgullosa de lo que has conseguido. Pero sobre todo, es admirable la fortaleza que hay en ti. Eres una mujer muy fuerte, Callan y, pese a los malos entendidos que hemos tenido, me gustaría ser tu amiga.

Aquello a Callan le sonó un tanto peligroso. Tenía algunas amigas, pero a ninguna de ellas las veía demasiado debido al trabajo, y tampoco les había contado lo que le había contado a la abogada. De alguna manera, aquellas palabras la hicieron sentir por primera vez importante y valorada por una persona que parecía solo importarse a sí misma. Su interior se calentó con una sensación que nunca había experimentado, y lo que le parecía sorprendente era que la persona de la que menos se lo esperaba lo había ocasionado.

— Pensé que ya lo éramos — dijo en cambio.

Callan ya consideraba a Alexandra su amiga desde aquella noche en la que se acercó a ella para tratar de calmarla y protegerla. La consideraba su heroína, pero no pensaba decírselo porque ya sabía cómo se pondría de engreída. Por eso le había llevado libros, porque creía que era lo menos que podía hacer por ella para hacer los días de recuperación menos pesados.

— Bueno, solo era para estar segura — le siguió el juego.

— Hoy no te has quedado dormida.

— Lo siento, no era mi intención hacerlo aquel día que viniste.

— Está bien, lo entiendo. Es normal que te sintieras con sueño.

Hortensia entró en la habitación, rompiendo el aura agradable que por primera vez había entre ellas, y se sobresaltaron al verla de pie observándolas.

— ¿Ya quieres acostarte? — le preguntó Hortensia a su hija.

— Sí, pero antes necesito ir al baño.

Capítulo 10

Luego de casi tres meses en casa de sus padres, Alexandra volvió al trabajo y Érica la estaba esperando con ansias locas de que volviera a estar bajo sus órdenes, ya que estar sirviendo a los otros abogados del bufete no le gustaba mucho, pero no le quedaba de otra, debía hacerlo para terminar los trabajos que Alexandra había dejado a cargo de otros.

— ¡Pensé que no vendrías nunca! — le dijo Érica abrazándola.

— Ya estoy bien, no tengo por qué quedarme en casa más tiempo — le aclaró, devolviéndole el abrazo, luego la apartaba para ver si le había crecido el vientre —. ¿Aun sigues embarazada?

— Sí, ¿por qué lo preguntas?

— Porque no se te nota nada. Sigues igual.

— Espero un bebé, no un dinosaurio. Estoy casi en los cuatro meses y vomito casi todo lo que como.

— ¿Y todo va bien? — preguntó tomando asiento detrás de su escritorio.

— Sí, me estoy cuidando. Incluso he dejado el café, porque dicen que el bebé nace ansioso.

— Me parece bien.

Alexandra no podía creer que Érica hubiera cambiado sus hábitos alimenticios por el bebé que no deseaba en un principio, pero que ahora parecía amarlo y cuidarlo desde su vientre.

Pese a todo el trabajo que se le había acumulado debido a que algunos clientes no quisieron que los otros abogados llevaran sus casos, Alexandra tuvo que regresar para ponerse al día con el trabajo, pero se alegraba de tener a Érica para ayudarle en todo lo que necesitaba.

Con todo el trabajo que tenía, se sentía feliz de estar de regreso en su oficina, pero no solo eso; lo que la ponía de buen humor era que Callan había ido a visitarla durante las semanas en las que estuvo incapacitada y encerrada en casa de sus padres. Gracias a ella, ahora tenía una colección que se llevó a su vivienda y la colocó en las estanterías junto a sus libros favoritos.

Irse de casa de sus padres le costó un apretón en el corazón, porque su madre se puso a llorar como la primera vez que le dijo que iba a mudarse. Alexandra entendía la razón por la que su madre se pusiera sentimental; se había acostumbrado a tenerla de vuelta. Aunque la abogada intentó hacerse la dura, no pudo evitar dejar escapar una lágrima cuando se subió a su auto.

Pero aun así, llamó por la mañana antes de ir a trabajar, así como también le envió un mensaje de texto a Callan, con quien había comenzado a platicar a menudo, ya fuera en la mañana o en la tarde. Siempre se comunicaban para hablar de cualquier cosa sin importancia cuando la pediatra no podía ir a verla. Pero ahora Alexandra ya se había recuperado y ya no iba a recibir más visitas de Callan, y eso entristecía un poco a la abogada. Sin embargo, se recordaba a sí misma que si quería atrapar al pez más grande y bonito del estanque, debía ir con calma,

porque a los peces les asusta el ruido.

Alexandra optó por seguir el ritmo de Callan, aquel en el que solo eran amigas, pero la abogada sabía perfectamente que la pediatra se sentía tan atraída por ella que se había atrevido a robarle un beso aquella noche en la que la creyó dormida y, sin embargo, se dio cuenta. No obstante, ese hecho no se había vuelto a repetir, porque Alexandra no volvió a fingir estar dormida, sino que prestó atención a cada conversación que la pediatra mantenía con ella. Ahora veía a través de ella que lo que Callan hacía era una manera de buscar la atención de las personas, aquella que le negaron sus padres cuando era niña.

Por otro lado, Callan se había dado cuenta de que Alexandra se comportaba de manera distinta con ella. Notó que le prestaba atención a todas sus conversaciones y nunca volvió a quedarse dormida, quitándole la oportunidad de robarle otro beso. Pero le gustaba que aquellos bonitos ojos negros estuvieran pendientes de ella. Además, se alegraba de recibir un mensaje de buenos días y otro de buenas noches.

A pesar de que se hubieran tratado mal en algún momento, ahora era todo lo contrario, tanto que, un sábado por la noche, Alexandra invitó a Callan a cenar a su casa. Cuando Érica se enteró de la invitación que su jefa le había hecho a la pediatra, pensó que ya había algo más entre ellas, pero no era así.

— Quiero que me hagas un favor — le dijo Alexandra a su asistente.

— ¿Qué quieres?

— Invité a Calla a cenar esta noche y...

— ¿Ya son novias?

— No.

— ¿Entonces?

— Somos amigas, pero le gusto a ella.

— Siempre creí que eras arrogante y presumida, pero te estás superando.

— No me importa lo que pienses, yo sé mis razones.

— ¿Y en qué puedo ayudarte?

— Quiero que alrededor de las ocho con treinta minutos, me envíes mensajes.

— ¿Para qué?

— Quiero ver si se pone celosa.

— Estás loca.

A Alexandra le importaba un rábano lo que Érica pensara de ella; en la guerra y en el amor todo se valía, y si había alguna forma de conseguir que Callan reaccionara y dejara de engañarse a sí misma, pues lo haría costase lo que le costase. Además, quería darle todo ese amor que le negaron de niña. Quizás no sería el mismo, pero quería ayudarla a sanar esas heridas que sabía aún tenía abiertas.

Alexandra no era una excelente cocinera, pero sí que le salía muy bien cocinar lasaña. Así que apenas abandonó su oficina, se fue a comprar lo que necesitaba. Una vez con todo en su poder, fue a casa, se dio una ducha rápida y se puso ropa cómoda. Luego, bajó a la cocina y se puso manos a la obra. Pero antes, puso música para comenzar a picar cebolla y ajo.

Posteriormente, puso la carne molida al fuego, molió algunos tomates y también colocó al fuego la pasta. Mientras tanto, tarareaba la canción que escuchaba.

La abogada esperaba que a Callan le gustara la lasaña y que viera que con aquel gesto supiera que cocinar era una muestra de afecto hacia ella. Alexandra, como la experta calculadora que era, esperaba que la lasaña estuviera lista en el momento en que Callan llegara a su casa. La abogada trató de que todo estuviera en orden, pero nada se salía de su sitio, ya que nadie pisaba esa casa, solo ella y sus padres de vez en cuando, al igual que la mujer que le hacía la limpieza.

Faltaban casi diez minutos para que estuviera lista la lasaña. Alexandra estaba terminando de poner la mesa cuando sonó el timbre y, sin tardar demasiado, se apresuró a abrir la puerta sin siquiera preguntar quién era.

—Hola — la saludó Callan.

—Hola, pasa — dijo, haciéndose a un lado para que la pediatra pasara.

Callan no se decepcionó al ver que la abogada, hasta en su casa, llevaba ese bendito color negro. Su delantal era del mismo color que las ropas que llevaba con tanta elegancia y porte.

—Si gustas, puedes darme tu bata para colocarla en el perchero.

En ese momento, Callan se dio cuenta de que se había olvidado de quitarse la bata. Cuando terminó las consultas, tenía mucha prisa por salir de allí y dirigirse por primera vez a la casa de la abogada, ya que tenía mucha curiosidad por ver cómo era su hogar y si era cierto que ella había cocinado.

—Gracias — respondió sonrojándose —, se me ha olvidado quitármela.

—No pasa nada — dijo, tomando la bata y colocándola en el perchero —. ¿Quieres algo de beber?

—Agua, si no es mucha molestia.

—Ven, vamos a la cocina. La cena está casi lista. Supongo que debes de tener hambre.

—Un poco.

Mientras se dirigían a la cocina, Callan observó el espacio de Alexandra. Como era de esperarse, la casa de la abogada era muy como ella, elegante y sofisticada. No tenía demasiadas decoraciones, era un tanto minimalista, solo había lo justo y necesario en la casa.

—Abriste la puerta y ni siquiera preguntaste — manifestó Callan tomando el bonito vaso de agua que Alexandra le dio.

—Para qué, no recibo visitas y mucho menos a estas horas. Además, te has dado cuenta de que hay un vigilante en la entrada.

—Sí, ya he visto que vives en una zona exclusiva.

Alexandra se encogió de hombros y luego miró el reloj que había en la cocina.

— ¿Te gusta la lasaña? — preguntó la abogada.

—No, no me gusta. Soy vegetariana.

— ¡¿En serio?! — exclamó, dándose un golpe en la frente y mirándola avergonzada —. Lo siento, debí preguntarte primero.

Entonces, Callan no pudo evitar soltar una carcajada. Fue muy divertido verle la cara de

espanto y vergüenza.

—Se te ha olvidado que fuimos a comer hamburguesas y no eran precisamente vegetarianas.

—Cierto — recordó, ruborizándose un poco.

“Te pongo nerviosa”

—Lo siento, no pude evitar hacerte una broma — dijo, mordiéndose los labios.

—Yo que me esmero en hacerte de cena lasaña y tú que osas engañarme y burlarte de mí — dijo con fingida indignación, al tiempo que tomaba dos agarraderas después de apagar el horno.

—Te ves bien con delantal — declaró Callan, lo que provocó que Alexandra se quemara un dedo y se precipitara a dejar la lasaña en la encimera con estrépito.

Alexandra dejó las agarraderas y se miró el dedo. Callan corrió hacia ella y tomó la mano de la abogada para analizarla cuidadosamente, pero a Alexandra se le pasó de inmediato el ardor al sentir las suaves y bonitas manos de la pediatra en las suyas. Sin embargo, los ojos de Alexandra viajaron hacia el escote de Callan y tuvo una bonita vista de aquellos pequeños y encantadores pechos.

—No es nada grave — determinó la pediatra.

—No, pero me ardió — expresó malhumorada.

—Creo que en el auto tengo una pomada de muestra médica para quemaduras, ahora vengo.

Alexandra miró a Callan salir de la cocina. Aun olía a ella y no a consultorio o a babas de niños. Sacudió la cabeza y enseguida se puso a servir para que cuando Callan estuviera de regreso, la lasaña estuviera menos caliente.

Cuando Calla entró de nueva cuenta a la casa, Alexandra la esperaba en la entrada de la cocina.

—La cena está servida.

—Entonces déjame aplicarte la crema y después me lavo las manos.

—Lo que usted diga, doctora.

Se sentaron a la mesa, una frente a la otra. A Calla le gustó la manera en que Alexandra la había dispuesto, pero le gustó más lo que se llevó a la boca y la atenta mirada de la abogada sobre ella para ver la reacción de lo que saboreaba.

— ¡Me encanta! — canturreó, y Alexandra sonrió de oreja a oreja, relajando su cuerpo.

—Me alegra.

Y de pronto, mientras Callan metía bocado tras bocado, comenzaron a escurrírsele las lágrimas.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Alexandra cuando estuvo a su lado, tomando el rostro de Callan entre sus manos.

—Nada.

Alexandra sabía que esos “nada” querían decir mucho; el “nada” abarcaba todo. Era casi

como el fin del mundo, pero decidió no insistir más y se quedó con el “nada” que significaba todo. Si Callan quería llorar, ella le dejaría hacerlo, además de agradecer que a Érica se le olvidara enviarle mensajes. A fin de cuentas, esa noche ya se había acercado a la pediatra, porque ahora la abrazaba y no pudo más que aspirar su bendito aroma que le fascinaba.

Callan no sabía en qué momento la mujer fría, distante y calculadora se había transformado en alguien muy humana, con sentimientos y empatía. Incluso hasta comprensiva y cariñosa, tanto que el simple hecho de cocinarle una lasaña tan deliciosa la hizo llorar. Amó la forma en que se acercó a ella y le sujetó el rostro con ambas manos; sus ojos negros la miraban con la más pura preocupación. No insistió cuando ella le dijo que no le pasaba nada, sino que lo único que hizo fue aceptar su silencio y abrazarla.

Estaban tan sumergidas en aquel abrazo que Callan se sentía segura en él, mientras Alexandra estaba feliz de dar amor, cuando fueron sobresaltadas por el tono de mensaje del celular de la abogada, del cual recibía notificaciones constantes.

“A buena hora se te ocurre enviarme mensajes, te voy a matar”

—Creo que alguien intenta comunicarse contigo — dijo Callan, deshaciendo el abrazo.

—Parece que sí. Veré de quien se trata.

Como sabía quién era, se alejó a regañadientes de Callan y tomó su celular que se encontraba en la mesa. Érica le había mandado un montón de stickers.

Lo siento, se me había olvidado

Además estuve con náuseas toda la tarde

Escribió su asistente una vez que Alexandra vio los mensajes.

Está bien, no te preocupes

Ya no es necesario

¿Todo va bien?

Sí, descansa

Callan extrañó de inmediato el contacto con Alexandra, pero sobre todo sintió celos y curiosidad por saber quién le enviaba mensajes a la abogada a esa hora. Alexandra se dio cuenta de la curiosa mirada de Callan y continuó haciéndose la interesante, solo para provocar que la siguiera observando de la misma manera.

—Disculpa — dijo Alexandra, dejando de nueva cuenta el celular en la mesa.

—No te preocupes. ¿Todo bien? — preguntó Callan.

—Sí. ¿Te sirvo más?

—Claro.

Callan agradeció que Alexandra no volviera a cuestionarle la razón de su llanto, ya que no quería decirle la verdad. También reconoció que le reconfortaba el alma y el espíritu el que ella le hubiera preparado la cena; era algo que nunca había esperado recibir de alguien, mucho menos de Alexandra.

Tuvieron una agradable cena, sin discusiones ni insultos; simplemente comieron en silencio y nada más.

—Gracias por la cena — dijo Callan poniéndose de pie y levantando su plato de la mesa para llevarlo a la cocina.

— ¿Qué haces? — inquirió Alexandra cuando Callan levantó su plato.

—Llevar los platos sucios a la cocina para fregarlos.

—No tienes que hacerlo — dijo la abogada, quitándoselos —. ¿Se te apetece algo más?

—No, estoy totalmente satisfecha.

—Me alegra.

Capítulo 11

Tras la cena y el momento compartido, Callan se dio cuenta de que Alexandra era una buena amiga, ya que eso era lo que habían acordado: ser solo amigas. Hasta el momento, la abogada no había intentado nada más que eso. No le había vuelto a robar otro beso, y ella tampoco lo había hecho. Lo malo es que Callan era cobarde y solo se atrevió a hacerlo cuando Alexandra no era consciente.

Sin embargo, ahora que la abogada y ella quedaban de vez en cuando para ir al cine, cada vez que la veía, sentía la imperiosa necesidad de robarle un beso, de probar aquella boca que ya había tenido el placer de besar y recrearse en ellos.

Aun seguían teniendo sus desacuerdos, pero era solo una manera de fastidiarse mutuamente por puro amor al arte de molestar, ya que les encantaba ver enojada a la otra y competir por ver quién demoraba más tiempo enojada o quién perdía los estribos más rápido.

—Ustedes dos sí que son tóxicas — le dijo Érica cuando Alexandra llegó esa mañana peleando con Callan.

Para ese momento, Érica ya tenía cinco meses de embarazo y ya se le notaba un poco la pancita.

— ¿De qué hablas? ¿Por qué somos tóxicas si ni quiera somos nada?

—Dímelo tú.

—Estás loca — le dijo mientras tomaba asiento detrás de su escritorio —. ¿Te parecería gracioso ir a una fiesta de disfraces vestida ridículamente de abeja?

—No le veo nada de malo, es un disfraz a fin y al cabo, y además muy tierno. No creo que a estas alturas no te des cuenta de que a Callan le gustan los niños y todo ese tipo de cosas llamativas y alegres. Ella no es como tú, que va vestida de funeral todos los días.

—No es ropa de funeral, es ropa adecuada, elegante y transmite lo que quiero representar cuando me ven.

— Pero, ¿no te aburre?

—No.

Aun así, lo que Érica le dijo le había servido para darse cuenta de una cosa: que Callan probablemente la estaba disfrazando de lo que ella hubiera querido disfrazarse de niña. “¿Por qué había sido tan bruta?” se dijo a sí misma. Ahora tendría que ir a verla en cuanto saliera de la oficina.

— ¿Y tú de que querías disfrazarte? — preguntó su asistente.

—Pues no sé, de algo más rudo. Como por ejemplo, policía o un pirata.

— ¿Cuándo es la fiesta?

—Este fin de semana.

—Yo solo te digo que, si no cedes un poco, no vas a lograr nada con Callan. Las locuras y ridiculeces son más divertidas entre dos.

—Yo no quiero intentar nada con Callan.

— ¡Mentirosa!

—No me digas qué hacer.

Cuando Callan llegó a casa, se sorprendió de ver a Alexandra recostada a su auto, la pediatra entró y estacionó en su garaje. Esa mañana, la abogada y ella habían discutido sobre el disfraz que la pediatra le había comprado, pero sus peleas eran habituales en su extraña relación en la que siempre había algo de tensión sexual de por medio, pero que ambas sabían reprimir muy bien aquel deseo que las invadía de apoderarse de la boca de la otra.

Cuando Callan bajó del auto, Alexandra se encontraba parada en el portal de la casa esperándola. La pediatra no pudo evitar pasear la vista por su cuerpo. Le encantaba verla con ese tipo de faldas tubulares que le acentuaban las caderas y esos tacones que la hacían ver endiabladamente tentadora para Callan, pero toda aquella belleza de Alexandra era tan peligrosa como el arsénico.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó Callan mientras caminaba hacia ella.

— ¿Aún estás enojada? Dijimos que no discutiríamos ni pelearíamos más.

—Sí, pero parece que a alguien se le olvida — dijo mirándola a aquellos ojos negros —. Tú fuiste quien inició la discusión.

—Pero es que de abejita. ¿En serio?

Calla le volteó la cara y comenzó a sacar las llaves de su bolso para abrir la casa.

—Me pondré el traje de abejita — cedió.

—No tienes por qué hacerlo si no te gusta — manifestó Callan abriendo y entrando a la casa, mientras Alexandra la seguía.

—Lo haré y perdón si he sido grosera — expresó tomándola del brazo, obligándola de ese modo a que le diera la cara —. Traje la cena, he escuchado que a los demonios se les contenta con comida.

— ¡Idiota!

Callan ya no estaba enojada. Ciertamente, se había contentado con la cena que la abogada le había llevado, pero lo que realmente hizo que su enojo se difuminara fue el hecho de que alguien la estuviera esperando.



—Me envías una foto vestida de abejita — le dijo Érica esa tarde del sábado a Alexandra cuando salían de la oficina.

—Ni loca te voy a mandar una foto de cómo me veo con ese ridículo disfraz.

“Tú no lo harás, pero estoy segura de que Callan me la va enviar”

—Además, no dejaré que Callan me tome fotos.

—Como si no te conociera, dejarás que lo haga y vas a posar como un lindo corderito porque te gusta y estás hasta las manitas por ella. Tú eres de las que hace cualquier cosa por la mujer que te gusta. No entiendo por qué ahora te estás haciendo la difícil.

— ¿Se te olvida que no es la primera vez que doy y no recibo nada? — respondió Alexandra mientras descendían en el ascensor hacia el estacionamiento.

—Sabes que Callan no es igual.

—No, porque por lo menos me dijo que solo quiere ser mi amiga y nada más.

—Pero sigues insistiendo. ¿Por qué? — preguntó Érica, sabiendo que había algo más que su jefa no le había dicho.

—Porque Callan me robó un beso cuando yo fingí quedarme dormida una noche en la que tenía pocos días de haber salido del hospital.

— ¡¿Qué?!

—Sí, exacto. Eso mismo me pasó a mí. Dijo que no quería nada conmigo, pero me besa cuando cree que estoy dormida.

—Las lesbianas sí que están locas.

—Callan no es lesbiana, creo que es bisexual.

—Y yo que creí que entre mujeres la cosa era menos compleja, pero veo que es mucho peor. Prefiero seguir siendo heterosexual.

—Bueno, en cualquier caso, no es que yo hubiera podido elegir mi orientación sexual. Simplemente me atraen las mujeres y no los hombres. Es algo natural.

—Pues que te vaya bien.

—Gracias, nos vemos el lunes.

—Hasta el lunes.

Antes de ir a casa de Callan, Alexandra fue a la suya para ducharse y cambiarse de ropa, poniéndose una de algodón transpirable para no acalorarse demasiado debajo del disfraz de abeja.

—Pensé que no vendrías — fue lo primero que le dijo Callan a la abogada en cuanto le abrió la puerta.

—Hola, estoy bien, gracias por preguntar — dijo dándole un beso en la mejilla —. Te di mi palabra de que iría contigo y que me vestiría de abeja.

—Sí, pero no estaba segura de que lo harías. Con semejante berrinche que has hecho. Ya me imagino a tu pobre madre lidiando contigo.

—¿De qué hablas? Yo no hice berrinche. Lo que me puso de malas es que dijeras que, en lugar de un disfraz de pirata, algo más adulto, compraras uno de abejita.

—¡Y vuelve la burra al trigo! — exclamó Callan alejándose de ella —. Pues si tanto te ridiculiza y molesta, no te lo pongas y no vayas.

—Te dije que iría y así lo haré.

Alexandra se vistió de abejita. Odiaba usar mallas, pero se las tuvo que poner para que el disfraz quedara bien, incluso tenía hasta antenitas. Se miró al espejo y se sintió ridícula, pero el

medio era para un fin; solo esperaba que su paciencia no se agotara antes de conseguir lo que quería.

Cuando salió de la habitación que Callan le había dado para que se vistiera, al bajar las escaleras, se encontró inmediatamente con la pediatra vestida de una mariquita. Y qué linda mariquita de color rojo. A Alexandra no le pareció en absoluto que Callan se viera ridícula en ese disfraz; más bien le pareció que se veía tierna, sumamente besable y apapachable. La abogada se moría de ganas de estrujarla entre sus brazos y besarla hasta quedar sin aliento, pero debía ser fuerte y aguantar hasta que fuera Callan quien la besara en sus cinco sentidos.

Callan había escuchado a la perfección cómo Alexandra había bajado las escaleras y ahora la miraba. La pediatra podía sentir la intensa mirada de la abogada sobre ella; esos ojos negros eran tan intensos como la mujer que los portaba.

—Pensé que tardarías más — fue lo que dijo Alexandra para que Callan la mirara, ya que se encontraba de espaldas.

—Te queda bien. Estaba segura de que te quedaría — manifestó Callan con alegría.

—Entonces ¿nos vamos, mariquita?

—Sí, pero antes tomémonos una foto. No tenemos ninguna.

—De acuerdo, pero no se la vayas a enviar a Érica.

— ¿A Érica? Ni siquiera tengo su número — respondió Callan con una cara de inocente, la cual Alexandra se creyó, y se acercó a la pediatra para tomarse la foto.

Ahora que Alexandra prestaba más atención a la casa, se dio cuenta de que Callan no tenía fotos, ni de ella, ni de su tía; era como si se tratara de un hotel de paso, en el que no hay ningún recuerdo. Aunque imaginaba que probablemente las únicas imágenes que habían decorado las paredes habían sido las de su matrimonio, y ahora era una mujer divorciada, seguramente sin ganas de ver el error que cometió al casarse con semejante escoria.

Callan colocó el celular sobre una mesita y lo programó para que tomara las fotos, ya que deseaba las imágenes de cuerpo entero. Razón por la que lo puso a cierta distancia para que salieran de cuerpo completo. Ambas rodearon la cintura de la otra con un brazo y sonrieron con facilidad, porque el hecho de tomarse la primera fotografía las llenó de un nuevo sentimiento y de la más pura alegría.

Fueron a la fiesta en el coche de Callan, la abogada dejó el suyo en la casa de la pediatra, pues no vio caso ir en el suyo si se dirigían al mismo sitio.

La fiesta era de una de las colegas de Callan, sin embargo, Alexandra se llevó una sorpresa al encontrarse con Rut, que ni más ni menos era la pareja de la cumpleañera de esa noche y amiga de Callan.

— ¡Hola, qué sorpresa! — dijo Rut al ver a la abogada, que no se mostró muy alegre de verla.

—Hola — devolvió el saludo escuetamente, mientras Callan y la festejada miraban a las dos mujeres en cuestión con aire interrogativo.

— ¿Se conocen?

—Sí — respondió Rut a su pareja, a la cual rodeaba con un brazo por la cintura —. Ella es la abogada con la que te dije que salía cuando te conocí.

Callan miró a Alexandra, que ahora mostraba ese rostro frío e inexpresivo que no dejaba ver sus emociones ni nada de lo que realmente pudiera estar sintiendo. No obstante, Callan sabía que a la abogada no le estaba gustando nada el encuentro.

—Oh bueno, entonces... Callan, te presento a Rut.

—Gusto en conocerte — manifestó Callan extendiendo su mano para estrechar la de Rut —. Luisa solo me había hablado de ti, pero por fin te pongo cara.

—El gusto es mío, Callan.

—Pero pasen, no se queden allí — les dijo Luisa.

Una vez que cruzaron el umbral de la casa, no hizo falta ser un sabio para darse cuenta de que el humor de Alexandra se había vuelto sombrío. Desde que llegó, se acomodó en uno de los amplios y cómodos sofás de la casa y no se movió de allí. Callan intentó llevarla consigo y presentarla a otras personas, pero la abogada se negó completamente, quedándose enfurruñada como un niño de seis años.

Solo la miró beber un trago tras otro, al igual que tomar bocadillos de los que los meseros le ofrecían. Cuando llegó la hora de la cena, la abogada estaba un poco pasada de copas, pero lo disimuló bien y caminó obedientemente junto a Callan hacia la mesa, donde todos los reunidos se hallaban sentados patosamente con sus disfraces.

— ¿De qué te ríes? — le preguntó Callan una vez que estuvieron sentadas en la mesa.

—De lo ridículos que nos vemos todos — le susurró a Callan sin dejar de sonreír.

—Cierto, pero deja de reírte — la reprendió Callan intentando reprimir la risa que la abogada le había contagiado.

—No puedo.

—¡Estás borracha! — la acusó.

—No, solo estoy alegre.

— ¡Mentirosa!

Se miraron a los ojos y a Callan le agradó sentir esa complicidad que había entre las dos. Quizá Alexandra fuera a veces como un grano en el culo, difícil, complicada y caprichosa, pero se la estaba pasando bien, mucho mejor que en otras fiestas a las que hubiese asistido antes sola.

Las dos rieron como locas y los presentes se les quedaron mirando. Al percatarse de que estaban llamando la atención, se comportaron y guardaron silencio. Comieron sin volver a mirarse ni ver a los demás, porque de hacerlo, habrían vuelto a estallar en risas y no querían parecer mal educadas, y sobre todo ser groseras.

Al terminar la cena, comenzó el baile. En ese momento, la abogada había bebido un poco, pero no lo suficiente como para perder el valor de invitar a Callan a bailar después de sentir celos al ver que otro hombre la había sacado a bailar.

—Creí que una abogada tan seria como tú no bailaba — dijo Callan burlonamente.

—Ya verás lo bien que bailo, pediatra — respondió Alexandra.

Alexandra terminó su copa y el alcohol volvió a subírsele a la cabeza, haciendo que su inhibición desapareciera. Tomó la mano de Callan y la llevó hacia donde ya estaban bailando varias parejas. A pesar del volumen de sus disfraces, Alexandra se las arregló para moverse al

compás de la música, y Callan simplemente la imitó. Hubiera mentido si dijera que no quería bailar; por supuesto que estaba deseando mover el cuerpo.

Bailaron una canción tras otra, mientras Alexandra seguía moviéndose y sin soltar la cintura o la mano de Callan, bebió algunas copas para mitigar la sed. Estaba sudando dentro de su disfraz de abejita, pero la alegría y el brillo en los ojos de la pediatra eran invaluable.

—Es suficiente — dijo Callan deteniendo la copa que Alexandra llevaba a su boca.

—Tengo sed — se quejó.

—Pues bebe agua — respondió Callan, tomándola de la mano y sacándola de la pista. Al hacerlo, Alexandra se tambaleó y Callan se apresuró a sujetarla —. Creo que deberíamos irnos.

Sin soltar a Alexandra de la cintura, Callan se despidió de su amiga Luisa y de Rut, quien se ofreció a ayudar, pero la abogada se negó a que Rut la tocara. Hicieron un esfuerzo conjunto para llegar hasta donde habían estacionado el coche. Sin embargo, a medio trayecto de regreso a casa, a Alexandra le dieron ganas de vomitar, así que Callan se vio obligada a orillarse y detenerse para que la abogada vomitara.

—¡Dios! —se quejó Alexandra.

—No debiste beber tanto — comentó Callan.

—Es que me sabía tan bien — respondió Alexandra.

—¿Te sientes mejor?

—No mucho, pero creo que ya no vomitaré más — dijo Alexandra.

Alexandra se dejó caer en el asiento del copiloto una vez más, deseando quitarse ese estúpido disfraz, darse una ducha y dormir. Sin embargo, se quedó dormida mucho antes de llegar a casa de Callan y tocar una cama, lo que hizo que a la pediatra le costara mucho despertarla.

—¿Ya hemos llegado? ¡Qué rápido! — exclamó Alexandra al despertar.

—Te has quedado dormida y llevo casi quince minutos tratando de despertarte para sacarte del coche y que no te quedes aquí — respondió Callan.

Alexandra le dedicó una sonrisa adormilada y Callan se sonrojó al ver lo que había en aquellos ojos negros.

—Eres una linda mariquita — dijo Alexandra con cariño.

—Y me lo dices ahora que estás borracha — manifestó Callan intentando sacar a Alexandra del auto —. Cuando todo lo que ves, lo miras hermoso.

—No es cierto — se defendió Alexandra una vez fuera del coche —Antes de embriagarme, ya te veía hermosa.

Callan se sonrojó visiblemente, lo que no pasó desapercibido para Alexandra.

—¡Te da pena! — se burló —. La pediatra se avergüenza si le dicen que es guapa.

—¡Eres insoportable! — exclamó Callan, soltándola y haciendo que Alexandra cayera al suelo.

—¡Ouch! — se quejó Alexandra — ¡Oye! ¡Eso dolió!

Callan la dejó allí y se dirigió a su casa, no quería lidiar más con ella esa noche.

Capítulo 12

Como pudo, Alexandra se puso de pie y caminó torpemente hasta su coche. Buscó las llaves en el bolsillo de su pantalón y desbloqueó las puertas. Estaba a punto de subirse cuando una suave y cálida mano la detuvo.

—No puedes irte a casa y conducir en el estado en el que estás — le dijo Callan.

—¿Ya no estás enojada? — preguntó Alexandra.

—Es muy estúpido hacerle caso a una persona borracha — respondió Callan.

—Pero los niños y los borrachos siempre dicen la verdad — contradijo Alexandra.

—Es mejor que te detengas o te quitaré las llaves y te dejaré durmiendo aquí afuera — amenazó Callan.

Alexandra hizo ademán de cerrarse la boca con una cremallera y guardó silencio. Callan la llevó dentro de la casa y la condujo a la misma habitación en la que se había puesto el disfraz antes de irse. Como si fuera una niña, Callan la ayudó a quitarse el traje y se llevó la sorpresa de su vida cuando encontró a la abogada completamente empapada en sudor. La camiseta se le pegaba al cuerpo y unas gotitas seductoras de sudor se deslizaron por debajo de la garganta de Alexandra.

—A este paso te vas a deshidratar — comentó Callan.

—Tú fuiste la que quiso ponerme este ridículo disfraz — respondió Alexandra.

—Lo sé, pero te veías tan tierna. Además, era negro.

Haciendo esos, Alexandra se encaminó hacia el baño, donde terminó de desvestirse. Callan corrió a su habitación para buscar ropa limpia y una toalla para la huésped inesperada que tendría esa noche. Se apresuró a volver a la estancia para asegurarse de que la abogada no se había caído en el baño y partido la cabeza. Por suerte, Alexandra había sido inteligente y se había estado sosteniendo de las paredes.

Callan se quedó de pie en la puerta del baño en silencio, sin poder evitar mirar cómo la silueta de Alexandra se recortaba a través del biombo del baño, que tenía un efecto de paño para ocultar la desnudez. Sin embargo, Callan sabía que del otro lado se encontraba el cuerpo desnudo de la abogada, y era como estar en un desierto muriendo de sed, teniendo el oasis justo frente a sus ojos.

—¿Has terminado? — preguntó Callan.

—Sí — balbuceó Alexandra.

—No te vayas a dormir antes de que te vistas — le advirtió Callan al pasarle la toalla, bragas y un pijama.

—Haré lo posible.

Por suerte terminó de vestirse y salió del baño, arrastró los pies y se tiró en la cama

bocabajo.

—Aun sigues vestida de mariquita — murmuró.

—No he podido cambiarme, eres tan absorbente que no he tenido el tiempo de hacerlo. Pero ahora que ya estás en la cama, voy a hacerlo.

Callan abandonó la habitación y, dando un suspiro, se dirigió a la suya. Deseaba salir de ese traje, pero no pudo evitar contener la sonrisa que afloró en sus labios al pensar en lo que le había dicho la insoportable pero adorable abogada. Tampoco podía deshacerse de aquella mirada de ojos negros que le dedicó.

Cuando Callan salió de la ducha, se asustó al encontrarse con Alexandra de pie en su habitación. Parecía estar sobria, porque sus ojos negros la miraban intensamente.

—Pensé que ya estabas dormida — dijo, pero la abogada no le respondió —. ¿Se te ofrece algo?

Alexandra continuaba en silencio, solo mirándola con adoración, lo que solo lograba poner nerviosa a Callan. La abogada caminó hacia la pediatra, acortando la distancia entre ellas, y posó ambas manos en las mejillas de Callan, quien se estremeció ante el dulce tacto de las manos de Alexandra.

Callan se perdió en aquella mirada y en la calidez de sus manos sobre las mejillas, que no pudo evitar llevar sus labios a los de Alexandra, quien la recibió gustosa y el beso fue tan dulce como la miel. Para sorpresa de Callan, la boca de la abogada le sabía a menta; se había lavado o enjuagado la boca en algún momento. La pediatra rompió el beso, trató de apartarse, pero Alexandra no se lo permitió.

—No — susurró Callan.

— ¿Por qué? Sé que te gustó y no te molestes en negarlo. Tú también me gustas y lo acepto.

—Pero eres insoportable. Además, estás borracha.

—No tanto, soy muy consciente de lo que hago. No me gusta robar besos; a mí me gusta darlos mirando a esa persona especial a los ojos.

Alexandra nunca dejó de sostenerle la mirada, y Callan supo de esa manera tan sutil por parte de la abogada que se había dado cuenta que le había robado un beso. La pediatra iba a defenderse, cuando la boca de la abogada invadió la suya y no pudo resistirse a devolver el beso. Sin apartarse, Alexandra caminó con Callan hasta apagar la luz y de nuevo inició el recorrido hasta que cayeron en la cama.

—Es demasiado pronto — dijo Callan sin aliento.

—Yo no pensaba hacer nada más — le susurró sobre los labios, mientras yacía encima de Callan —. Hay muchas maneras de demostrarte lo que siento por ti y una de ellas es respetarte. Podemos dormir abrazadas toda la noche o yo puedo ser tu almohada de carne y hueso. Lo que quieras.

—Abrázame — le pidió Callan con apenas voz.

Alexandra bajó del cuerpo de Callan y se acomodó detrás de ella, rodeándola con sus brazos. La pediatra se acurrucó con la abogada, sin siquiera molestarse en cepillarse los cabellos. Se permitió dormir junto a la mujer que le gustaba y detestaba casi por igual, pero que justo en

ese momento había mostrado ser todo lo contrario.

Callan durmió sin esos extraños sueños que a menudo la visitaban por la madrugada, la mayoría eran recuerdos sobre sus padres bebiendo alcohol y encerrándola en un cuarto oscuro. Pero ahora, en su habitación, había un montón de estrellas fluorescentes en el techo y en la pared, las cuales solo resaltaban por la noche cuando apagaba la luz. Agradeció que Alexandra no hubiera preguntado nada al respecto ni se burlara de lo infantil que aquello resultaba. Y por primera vez, Callan se sintió segura y en confianza con la fría pero cálida abogada.

—Tranquila — la voz suave y cariñosa de Alexandra llegó a Callan como un remanso de agua dulce.

Alexandra había espabilado antes que Callan; la había despertado la pediatra que se removía inquieta a su lado. Sabía que tenía pesadillas, pero no deseaba despertarla abruptamente. Por suerte, Callan comenzó a despertar y lo primero con lo que se encontró fue con los ojos negros de Alexandra que la miraba con intensidad. Callan sabía que Alexandra sabía ahora de sus pesadillas e iba a querer saber, y ella tenía miedo de que la tratara como una loca como Ricardo.

La abogada notó el miedo y la inseguridad en el rostro de Callan, así que, a modo de romper el aire de tensión que había, comenzó a llenarle la cara de pequeños y dulces besos. Inició en la frente y Callan no pudo evitar sorprenderse, pero no se movió, permitió que Alexandra continuara mostrándole afecto.

Le besó toda la cara hasta que Callan rió como una niña feliz en día de reyes. Callan tomó entre sus manos el rostro de Alexandra y la besó en los labios. Qué tonta había sido en decirle que no quería nada con ella, cuando ahora en ese momento deseaba todo con aquella mujer. Terminó el beso y se miraron a los ojos. Callan sabía que la abogada esperaba a que hablara, que le contara lo que pasaba. ¿Cuánto quería saber Alexandra?

— ¿Te desperté? — preguntó Callan.

—Sí, te removías inquieta. Tenías pesadillas ¿Verdad?

—Sí — respondió apartando la vista.

—Pero no es algo de lo que debas avergonzarte — dijo, llevando un dedo debajo de la barbilla para volver a tener su atención.

—Es que lo que sueño, debería de haberse quedado atrás. Ya no soy una niña para tener el cuarto lleno de pegatinas fluorescentes. ¡Por eso me dejó Ricardo! ¡Porque nunca maduré! Sigo siendo la misma niña temerosa de la oscuridad.

—Ricardo te dejó porque era idiota y un bruto. Él solo quería tu dinero y lo sabes.

—Nunca pude dormir con la luz apagada y cuando lo intenté con Ricardo a mi lado tampoco funcionó. No conciliaba el sueño, sudaba por miedo y él se molestaba porque decía que yo estaba mojada y le daba asco. Entonces, yo me venía a esta habitación a dormir y cuando Ricardo quería tener relaciones, venía solo a eso y se iba.

—Ese bruto. La miel no se hizo para los burros — dijo molesta y volvió a abrazar a Callan.

— ¿Piensas que soy ridícula?

—Pienso que eres increíble y maravillosa. Una mujer como tú no se merecía a un cerdo

burro como Ricardo.

— ¿Por qué eres tan paciente en este momento y otras veces simplemente eres insoportable, casi como un grano en el culo?

Alexandra notó que, a pesar de haber dicho ese último comentario ofensivo, unas lágrimas asomaban en sus ojos, que intentaba suprimir.

— Porque Dios no podía hacerme hermosa y perfecta al mismo tiempo. No podía estar hecha para todos los que se fijaran en mí, sino para la única que me soportara — Alexandra se sentó en la cama, tomó las manos de Callan entre las suyas y dejó un beso en el dorso.

— Yo no te soporto.

— Lo tomaré como una declaración de amor — dijo, logrando que Callan sonriera —. Yo te quiero y me encantaría que fueras mi novia.

Callan iba a hablar, pero Alexandra se lo impidió colocando un dedo sobre sus labios.

— Solo sal conmigo, conóceme de verdad. Dame la oportunidad de ser contigo como soy en realidad con la persona que me gusta. A mí me gustaría saber más de ti; la verdad es que a mí me encantaría ser esa a quien le cuentas todo lo que te pasa. Saber de tus alegrías, tus miedos y ver esa otra cara en la que puedes llegar a ser insoportable, enojona y horrible. No te ofrezco ser la pareja perfecta, pero sí la más real, con virtudes y defectos.

— No cabe duda de que eres una de las mejores abogadas — expresó Callan, sintiendo que todo su cuerpo se estremecía y su cabeza daba vueltas como si estuviera en una montaña rusa.

— Solo nos estamos conociendo, no te estoy proponiendo matrimonio. Eso te lo dejaré a ti — manifestó aquellas palabras casi sobre los labios de Callan, quien no podía evitar la tentación de atrapar los de la abogada entre los suyos, pero Alexandra se hacía la difícil, hasta que al final terminó dándole un beso en la frente.

— ¡Eso no se vale! — se quejó Callan.

— Yo no puedo hacer todo el trabajo.

— Me refería al beso.

— No volveré a besarte en los labios hasta que me des una respuesta. Así me muera por hacerlo, no lo haré.

Callan la miró a esos ojos negros. En ese momento, ambas estaban sentadas en la cama y se miraban de frente. Sabía que Alexandra esperaba su respuesta, pero también podía ver en su mirada brillante y feliz que estaba segura de recibir una respuesta favorable.

— Está bien, acepto ser tu novia y salir contigo.

Alexandra sonrió ampliamente y se lanzó hacia ella para abrazarla y llenarle la cara de besos. Callan sintió el amor y la felicidad en esos gestos, gestos que nunca había recibido de niña, y su corazón se hinchó de felicidad.

“Si esto es lo que puedo tener cada día, no me arrepiento de la decisión que tomé”.

Callan sonrió desde lo más profundo de su alma y de su corazón, y Alexandra sintió que estaban en la misma sintonía.

— Estás de muy buen humor como para tener resaca — comentó Callan cuando dejó de

reírse.

— ¡Te parece poco dormir toda la noche junto a la mujer que me gusta! Vestirme de abejita tuvo buenos resultados.

Mientras Alexandra disfrutaba del desayuno que Callan había preparado para ambas, Érica se moría de la risa al ver a su jefa vestida de abejita. No es que se viera mal, todo lo contrario, se veía hasta tierna e inocente, quizás por eso era el ataque de risa que le había dado a Érica.

Lo que más le llamó la curiosidad a Érica, era la forma en que se había prestado a tomarse la foto, ya que en la mayoría de las imágenes que Alexandra era captada, se le veía seria, siendo ella en su papel de dura abogada. Sin embargo, con la presencia de Callan a su lado, tenía la vista como un cordero degollado e incluso su sonrisa era una desprovista de frivolidad. A Érica le agradó mucho ver esa otra cara.

La tienes en tus manos

Fue el mensaje de texto que Érica le mandó a Callan poco después de ver la fotografía. Por puro instinto, Callan levantó la vista y miró a Alexandra desayunar con su exquisita manera de tomar los alimentos, con una gracia que Callan sentía que la abogada provenía de la realeza.

Y ella a mí

No le vayas a decir nada

A tu jefa de que te mandé la foto

O se enojará conmigo

No le diré nada

Gracias

Fue la respuesta que le envió Callan a Érica, y era verdad. Después de anoche, todo en torno a ellas había cambiado. Lo que Callan sentía por Alexandra se había vuelto más intenso, sobre todo cuando vio que la abogada iba a conducir ebria de regreso a casa; no soportó la idea de que le pasara algo.

— Anoche me di cuenta de que te pusiste incómoda al ver a Rut en la fiesta de Luisa — comentó Callan —. ¿Qué pasó entre ustedes?

— En realidad no mucho — respondió tranquilamente —. Pero me suele incomodar volver a ver a las mujeres con las que salí y me cortaron. De hecho, hago todo lo posible por no topármelas de nuevo.

— Entiendo, a mí tampoco me gustaría volver a ver a Ricardo. ¿Cómo la conociste?

— A través de una aplicación.

Callan la miró con asombro, sin poder creerse lo que escuchaba. No se podía imaginar a la fría abogada en una aplicación de citas para conocer mujeres.

— ¿Por qué decidiste buscar citas en una aplicación? —preguntó, intrigada.

— Porque, aunque no lo creas, conocer mujeres como yo en persona me era difícil. Por lo general, lo único que atraía era a hombres, y yo no estoy interesada en ellos. Solo porque no tengo, según ellos, el estereotipo de lesbiana, no puedo ser una, y eso es molesto. Así que conocí a Rut de ese modo. Creí que teníamos cosas en común: ella también es abogada, inteligente,

interesante, proveniente de una familia acomodada. Pero también es igual de fría que yo cuando no siente afecto por nadie o sus ilusiones se han roto. Va directa al grano sin fijarse en si hace daño o no.

— Al menos lo reconoces — comentó Callan.

— Así soy, no puedo evitarlo. Pero agradezco que Rut me haya hablado claro luego de algunas citas en las que creía que ella podría ser el amor de mi vida.

— ¿Estabas enamorada de ella? — inquirió Callan con temor de escuchar algo que no deseaba.

— No, creo que solo era la ilusión de imaginar formar algún día una familia con una mujer tan exitosa como yo.

— ¿Y qué pasó? — preguntó Callan, interesada en la historia.

— Pues que conocí a tu amiga y me dejó por ella. ¿Cómo fue? No lo sé. Pero mejor que haya pasado de ese modo.

— ¿Por qué?

— Porque conocí a una mujer tan diferente a mí que me hizo ver que no tenía por qué buscar a alguien tan parecido. Si te soy sincera, era aburrido, y en cambio esta otra mujer me da muchas emociones. Viste de colores alegres y es un sol andante, aunque también tiene sus sombras — expresó mirándola a los ojos.

Callan se ruborizó; vaya que la abogada tenía verbo además de carita.

Capítulo 13

Callan no podía sentirse más feliz; las palabras de la abogada habían tocado fibras tan hondas en su alma que le resultaba imposible no comenzar a sentir cosas más intensas por ella.

Además de los mensajes de buenos días, la abogada quedaba con ella para comer todos los días y cuando no podía, le avisaba. A menudo tenía un detalle para darle: un dulce, un clavel, una nota con una carita feliz o simplemente un emoji de un enorme corazón latiendo.

Cada día la iba queriendo un poco más, ahora sabía que lo que había sentido por Ricardo no era ni siquiera una tercera parte de lo que sentía por Alexandra. Todo en su relación era diferente; seguían teniendo diferencias, pero al menos ya no terminaban enojadas o diciéndose cosas hirientes.

Sin embargo, ahora cada vez que salían al cine, a cenar o a algún otro lugar, Callan y Alexandra se encontraban con las amigas y conocidas de la pediatra, las cuales no dejaban pasar desapercibida la manera en que ellas iban tomadas de la mano o del brazo.

Era domingo, pero Callan y Alexandra no se verían ese día temprano, sino después en la casa de la abogada para ver películas de terror, las cuales hacían reír a Alexandra. En lugar de darle miedo, le causaban gracia los supuestos espantos que salían.

— ¿De verdad estás saliendo con la abogada? — le preguntó Luisa mientras se dejaba caer en el sofá.

— Sí, ¿por qué?

— Se me hace alguien muy diferente a ti. Incluso que Ricardo. Sé que no actuó bien contigo, pero al menos se mostraba diferente.

— Ricardo lo que era, era un hipócrita. Alexandra puede que sea muy diferente, pero es alguien con quien me siento a gusto, cómoda y segura.

— ¿No han vuelto a discutir? Pensé que no se podían ver.

Callan iba a responder cuando se escuchó sonar el timbre de la casa. Luisa se disculpó y fue a abrir. Al volver, venían algunas conocidas de ambas mujeres, al menos las que Callan consideraba amigas, pero no con la suficiente confianza para contarles todo sobre ella y su infancia.

Todas se saludaron y poco después Luisa las hizo pasar al comedor para invitarles al almuerzo. Para ese momento, Callan no se encontraba muy a gusto, pues Luisa le había mentido al decirle que solo estaría ella en su casa, y ahora se encontraba rodeada de tres mujeres más. Aunque hablaron de temas sin importancia, al final de la comida y de recoger y lavar los trastes, tocaron el tema que ella y Luisa habían estado hablando antes de que el resto llegara.

— He escuchado rumores de que ya hay alguien por allí. ¿Es cierto? — preguntó Aiyana, y todos los pares de ojos se posaron en Callan.

— Puede que haya alguien — se limitó a decir para no entrar más en detalles. Quería

mantener su relación con Alexandra en un perfil bajo, ya que temía volver a equivocarse, aunque algo muy en el fondo le decía que no sería así.

— No te hagas, ya nos dijeron que se trata de esa mujer abogada que se cree la coca en el desierto — expresó Carlota, no sin cierto toque de envidia en la voz —. Dicen que es tan fría como la nieve y que solo le gusta el dinero. Se rumora que busca mujeres con una posición económica parecida a la de ella y tu amiga — dijo, colocando una mano sobre la pierna de Callan —. Tú no eres ese tipo de mujer, tú eres altruista. Mientras que ella no sabe dar nada a nadie.

— Además, siempre viste de negro. ¿A quién en la vida se le ocurre andar así? — comentó Dara.

— No deberías salir con ella, querrá hacerte menos y ridiculizarte — continuó Aiyana —. He escuchado que es casi el mismísimo demonio entaconado.

Callan se dio cuenta en ese momento de que las mujeres reunidas allí le tenían envidia a Alexandra, porque era todo lo que ellas deseaban ser, tener y poseer. Una mujer con los ovarios bien puestos que no temía a nada. Incluso cuando aquel hombre la apuñaló, su temple era de hierro. Sin decir nada, Callan se puso de pie. No pensaba seguir escuchándolas, no haría caso de lo que sus bocas sucias por el veneno escupían. Ella ahora conocía a una Alexandra muy distinta de la que conoció la primera vez y de aquella primera impresión que le causó cuando la vio. Tan altiva y segura de sí misma, casi perversa, con aquellos ojos negros grandes y vivaces.

— ¿A dónde vas? — le preguntó Luisa al ver su actitud disgustada.

— Me voy.

— ¿Te ha molestado? — quiso saber, pero Callan no respondió nada —. ¿Te has enamorado tan pronto de alguien así?!

Callan se limitó a abandonar la estancia. No estaba dispuesta a seguir su juego; ella no iba a seguir escuchándolas. Se sentía furiosa con ellas, y era la primera vez que le pasaba algo así, que le molestaba que hablaran de la persona por la cual su corazón palpitaba de manera distinta cuando la veía o la miraba sonreír, la escuchaba hablar, o la besaba de esa forma tan tierna y sensual que la hacía desear más y más.

Condujo como una posesa a casa de Alexandra mucho antes de lo acordado y, cuando estacionó delante de la casa de su novia, tuvo el temor de que no hubiera regresado aún de ver a sus padres. Aun así, bajó del auto y tocó el timbre con desespero. Para su gran alivio, Callan la escuchó pelear porque tocaran de esa forma; sin embargo, cuando vio que se trataba de la pediatra, su actitud cambió y se volvió dulce.

— ¡Hola! — la saludó Alexandra al verla. Callan se arrojó a sus brazos, y Alexandra la cobijó, ofreciéndole eso que la pediatra sin mediar palabra solicitó y que la abogada intuyó de inmediato que algo le sucedía. Alexandra cerró la puerta y se concentró solo en abrazar fuerte a la mujer que adoraba. Quizás podría ser pronto, o tal vez no, pero lo que sentía por Callan iba más allá de lo que alguna vez sintió por otras mujeres.

— ¿Qué pasó? — preguntó Alexandra con preocupación.

Callan agradecía que Alexandra tuviera ese poder de ver las cosas y sus emociones a través de ella, así como el de ser capaz de sacar lo que llevaba dentro con la pregunta adecuada o con el silencio perfecto, únicamente mirándola a los ojos. La pediatra respiró hondo e inhaló el característico aroma de la abogada, que ya le resultaba familiar y que a la vez le hacía sentirse

segura, porque la fragancia poseía tanta personalidad como Alexandra.

— Estoy enojada — dijo sin deshacer el abrazo.

— ¿Quién te ha hecho enojar?

— Luisa y las demás.

— ¿Por qué? Pensé que solo eran tú y Luisa.

— Yo también — y se apartó de Alexandra —, pero resulta que me engañó y reunió a Aiyana, Carlota y Dara solo para hablar de ti, para decirme que no me convenías, que... No debería decírtelo, porque solo de repetirlo me hace sentir más coraje.

Alexandra sonrió sin poder evitarlo al escuchar que a Callan le enojaba que hablaran de ella, y eso solo significaba una cosa: la quería.

— Te cuentan que hablan mal de ti y lo único que haces es reírte.

— ¿Quieres que me enoje también? — le preguntó la abogada llevando ambas manos a las mejillas de Callan, y esta negaba con la cabeza.

— Entonces... ¿Qué las odie?

— Tampoco.

— Perfecto, porque a ese tipo de personas las tomo por locas. Tú deberías hacer lo mismo.

Alexandra lo miró a los ojos y lo besó en los labios de esa manera dulce y tierna en que solía hacerlo al iniciar el beso, pero a medida que se enganchaba, se volvía sensual y sugerente.

— ¿Qué estabas haciendo? — le preguntó Callan casi sin aliento.

— Mirando una serie. ¿Quieres verla conmigo?

— Claro.

Alexandra le pasó un brazo sobre los hombros a Callan y se dirigieron a la sala de estar. Apenas tomaron asiento, la abogada volvió a poner play para continuar viendo el primer capítulo de la serie. Tomó el tazón de palomitas de caramelo y lo colocó en medio de ambos. Sin planearlo, vieron la serie completa y Callan se había acurrucado junto a Alexandra.

La abogada apagó la televisión y se quedaron en silencio. Alexandra podía sentir la inocente caricia del delicado dedo de Callan sobre su antebrazo, provocándole un agradable cosquilleo. Deseaba que eso mismo lo hiciera por todas las partes de su cuerpo de arriba abajo sin descanso, pero de pronto se acordó de algo.

— Sé que le tienes miedo a la oscuridad, pero aquella vez en el cine, ¿por qué fuiste si está casi oscuro por completo?

La caricia de Callan se detuvo por un momento, pero luego continuó. Se acomodó aún más cerca de ella y habló.

— La verdad esa era la primera vez que iba al cine sola, lo hice como una prueba para mí misma. Aunque la verdad me estaba muriendo de miedo y ansiedad. Entonces, llegaste tú y me quedé allí, en silencio. Por alguna razón, ante tu presencia fue que pude tranquilizarme, tu aroma me llegó de inmediato, ese que hace saber lo segura e imponente que sueles ser siempre, menos conmigo.

—Eres mi talón de Aquiles. Tú con miedo y yo temiendo que hablaras como un perico — ambas rieron.

—A pesar de todo, disfruté de la película porque estabas allí, así parecieras que estuvieras estreñida. Para ser sincera, me caías un poco mal, pero luego me enviaste claveles y comenzamos a platicar por mensaje. Luego cuando fuimos a cenar no dejabas de verme y me di cuenta de que te gustaba.

— ¿Eres bisexual? — le preguntó Alexandra.

— Sí.

— ¿Habías salido antes con mujeres?

— Más que con hombres.

— Entonces, ¿qué tuvo Ricardo que ellas no?

— Que tenía la necesidad de formar una familia. Consideré que con un hombre las cosas serían más fáciles. Ricardo fue el candidato perfecto, guapo, con una bonita sonrisa y fue el primer hombre que tuvo el valor de acercarse a mí y hacerme plática. Entonces me sentí halagada de que un hombre como él se fijara en mí. Por otro lado, mis “*amigas*” insistían en que Ricardo era el hombre adecuado, ya que al menos no bebía y yo buscaba a alguien muy alejado de lo que eran mis padres, pero al final resultó ser peor, un hombre que solo buscaba comodidad a mis costillas. Y no me molestaba darle dinero, de verdad no me molestaba, pero él no me veía como la mujer que supuestamente amaba, sino como una billetera y, encima, una criada.

— Ya te libraste de esa porquería — expresó Alexandra y Callan se echó a reír.

— Sí, y gracias a una excelente abogada.

— La verdad es que fue todo un placer, ¿sabes por qué? No te lo había dicho, pero aquel día justamente acababa de llegar de reunirme con él en un restaurante, luego de que Rut me dijera que había conocido a tu amiga.

— No somos amigas y ahora menos.

— Bien, pues ese día, tu ex me hizo muchas insinuaciones, convencido de que yo caería encantada a sus pies, solo por ser guapo, porque de educado no tiene nada. Para mí fue todo un placer dejarlo sin un peso que viniera de ti.

Callan miró a Alexandra a los ojos y la abogada la besó en los labios.

— ¿Te apetece cenar algo? — le preguntó Alexandra.

— ¿Vas a cocinar para mí? — inquirió emocionada.

— Pensaba en hacernos una cena ligera y más sencilla, algo así como yogurt con cereales.

— Está bien, apuesto a que también te queda delicioso.

— Para chuparse los dedos.

Callan antes sentía que no tenía a nadie que se preocupara por ella, pero ahora, pese a que Alexandra hubiese demostrado que le aburría escucharla hablar, ahora era muy diferente, al menos ella podía explayarse. Esa noche en la que se quedó a dormir con la abogada, recostó la cabeza sobre el pecho de Alexandra y comenzó a platicarle cosas sobre una convención a la cual iba a asistir la próxima semana y estaría tres días fuera.

— ¿Me escuchaste? — le preguntó levantando la cabeza para ver el rostro de Alexandra, que al parecer ya se encontraba dormida —. Esta vez no me vas a engañar.

Callan le apretó la nariz y la dejó sin respirar; Alexandra ni se inmutó ante el tacto de la mano de la pediatra sobre su nariz, sino que lo único que hizo fue tomar aire por la nariz, provocando algo así como un ronquido y un hilo de baba se le escapó.

— Quien te viera de esta forma tan boba, no se creería que eres la misma que viste de negro y que aparenta ser tan fría e inaccesible.

Callan se fue a su convención, Alexandra la llevó al aeropuerto y se despidieron dándose un largo y efusivo beso, para que ambas aguantaran los días sin verse. Alexandra no se fue hasta que vio despegar el avión de Callan; la abogada nunca había extrañado tanto a ninguna mujer de la forma en la que ya echaba de menos a la pediatra y, sin dejar de mirar el aeroplano, dejó escapar un suspiro.

Como era de esperarse, solo se llamaban por la noche, momento en el que ambas estaban libres, y así hasta que a Callan le tocó volver, pero lo hizo antes de lo que había pensado.

— ¡Callan! — exclamó Érica, al verla de repente salir del ascensor.

— Baja la voz — le pidió —. ¡Qué enorme panza!

— Lo sé.

— ¿Cuántos meses?

— Ocho.

— ¿Y por qué Alexandra te tiene trabajando?

— Soy yo la que no quiere irse aún. ¿Qué haces aquí? Alexandra me dijo que iría por ti hasta hoy en la noche.

— Lo sé, pero la convención de hoy se canceló y decidí volver y darle una sorpresa. ¿Está en la oficina?

— Sí, ¿dónde más? Esa solo tiene ojos para ti y para el trabajo.

— Me alegra oír eso. ¿A dónde vas?

— A dejar el cheque de este mes a una de las asociaciones que Alexandra ayuda. ¿No lo sabías? — preguntó al ver la sorpresa en el rostro de Callan.

— No, no lo sabía. Ella nunca me ha dicho nada.

— Eso es porque no le gusta alardear de las cosas buenas que hace.

— ¿Está con alguien?

— No, está sola. Así que ve a darle una sorpresa.

— Gracias, nos vemos luego.

Érica se fue y Callan saludó a la secretaria brevemente con una mano y entró a la oficina de Alexandra.

— ¿Qué se te olvidó? — preguntó Alexandra sin levantar la vista de los papeles que estaba leyendo, pero al ver que no recibía respuesta, tuvo que divisar quién era y, al hacerlo, abrió la boca y la cerró para de inmediato ponerse de pie y correr hacia Callan.

La abrazó y Callan sintió que estaba en casa, le devolvió el abrazo y nunca en su vida se

había sentido tan querida como ahora por Alexandra, que le llenó la cara de besos y después la besó en los labios.

— ¿Por qué no me dijiste que llegabas antes para ir a buscarte?

— Quería darte una sorpresa.

— Me la has dado — manifestó sin poder contener una sonrisa en los labios.

— ¿Estás muy ocupada?

— ¿Tienes hambre?

— Un poco.

— Vamos a mi casa, lo que iba a ser para la cena lo haré para el almuerzo. ¿Qué te parece?

— Me parece bien.

Capítulo 14

Conforme los días y las semanas pasaban, Callan y Alexandra se iban conociendo un poco más. La pediatra, en su mayoría, prefería que la abogada cocinara en lugar de ir a un restaurante; la comida que preparaba Alexandra le sabía mil veces mejor porque sabía que su pareja lo hacía con amor y se esmeraba tanto o más que en sus casos. Hasta ese momento, Alexandra y Callan solo se habían limitado a besarse y a dormir abrazadas. La abogada continuaba aferrándose a lo que le había dicho a Callan aquella primera noche en que literalmente solo durmió con ella.

De que moría por acariciarla de pies a cabeza y besar su piel de ángel, por supuesto que Alexandra se moría por cubrirle el cuerpo de besos y, aunque le costara toda su voluntad, no seducía a Callan, nunca la instaba a más; porque la abogada deseaba que su relación fuera más profunda y no se limitara a solo sexo. No quería que la pediatra pensara que era igual que Ricardo.

Mientras que Callan se sentía realmente amada y consentida por primera vez en su vida por una mujer que no era su madre ni mantenía ningún lazo de sangre con ella, solo era el sentimiento que Alexandra sentía hacia ella, y Callan se sentía dichosa de tenerla. Le gustaban las noches en que dormía a su lado, en su casa y en su cama, aunque fuera de colores neutros y muy minimalista; Callan se sentía muy a gusto en aquella casa y, sobre todo, sus malos sueños habían disminuido.

La relación con Luisa y el resto, desde la vez en que se enojó por hablar mal de Alexandra, se había vuelto más distante que antes, y a pesar de que la invitaban de vez en cuando a verse para tomarse una copa en algún bar, Callan decidía no ir. Prefería quedarse en casa con Alexandra para ver películas o series, o bien, para discutir por alguna tontería, por la cual la abogada a veces terminaba enojada y Callan se reía de ella.

— No me parece gracioso — le dijo a Callan alejándose de ella.

— No te enojas — expresó Callan abrazándola por la espalda —. ¿Por qué siempre tienes que llevar la razón?

— Porque la tengo.

— No, no la tienes.

— Claro que sí.

— ¡Qué necia eres! — manifestó Callan soltándola.

— Si no fuera tan necia, no te hubiera conquistado — dijo con arrogancia mirando a Callan.

— Pero a veces eres tan insoportable, como en estos momentos — ahora fue ella quien le dio la espalda.

— Pero te gusto — aseguró acercándose a Callan por la espalda, rodeando su cintura con

los brazos y dejando un beso entre la nuca y el cuello.

Callan no respondió, solo se quedó callada estremeciéndose de pies a cabeza ante aquel beso que Alexandra le había dado y que le hizo aumentar las pulsaciones. La abogada se dio cuenta del efecto que tuvo aquel gesto en Callan y, sobre todo, lo que su propio cuerpo padecía cada vez que estaba junto a aquella mujer que olía de maravilla y le recordaba estar bajo el incandescente sol sin realmente estarlo. Alexandra decidió apartarse, no era buena idea permanecer tan cerca. Sin embargo, Callan la retuvo sujetándola del brazo que le rodeaba la cintura.

—Bésame otra vez allí donde lo has hecho — le pidió Callan y Alexandra tragó saliva.

—Es que si lo hago, no sé si podría parar — confesó avergonzada.

—¿Y quien dijo que pararas?

El silencio las inundó al igual que la tensión sexual que hacía mucho las rondaba, pero que, hasta ese momento, Callan se había sentido completamente segura de lo que deseaba esa tarde.

Alexandra volvió a acercar su boca a aquella zona en que Callan la había requerido y la besó dulcemente, volvieron a estremecerse y la abogada continuó dejando besos por toda la nuca de la pediatra que se regocijaba ante la dulzura de los besos que recibía por parte de la mujer que siempre vestía de negro.

El contraste de su personalidad y el de ese momento era tan abismal como también inexistente. Alexandra era fuego, pero al mismo tiempo la calma, esa que la anclaba a la tierra y la hacía desear cada día pasar el tiempo a su lado.

Alexandra se apretó más contra Callan y esta no pudo evitar soltar un gemido cuando la lengua de la abogada le lamió el lóbulo de la oreja de un modo que la hizo aguar las piernas y sentir especial.

— ¿Por qué nunca me habías besado de ese modo? — le preguntó Callan con la respiración entrecortada.

—Porque no quería que lo nuestro se volviera una relación que se basa solo en sexo, yo quiero algo más que eso, Callan. Yo quiero una vida contigo — le susurró al oído mientras la apretaba más y más contra su cuerpo, con todos los deseos inocentes y perversos de su ser —. ¿Tú qué quieres Callan?

—Yo quiero lo que tu quieras — murmuró entregándose a lo que el enfebrecido cuerpo de la abogada le ofrecía.

—Pero no quiero que cumplas mis deseos, Callan. Quiero que tu tengas los tuyos propios. ¿Qué quieres?

—Quiero que...

—Dilo, pediatra — la instó besándola en el cuello —. Puedes confiar en mí y ¿sabes por qué? Porque te amo.

Aquellas palabras llegaron claras y concisas a los oídos de Calla, pero también se colaron en lo más hondo de su corazón. Ahora se sentía débil en otro sentido, no en las piernas, porque aquel “te amo” no eran palabras vacías como las que le dijo Ricardo alguna vez. En esta ocasión, el “te amo” de Alexandra pesaba más que el plomo, y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Por qué

iba a llorar ahora, en el momento en que se sentía tan feliz, eufórica y excitada como nunca?

Alexandra no necesitó verle la cara para saber lo que le sucedía Callan; sabía que aquello la había puesto sentimental, pero no la soltó, ni aflojó el agarre que mantenía sobre su cuerpo. Solo se limitó a besar tiernamente su sien.

—Yo también te amo, aunque vistas de negro todo el tiempo. Pero te has convertido en la luz de mi vida.

Alexandra la volvió a apretar y sonrió feliz junto a la oreja de Callan a quien se le erizó la piel por aquel sonido que la excitó de nuevo.

—Pues tú eres mi solecito, mi arcoíris, tan llena de color, pero en busca de amor y yo quiero dártelo.

Callan se giró y quedó de frente a Alexandra, la miró a los ojos, le acarició el rostro con las manos y la besó. Saboreó sus labios, y deseando más de su sabor, deslizó su lengua en el interior de la boca de la abogada, quien no le negó el acceso y la dejó apoderarse de ella.

—Quiero que me hagas el amor — confesó Callan mirándola a los ojos, sin poder evitar sonrojarse ante la petición —. Ámame de la manera en que tú sabes, que a mí me gusta tu forma de amar.

Alexandra la tomó de la mano y la llevó a su habitación.

Callan se perdió entre la mar de sensaciones que Alexandra le hacía sentir, pues la sentía por todas partes de su cuerpo, la unión entre ellas estaba siendo perfecta y Callan se encontraba muy lejos de la tierra. La abogada se encontraba perdida en cuerpo de la pediatra que para ella ahora representaba un hermoso universo, lleno de estrellas y soles brillantes.

Ambas estaban disfrutando del momento y de las posiciones en las que se encontraban en la cama. Alexandra llevando la voz cantante, dominando, llevando y guiando a Callan hacia la locura, hacia la felicidad y el placer mutuo de ser acariciada y besada de una forma tan divina, que la pediatra no podía dejar de expresar con gemidos lo que la abogada le estaba haciendo sentir.

—Eres hermosa, Callan — le decía Alexandra al oído mientras Callan se retorció debajo de ella —. Eres lo más bonito que me ha pasado y me encanta discutir contigo.

Callan se corrió en ese momento y Alexandra la sintió estremecer. La abogada la contempló y, al verla dejar escapar un último gemido, comenzó a besarle la cara con toda la calma del mundo. La pediatra nunca pensó que tendría tantas atenciones y cariño por aquella mujer que, a la vista, no parecía ser del modo en que la estaba tratando. Se sintió tan amada, que, de pronto, aquella zozobra que sentía desapareció, para dar paso a una quietud y plenitud, que la hizo abrazarse a Alexandra con todas sus fuerzas.

—Gracias — le dijo.

—Soy yo quien debe darte las gracias — habló con voz melodiosa —. Gracias, mi amor.

A Callan nadie le había dicho *mi amor* y menos de la forma en que Alexandra se lo había dicho, ni siquiera con ese sentimiento que hubo en su voz. Callan la miró a los ojos y sonrió, Alexandra le devolvió la sonrisa.

Como era de esperarse, fue el turno de Callan de recorrer a la abogada y se tomó su tiempo. Recorrió aquel cuerpo con toda la calma del mundo, le gustó verla y sentirla temblar

bajo sus caricias y besos, el modo en que suspiraba o de vez en cuando contenía la respiración, o bien, dejaba escapar un largo gemido de placer y abría la boca, debido a la sensación que Callan le proporcionaba.

Cuando las caricias mermaron y se cansaron de explorarse, se dejaron caer sobre la cama, una junto a la otra, sin dejar de mirarse, al tiempo que intentaban controlar su acelerada respiración. Sabían que ahora había algo mucho más entre ellas, ya no solo eran novias, ahora se pertenecían la una a la otra y la relación entre ellas, a partir de lo ocurrido, daba un cambio, porque las dos sentían que la confianza entre ellas había subido de nivel, ascendía un peldaño más, algo muy diferente de lo que tenían.

Alexandra fue la que hizo el primer movimiento y ese fue acariciar el pecho de Callan que se encontraba tentadoramente a su vista, subiendo y bajando al compás de su respiración. Callan cerró los ojos y disfrutó de la tierna caricia de la abogada sobre su seno.

—No me equivoqué al imaginar lo suave y dulce que eres — confesó la abogada.

— ¿Te Imaginaste haciendo todo lo que hicimos?

—Sí — aceptó brindándole a Callan una sonrisa retorcida que calentó de nuevo el ser de la peditra.

— ¡Qué perversa! — dijo Callan sonriendo sin poder obviar la mano de Alexandra en su pecho —. Si no vas a continuar dándome placer, es mejor que dejes de hacer eso.

—Umm, creo que podemos hacer algo por ti — murmuró sobre la boca de Callan, para luego besarla y morder suavemente el labio inferior y deslizar su lengua por la carne que sujetaba entre sus dientes.

Callan gimió y llevó sus manos a la espalda de Alexandra, en donde las deslizó a todo lo largo, para luego detenerse sobre sus glúteos y apretarlos. El gesto tomó por sorpresa a la abogada, que dio un respingo y Callan se echó a reír, contagiando a la abogada. Para Callan era la primera vez que el sexo estaba resultando realmente placentero, algo que la hacía sentir feliz y excitada, no obligada a complacer a su pareja.

Tras las risas, Callan ascendió nuevamente sobre la espalda de Alexandra, pero esta vez, deslizó sus uñas sobre la piel suave y cálida que la ataba al mundo celestial y al carnal.

— ¿Algún día vas a decirme todos tus secretos? — inquirió Callan cuando yacían por fin exhaustas, abrazadas en la cama bajo la tenue luz de las lámparas que decoraban la habitación de la abogada.

—No tengo secretos — dijo, mirándola a los ojos.

— Ah, ¿no?

—No.

—Entonces, ¿por qué no me habías dicho que antes eras una chica más rellenita?

—Eso yo no te lo he dicho. Seguramente mi madre te mostró las fotos en una de tus visitas cuando estaba convaleciente. A ella le encanta ver nuestras fotos.

—Sí, ella me las mostró. ¡Qué mona eras!

— ¡O sea que ya no lo soy!

—Yo no he dicho eso — dijo, dándole un beso en la frente. Ahora era ella quien abrazaba

a Alexandra. Esa noche había descubierto que a la abogada le encantaba que la mimaran —. Si antes eras mona, ahora eres un bombón y todo para mí sola.

—Te puede hacer daño comer tanto dulce, doctora.

—No creo. Este bombón es exótico. Tiene todo tipo de sabores, ni demasiado dulce ni demasiado salado.

— ¿A qué secreto te referías? — le preguntó Alexandra en esta ocasión con seriedad.

— ¿Por qué no me has dicho que donas cada mes cierta suma de dinero a algunas instituciones?

—Porque pensé que cuando te lo dijera pensarías que empecé a hacerlo una vez que vi que ganabas un premio por tus buenas acciones, y que era solo para hacerme ver bien a tus ojos. ¿Cómo supiste que hago donaciones?

—Por Érica. Aquel día que regresé de la convención y no te avisé para darte una sorpresa, me la encontré cuando iba de salida. Le pregunté a dónde iba y ella me respondió que iba a dejar un cheque a la fundación que le tocaba ese mes.

—Esa Érica, tan chismosa como siempre.

— ¡No le digas así! Mira que la pobre te ha aguantado.

—Y yo a ella con sus cambios de humor con el embarazo que no deseaba y mírala ahora, está más clueca que una gallina con su bebé.

Callan se echó a reír por la ocurrencia de Alexandra; las horas habían pasado rápidamente en la cama y entre los brazos de la abogada. Era tarde, pero siendo domingo y al día siguiente debía ir a trabajar. Lo mejor sería volver a su casa para descansar y tener ropa limpia para ir al consultorio.

— ¿Vas a ir al baño? — le preguntó Alexandra a Callan cuando se apartó de su lado.

—No, voy a vestirme para ir a casa.

—Pensé que te quedarías — dijo con voz triste.

—Me encantaría.

— ¿Y entonces? — inquirió la abogada acercándose a Callan y pegando su cuerpo desnudo al de ella.

—No tengo ropa limpia.

—Yo tengo mucha.

—Pero toda negra y sabes que me da miedo la oscuridad.

— ¿Pero yo no?

—No, tu no.

—Puedes usar mi ropa.

—No, no es mi estilo y lo sabes.

—Entonces, lavaré tu ropa y tú me esperarás aquí, en la cama, desnuda, como la diosa que eres — y la besó en los labios, para enseguida quitarle las prendas a Callan.

— ¿De verdad?

—Por supuesto — respondió cubriendo su desnudez con una bata de seda negra —. Enseguida vuelvo.

Callan no podía creer lo que estaba viendo, al tiempo que se preguntaba si de verdad la abogada sabía lavar, ya que sus manos no eran lo que se decía ser las de una ama de casa. Aun así, volvió a la cama, no deseaba despreciar el gesto de cariño que la abogada tuvo hacia ella. Le gustaba tener sus atenciones y la hacía feliz como a una niña. Callan se estaba quedando dormida cuando Alexandra volvió a la habitación. Si no es porque siente las manos de la abogada sobre sus caderas, no abre los ojos.

—Te estabas quedando dormida — le susurró al oído.

—Lo siento, estoy exhausta y feliz — dijo, tomando la mano de Alexandra, que había recorrido su carne y la llevaba a sus labios. Olía a ella, al aroma de su ropa —. ¿Lavas tu ropa?

— ¿Temes que no haya lavado bien tus prendas?

—Un poco.

—Déjame decirte que sé lavar. Mi madre insistió en que debía aprender a hacer de todo, y sí, a veces lavo mi ropa. Me sirve para sacar el estrés.

—Si me lo hubieran dicho, no lo creería.

—¡Mala! — y le mordió la oreja.

—No empieces — se retorció ante la agradable sensación.

—Entonces, pórtate bien. Tú solo deberías creer en lo que de verdad sabes y ves con tus propios ojos. Lo que piensen los demás, no me importa, solo me importa lo que creas y veas tú.

—Yo te creo y no eres nada de aquello que los demás piensan y creen de ti.

—Con eso me basta y me sobra.

Epílogo

¿De verdad quieres que la haga enojar?

Le preguntó Érica un tanto confundida a Callan a través de un mensaje de texto esa mañana de lunes, cuando iniciaba la semana de trabajo después de haberse tomado unas semanas de baja por el embarazo, y ese día Alexandra tenía un caso importante que resolver.

Sí. No creo que te cueste tanto

Ya veo que se te ha pegado ese lado sarcástico

De la abogada

Un poco ¿Vas a hacerme el favor?

No quiero morir y dejar huérfano a mi hijo

Te prometo que cuando la fiera estalle

Yo estaré allí

¿Me lo prometes?

Te lo prometo

Ustedes están locas.

Gracias

No había nada mejor para enojar a Alexandra que burlarse de ella por vestirse de manera ridícula, y Érica decidió torear el toro bravo con aquella foto que Callan le había mandado. De otra forma, su plan no resultaría.

“Que Dios me agarre confesada” pensó Érica antes de enseñarle la foto a su jefa.

—¡Mira! — dijo al tiempo que dejaba a la vista de Alexandra la imagen aquella en su celular.

La reacción de la abogada no pudo ser más que cómica, pero después fue de la más pura vergüenza y enojo.

— ¿De dónde sacaste esa foto? — le preguntó.

—Callan me la envió.

—¡¿Qué?! Pensé que no tenía tu número. Me engañó y tú has sido su cómplice — manifestó, poniéndose de pie —. Supongo que no podías soportar el no reírte de mí en mi cara.

—No te enojas — le pidió.

—Ya veo que las dos se han estado riendo de mí — espetó.

—Eso no es cierto — se defendió.

—Dame el celular, voy a borrar esa foto — dijo acercándose a Érica, que instintivamente ocultó el celular —. ¡Dámelo!

—No — logró articular la asistente al ver la ira y el coraje en los ojos de la abogada.

Callan entró al escuchar que la voz de su novia se había alzado y encolerizado como nunca. Durante el tiempo que llevaban de relación, jamás la había visto tan enojada como ese día, pero esa era una prueba, la máxima prueba que necesitaba para saber cuán grande era el amor y la capacidad de Alexandra para quererla pese a estar enojada.

—¡Me mentiste! — fue el saludo que le dio Alexandra cuando vio a Callan entrar a la oficina y cerrar la puerta detrás de ella —. ¡Las dos lo hicieron!

—Tú no querías que se lo enviara.

—Hubiera preferido que me lo dijeras. Sabes que aunque diga muchas cosas, por ti hago y tolero cualquier cosa.

Alexandra le dio la espalda. Era una de esas personas que, cuando se enojaba al extremo, se ponía a llorar y odiaba que la vieran.

Callan se dio cuenta del cambio en su rostro y se sintió mal de que su prueba hubiera llevado a Alexandra al llanto y posiblemente a una decepción. Lo menos que deseaba era que se rompiera la confianza y el vínculo que habían creado entre ellas, eso que había hecho que su relación llegara a un nivel insospechado.

—Lo siento — dijo acercándose a Alexandra y colocando una mano sobre su hombro —. En realidad, me dejé llevar por la adrenalina y le pedí a Érica que te mostrara la foto y se burlara de ti.

Alexandra seguía en silencio y sin mover un músculo, parecía una perfecta figura de cera. Mientras que Érica había tomado papel y lápiz, escribiendo algo a toda prisa para Callan.

“Dile toda la verdad, dile a qué venías o de otra forma seguirá ensimismada”.

Érica intuía que a Callan se le había ido la valentía de hacer aquello que había planeado al ver a su novia tan enojada, pero la asistente sabía mejor que nadie que, así como Alexandra se enojaba, se contentaba. Claro, que no dejaba de estar dolida, pero no guardaba rencor por mucho tiempo, y menos a las personas que quiere.

—Yo le pedí a Érica este espectáculo para saber si... ¿te gustaría casarte conmigo?

En ese momento, Alexandra se giró y quedó de frente, mirándola a los ojos. Su enojo se había esfumado, y Callan, sintiendo confianza otra vez, extrajo de su bolso la argolla que por días había estado buscando, y al final encontró.

—Sí — fue lo único que dijo la abogada.

—¿Sí aceptas casarte con esta loca mujer?

—Sí, acepto casarme contigo — murmuró.

Callan sonrió con alivio al ver que su prueba había sido superada con creces. Aquella mujer, pese a estar enojada con ella, aún la seguía queriendo. Sin dudar del sentimiento, la pediatra besó a la abogada en los labios.

—Te quiero, y me alegra saber que aun cuando estás enojada, me sigues amando — expresó Callan.

Alexandra la miró con suspicacia.

—Mi plan era hacerte enojar para saber si, pese a estar enojada conmigo, tu amor sigue allí para mí.

— ¿Y he pasado la prueba?

—Con creces.

“Par de tóxicas, de no haber sido por mí, aún seguirían llorando como muñecas feas en los rincones”.